

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE CIENCIA POLÍTICA
Tesis Licenciatura en Ciencia Política

La tradicionalización de la izquierda uruguaya
(El Frente Amplio 1984-1999)

Jaime Yaffé
Tutor: José Rilla

1999

Índice

Introducción

<i>Restauración democrática y renovación de la izquierda</i>	3
<i>La tradicionalización del Frente Amplio</i>	7

Capítulo Uno:

Tradicionalización en sentido amplio

<i>Ideología</i>	13
<i>Programa</i>	22
<i>Estructura y funcionamiento</i>	37
<i>Convocatoria ciudadana y social</i>	50
<i>Poder, gobierno y oposición</i>	56

Capítulo Dos:

Tradicionalización en sentido estricto

<i>Izquierda y tradición</i>	69
<i>Historia y tradiciones</i>	79
<i>El pasado reciente</i>	93
<i>Democracia e instituciones</i>	100

Conclusión

<i>Renovación: moderación y tradicionalización</i>	111
<i>Asuntos pendientes</i>	117

Bibliografía y documentación

<i>Bibliografía consultada y/o mencionada</i>	122
<i>Documentación consultada (Frente Amplio)</i>	125
<i>Documentación consultada (CNT y PIT-CNT)</i>	129

Introducción:

Restauración democrática y renovación de la izquierda

En este trabajo me propongo estudiar algunos de los cambios experimentados por la izquierda uruguaya en los últimos quince años (1984-1999) con una intención fundamentalmente descriptiva y desde una mirada atenta a su inscripción en procesos largos que requieren, al mismo tiempo que un análisis detenido en el presente y en los últimos años, una mirada histórica de más largo aliento. La preocupación que orienta la indagatoria que se desarrollará a lo largo de estas páginas emerge de algunas de las novedades de la política uruguaya contemporánea, las que han motivado diversas aproximaciones desde las ciencias sociales y en particular desde la ciencia política. Este trabajo transita y comparte una línea de asuntos y preocupaciones dirigidas hacia diversos aspectos de nuestro sistema de partidos y sus componentes, los que de unos años a esta parte vienen siendo objeto frecuente de análisis académico. La joven ciencia política uruguaya y la renovada historia política nacional, han coincidido sobre esta temática, en el marco de una colaboración interdisciplinaria de alto rendimiento, que ha redundado en mutuos beneficios y, lo más importante, en un conocimiento más cabal de los fenómenos de nuestra realidad política, en particular del que aquí se busca indagar. El recorrido que aquí se propone se ubica en esa línea de colaboración entre ciencia política e historia política.¹

1 Aunque los antecedentes de esa colaboración pueden reconocerse en los años 60 y 70 en la producción de Carlos Real de Azúa y también en algunas obras de Aldo Solari, el fenómeno se desarrolla en los 70 y 80 cuando en algunos centros académicos privados (fundamentalmente CIESU y CLAEH). En esos años los trabajos de Juan Rial, Romeo Pérez, Gerardo Caetano y José Rilla avanzaron por ese camino. Con la fundación del Instituto de Ciencia Política en 1988 esta colaboración se vio impulsada y desarrollada en los 90. A lo largo de este proceso confluyeron la joven ciencia política con una renovada historia política dando lugar a nuevas miradas e interpretaciones de la política y de la historia nacional. Algunos historiadores de la política comenzaron a (re)estudiarla con problematizaciones y teorizaciones politológicas. Por su parte algunos politólogos se habituaron a trabajar con una mirada histórica, atenta al mediano y al largo plazo, al cambio y a la permanencia, preocupada por estudiar los problemas de la disciplina recurriendo a la evidencia empírica histórica. De estas preocupaciones y miradas compartidas surgieron aportes sustantivos para ambas disciplinas como por ejemplo, por sólo mencionar uno que es un claro producto de esa colaboración, la hipótesis partidocrática (Caetano- Pérez-Rilla, 1987) como clave interpretativa del lugar de los partidos en nuestro sistema político. Para una revisión sistemática de la peripecia de esta colaboración remito al lector al trabajo de Gerardo Caetano, Pablo Mieres, Romeo Pérez y José Rilla (1992) “Los partidos políticos en las ciencias sociales uruguayas ...” (al igual que para el resto de las obras citadas en forma abreviada a lo largo del trabajo, los datos editoriales completos se encuentran en la bibliografía adjunta al final).

Una de las tendencias más notorias en el proceso político de la nueva democracia² uruguaya postdictatorial es el lento pero constante crecimiento electoral de la izquierda³. La “fotografía” electoral de noviembre de 1994⁴, cuando el Frente Amplio alcanzó por primera vez el 30%, dio testimonio de su nuevo lugar en el sistema político y los resultados de octubre de 1999⁵, en que araña el 40%, no hacen más que confirmarlo. Esta reposicionamiento se vincula a otra de las notas más distintivas de la historia política uruguaya reciente: la culminación (distinto de cristalización) de la transición iniciada en 1971 desde un sistema de partidos bipartidista hacia uno multipartidista moderado con tres actores fuertes y un cuarto partido, menor mas no insignificante. En el marco de esta transformación, actualmente en proceso en el sistema político uruguayo, el Frente Amplio triunfó por dos veces consecutivas (1989, 1994) en las elecciones departamentales de Montevideo. Este hecho, además del cambio que en sí mismo supone desde el punto de vista electoral, tiene otras implicancias. Ha significado que la izquierda se desempeñara por primera vez en la historia uruguaya, en tareas de gobierno (municipal), inaugurando una experiencia política que pronto cumplirá sus 10 años. Simultáneamente dio lugar a la experiencia de la cohabitación de gobiernos nacionales encabezados por los partidos blanco y/o colorado con un gobierno municipal de la capital del país conducido por la izquierda.

2 Por “nueva democracia” aludo al régimen democrático que, al igual que en otros países por los mismos años, sucede al autoritarismo militar. Al usar aquí la expresión, lo hago únicamente para señalar que me refiero a la democracia uruguaya postdictadura, la cual revela elementos tanto de continuidad como de cambio. Por tanto, al utilizar el adjetivo “nueva”, no estoy dando una posición en cuanto a que tan restauradora o innovadora sea esa democracia respecto a la “vieja”, tema que ha sido motivo de reflexión y discusión a nivel internacional. Puede verse una brevísima reseña del itinerario y la discusión sobre las “nuevas democracias” en el trabajo de Constanza Moreira “Modernización, reforma de estado y consolidación democrática: el Uruguay en el contexto de las nuevas democracias”, págs. 2 a 6.

3 “Lento pero constante”. Reconozco que, mirado en la perspectiva de los 169 años de historia electoral del país, haya quienes consideren que el crecimiento que llevó al Frente Amplio a convertirse en mayoría relativa en 28 años es rápido e incluso espectacular. Sin embargo, no comulgo con esta idea por la razón de que la expansión electoral del Frente Amplio desde su estreno electoral en 1971 se ha hecho a lo largo de cinco elecciones sin que se pueda hablar de vuelcos espectaculares de una elección a otra, sino de un continuo proceso de crecimiento que hizo de esta victoria de 1999 un triunfo largamente anunciado. En 1971 el FA alcanzó el 18,3%, en 1984 el 21,3%, en 1989 21,2% (llegando al 30,2% si sumamos el 9% del Nuevo Espacio que se separó del FA ese año), en 1994 el Encuentro Progresista alcanza el 30,6% (35,8% con el 5,2% del NE), y en 1999 el EP-FA alcanza el 39,1% (43,5% si sumamos el 4,4% del NE). Mirado del otro ángulo, si en 1971 los partidos tradicionales contaban con aproximadamente un 75% del electorado en 1999 sólo cuentan con aproximadamente un 55%. Comparando ambos extremos el cambio es importante. Pero no se produjo abruptamente de una elección a otra o en un par de elecciones. Casi 30 años es toda una generación.

4 Partido Colorado 32,2%, Partido Nacional 31,2%, Encuentro Progresista 30,6%, Nuevo Espacio 5,2%.

5 Encuentro Progresista-Frente Amplio 39,1%, Partido Colorado 31,9%, Partido Nacional 21,7%, Nuevo Espacio 4,4%.

Estos eventos refieren a un aspecto parcial (el nuevo posicionamiento de la izquierda) dentro del conjunto de cambios que viene experimentando el sistema político uruguayo, en particular el sistema de partidos, desde la restauración democrática⁶. Este último retomó en 1984 un proceso de transición iniciado en 1971 y en el marco de esa transformación, todos sus componentes, todos los partidos relevantes del sistema, han estado cambiando de una u otra forma. Entre ellos la izquierda ha vivido un nutrido proceso de cambios que involucran diversas facetas de su configuración y actuación política: referentes ideológicos, formulaciones programáticas, modelos organizativos, convocatoria, roles de gobierno y oposición, entre otros aspectos. La izquierda cambia entonces en el marco de un sistema político que también está en transformación. Ambos órdenes de factores, el partidario y el sistémico, dialogan y se interrelacionan de tal forma que no se podría completar una descripción y explicación acabada de las transformaciones en cada uno de los dos niveles, sin atender a las vinculaciones entre los dos.

Estos fenómenos de la realidad política nacional, que encuentran correlatos en otros países latinoamericanos aunque con marcadas diversidades, naturalmente han despertado el interés de los analistas y estudiosos de la política uruguaya. En particular las transformaciones experimentadas por la izquierda y su nuevo lugar en el sistema político han sido objeto de estudios específicos.⁷ De lo dicho más arriba se desprende que habrían por lo menos dos enfoques posibles del tema, que apuntan en dos direcciones necesariamente complementarias: el estudio de los cambios en la izquierda como

6 Aludiendo a estas transformaciones que se comenzaron a insinuar simultáneamente con la transición democrática y se prolongaron luego hasta la actualidad, la noción de “segunda transición” (al igual que “doble transición” y “transición en la transición”) es el término acuñado en diversos trabajos académicos para dar cuenta de que además de la transición desde el autoritarismo a la democracia, y paralelamente aunque con prolongaciones mucho más allá de la conclusión de la primera, se opera otra transición que involucra un conjunto de cambios, de reformas, que vienen a trastocar algunos de los rasgos fundamentales del sistema político uruguayo y sus articulaciones con las esferas social y económica. “La segunda transición en Uruguay” (en prensa) obra coordinada por Jorge Lanzaro reúne algunos trabajos inspirados en esa temática para el caso uruguayo, especialmente el artículo del propio Lanzaro “Uruguay 1985-1996: el presidencialismo pluralista en la segunda transición”, donde (específicamente en el punto uno “Las claves de la doble transición ...”) se discute el significado de esta denominación y se resumen diversas acepciones de la misma en la literatura académica sobre las transiciones a un nivel comparado.

7 Los partidos blanco y colorado no han sido objeto de la misma atención dispensada a la izquierda, aún cuando, como queda dicho, también viven procesos de transformación nada menores, que se vinculan a su vez con los cambios en la izquierda. Las miradas de conjunto al sistema de partidos contarán con una base mucho más firme cuando el itinerario de blancos y colorados entre 1984 y 1999 sea estudiado con la especificidad que requieren.

adaptaciones a un nuevo contexto político, enfoque este que remite a un abordaje centrado más bien en el sistema político, en particular en el sistema de partidos, o sea a un estudio de la izquierda en el sistema; y el estudio de dichos cambios como resultado de transformaciones operadas en la propia izquierda, que luego a su vez se proyectan al sistema político alterando su lugar en el mismo, lo cual remite más bien al abordaje de la izquierda en sí misma, de la izquierda-partido.

Este trabajo se inscribe en la segunda vía de abordaje al tema. Privilegia el estudio de los cambios en la izquierda a través de la exploración de diversas facetas del Frente Amplio⁸ que tienen que ver con su dimensión partidaria. Ahora bien, privilegiar no significa restringir el enfoque en forma indebidamente excluyente. No se trata de renunciar a la consideración de otros asuntos que derivan de un enfoque atento más bien a la dimensión sistémica de los cambios operados en la izquierda. Estudiar exclusivamente a la izquierda partido excluyendo toda consideración a la izquierda en el sistema, y viceversa, reduce la perspectiva del observador y empobrece el análisis. Lo conveniente, y ese es el camino transitado en este trabajo, es ubicarse preferentemente en una de las dos posibles ventanas desde las que se observa la misma realidad, sin por ello dejar de atender al panorama que revela la otra. De tal forma que aquí también se traen a consideración diversos aspectos que tienen que ver específicamente con la ubicación y los comportamientos de la izquierda en el sistema político, así como al analizar ciertas facetas del Frente Amplio como partido que cambia se hace inevitable referencia a la interrelación de los fenómenos estudiados con cuestiones que desbordan a la mirada interior y sólo pueden ser estudiadas desde una aproximación atenta al contexto de relaciones y comportamientos sistémicos de la izquierda.

8 El Nuevo Espacio, agrupamiento que se originara en una escisión del Frente Amplio en 1989, queda fuera del objeto de este trabajo que se reduce al Frente Amplio por diversas razones que tienen que ver tanto con las dimensiones de la investigación que respalda este trabajo como con los atributos de las fuerzas políticas en cuestión (fundamentalmente sus diferenciales acumulaciones históricas y papeles respectivos en el sistema político). Un estudio completo de la izquierda uruguaya actual deberá incluir al Nuevo Espacio.

La tradicionalización del Frente Amplio

¿Hacia dónde va el Frente Amplio, cuál ha sido la orientación de los cambios que ha experimentado entre 1984 y 1999? Para responder esta pregunta en este trabajo se hace un estudio de intención fundamentalmente descriptiva, que recorriendo las diversas facetas de la configuración y los comportamientos del Frente Amplio, permita completar un panorama amplio de este proceso de cambio⁹. Esta inclinación descriptiva no supone una renuncia a la introducción de elementos de sesgo explicativo, orientados al problema de por qué cambia el Frente Amplio, a la consideración de las variables que están incidiendo sobre el curso de este proceso de renovación de la izquierda. Si bien la intención y la prioridad que ha orientado este trabajo están centradas en la descripción del fenómeno, en el señalamiento de sus componentes y cualidades para dar cabal idea del mismo, de hecho intento simultáneamente no quedarme allí, sino también explicar, encontrar las razones y las causas, los fundamentos y los motivos, de la realidad que se describe.

A partir de los fenómenos señalados anteriormente acerca de la izquierda, su lugar en el sistema de partidos y su posicionamiento en el sistema político, la hipótesis en que se fundamenta este trabajo podría formularse en los siguientes términos: 1) la izquierda uruguaya ha vivido entre 1984 y 1999 un proceso de renovación política simultáneamente con un constante crecimiento electoral; 2) ambos fenómenos (renovación y crecimiento) han modificado sustantivamente la autopercepción y la percepción de la izquierda, en el contexto de un sistema de partidos que por efecto de esos mismos cambios pasó de un formato bipartidista a uno multipartidista con cuatro actores relevantes, al tiempo que en su dinámica exhibe una disminución de la polarización, una moderación política (asociada a la tendencia centrípeta del sistema), que han resultado en la implantación de un pluralismo crecientemente moderado por efecto de la reducción de la distancia entre los actores; 3) por último, estos cambios en el sistema de partidos han provocado a su vez modificaciones en

⁹ La atención preferencial a los cambios no es excluyente sino complementaria del registro de las continuidades. Nuestras observaciones de la evolución de los fenómenos sociales, entre ellos los políticos, atienden simultáneamente a las inflexiones y a las permanencias. En este caso se estudian los cambios de la izquierda en el marco de ciertas continuidades que aseguran la subsistencia de una identidad política que, transformada, no sólo sobrevive a las novedades sino que resulta incluso potenciada.

el sistema político que estuvieron en la base motivacional de la última reforma constitucional (que por otra parte introdujo un cambio trascendente en uno de los componentes centrales del sistema político: el régimen electoral): la emergencia de problemas de gobernabilidad, en tanto el partido triunfador de la elección presidencial no ha tenido mayoría parlamentaria propia, estimuló el desarrollo de prácticas de colaboración y de coalición entre partidos, ensayando y afianzando a lo largo del período el armado de gobiernos en base a acuerdos interpartidarios entre blancos y colorados, al tiempo que la izquierda accedió al gobierno municipal capitalino inaugurando la experiencia de la “cohabitación” y consolidando los perfiles de una izquierda gobernante que progresivamente abandona su tradicional carácter contestatario y opositor y se perfila como alternativa desafiante a la continuidad del ejercicio gubernativo por parte de los partidos tradicionales. Este trabajo se centrará en el punto uno de esta triple hipótesis pero su tratamiento se hará teniendo presente en forma permanente y estableciendo relaciones con los puntos dos y tres. De esa forma se cumplirá con la intención señalada anteriormente de centrarse en el itinerario de la izquierda como sujeto partidario considerando al mismo tiempo a la izquierda en el sistema.

Para ello, tomo como punto de partida, como eje para la reflexión, como propuesta analítica, en fin como hipótesis de trabajo, una proposición que se viene utilizando desde hace algunos años y en forma cada vez más frecuente en diversos estudios académicos y análisis políticos. Como imagen representativa de los cambios que viene procesando la izquierda y la orientación de los mismos se ha señalado que estamos asistiendo a la tradicionalización del Frente Amplio¹⁰. Diversos trabajos académicos en el ámbito de la ciencia política, de la historia y de la sociología han descrito en estos términos las transformaciones visibles en la izquierda uruguaya de 1984 a nuestros días. No sólo en el ámbito académico se ha frecuentado esta caracterización, también en el debate político especialmente dentro de la izquierda se ha vuelto un lugar común referirse, ya sea en tonos críticos o positivos, a la tradicionalización. Los espacios periodísticos que atienden al análisis de la política uruguaya, receptáculo tanto de la producción académica como del

¹⁰ En conexión con la asociación cambios-continuidades, la tradición no debe ser entendida como el contrario de innovación, en verdad, como veremos, en el caso del Frente Amplio la tradicionalización es en sí misma una innovación, es parte de un proceso de renovación.

debate político (obviamente más lo segundo que lo primero) han agregado también a la generalización y aceptación del uso del término que en un principio pudo resultar ciertamente rechinante. Sin embargo, esta formulación no encierra un único sentido, ya sea en el ámbito académico como en el debate político y sus derivaciones periodísticas, se la utiliza con por lo menos dos significados diferentes aunque no incompatibles.

Uno de estos dos significados posibles de la tradicionalización refiere a que el Frente Amplio estaría incorporando características propias de los partidos tradicionales. En este primer sentido, la tradicionalización del Frente Amplio equivaldría un acercamiento a los partidos blanco y colorado por la vía de una asimilación de rasgos que antes eran privativos de estos, y como resultado de ello se estaría pareciendo cada vez más a dichos partidos. Esto no necesariamente implica que el acercamiento sea unilateral, que sólo el Frente Amplio cambia en un sentido que lo asimila a las características de los “partidos tradicionales”. Dentro de la misma forma de entender la tradicionalización de la izquierda, puede considerarse que, al mismo tiempo, blancos y colorados se acercan al Frente Amplio, incorporando algunas de las características que antes eran propias de la izquierda, resultando de ello algo así como una “frente amplización” de blancos y colorados, por la cual estos asumen incluso rasgos ya abandonados por la izquierda¹¹. Apreciadas estas transformaciones en su conjunto estaríamos ante una tendencia centrípeta del sistema de partidos, en el marco de la cual sus componentes, los partidos, asumen características

¹¹ En este sentido, en los últimos años algunos trabajos han dado cuenta de cómo blancos y colorados asimilaron elementos diversos (ya sea rasgos configurativos, diagnósticos, comportamientos, etc.) del Frente Amplio e incluso han hecho procesos inversos al recorrido frenteamplista. Por ejemplo, se ha señalado que blancos y colorados “compraron” el ya viejo diagnóstico altamente crítico de la izquierda uruguaya sobre nuestro sistema electoral y sus efectos políticos. Carlos Pareja (1992) “Entre las falacias presidencialistas ...” (en Pareja-Peixoto-Pérez 1992 “La alternativa parlamentarista”), Carlos Pareja (1996) “Las instituciones políticas uruguayas ...”, Buquet-Chasqueti-Moraes (1999) “Fragmentación política y gobierno ...”, Martín Peixoto (1999) “Los dilemas de los partidos tradicionales” son algunos de los trabajos que sostienen, aportando abundante evidencia, que fue la generalización de este diagnóstico, o sea su adopción por blancos y colorados, la que dio pie a la tesis del bloqueo del sistema político uruguayo como fundamento de la última reforma constitucional. Las relaciones de los partidos con la historia y la tradición son un claro ejemplo de cómo blancos y colorados no sólo asimilan viejas críticas y diagnósticos de la izquierda sino que en algunos aspectos lo hacen aún cuando la propia izquierda ha renunciado a ellos, con el paradójico resultado de que se inician procesos de cambio de signo inverso que no conducen a un punto medio de acercamiento sino que llevan a un nuevo distanciamiento intercambiándolas posiciones. Sobre este tema los trabajos de Caetano y Rilla (1995) “Izquierda y tradición ...” y de José Rilla (1999) “Cambiar la historia ...” señalan que los partidos tradicionales muestran síntomas de olvido o abandono de algunas de sus tradiciones históricas, algo así como una “destradicionalización” que se estaría haciendo cargo de las viejas arremetidas antitradicionalistas de una izquierda que ya las ha abandonado hace buen tiempo para encaminarse en un franco proceso de incorporación del tradicionalismo.

comunes en un flujo de asimilaciones recíprocas de rasgos y comportamientos políticos¹². Volviendo a nuestro tema, visto este fenómeno desde la izquierda, el Frente Amplio se estaría tradicionalizando en el marco de un cambio más general que involucra a los principales partidos del sistema.

El otro significado de la tradicionalización del Frente Amplio se refiere al hecho de que esta fuerza política habría acuñado una tradición política propia, y que la misma se habría incorporado como un elemento constitutivo fundamental de su identidad y de su accionar político. En este segundo sentido, la tradicionalización supondría la superación de aquella vieja e inadecuada dicotomía que planteaba en forma por demás simplificadora la diferencia demarcatoria de la izquierda y otros agrupamientos menores respecto de blancos y colorados, en términos de partidos de ideas versus partidos con tradiciones, privando a aquella de los atributos de estas últimas. La izquierda frenteamplista habría acumulado una experiencia histórica en el marco de la cual ha nacido una nueva tradición política que es además atesorada deliberadamente y expuesta como seña de identidad. La izquierda frenteamplista, se habría vuelto entonces un partido con tradición, y en ese sentido el recorrido a través del cual este fenómeno se ha producido puede describirse en términos de tradicionalización. Esta segunda acepción no es por tanto incompatible con la primera, y bien podría considerarse un aspecto parcial de la misma, puesto que también la tradicionalización entendida en este segundo sentido supondría la asimilación de un rasgo antes privativo de blancos y colorados, el de ser partidos fuertemente identificados con tradiciones políticas propias. También en este caso puede registrarse una tendencia global de todo el sistema de partidos aunque de sentido inverso, ya que al tiempo que el Frente

12 Considerando aspectos parciales algunos trabajos analizan este fenómeno de centripetación en el sistema de partidos uruguayo. Dos ejemplos: Romeo Pérez (1994) "Elecciones: atonía programática y tendencia centripeta" señala que en la campaña electoral de 1994 se registra una "tendencia centripeta" en las formulaciones programáticas de los tres partidos mayores; Daniel Buquet (1998) "La reforma electoral en la coyuntura", analizando los probables efectos de la reforma constitucional de 1997 sobre los partidos, señala por su parte, como un proceso ya en curso que podría verse reforzado por las nuevas reglas, la "convergencia de modelos organizativos" de los tres partidos. En ambos casos el fenómeno es visto como un movimiento que involucra a los tres partidos, y no como el resultado de corrimientos unilaterales de alguno(s) de ellos. Otras facetas de los partidos podrían dar cuenta de esta misma tendencia. Al respecto cabría estudiar si los usos cruzados de elementos de la socialdemocracia y el liberalismo no pueden ser leídos en esta clave de centripetación sistémica.

Amplio se tradicionaliza, blancos y colorados parecen estar dejando de lado el recurso a la tradición propia como un componente fuerte de su identidad y accionar político.

Entonces, ¿en cuál de los dos sentidos es correcto hablar de tradicionalización del Frente Amplio? Considero que ambos sentidos son pertinentes en tanto, como se analizará a lo largo de esta monografía, ambos órdenes de factores se verifican en la realidad. Sin embargo en el primer caso, el uso del término tradicionalización es un recurso literario para dar cuenta de una asimilación de características de los otros dos partidos mayores del sistema que históricamente se han denominado y autodenominado como partidos tradicionales, de donde se ha derivado que, si el Frente Amplio en algún sentido se acerca a aquellos, entonces ese acercamiento puede denominarse tradicionalización. Tradicionalizarse es, en ese sentido, parecerse a los partidos que en Uruguay se conocen como “tradicionales”. En el segundo caso, se trata de tradicionalización propiamente dicha, ya no como recurso del lenguaje sino como referencia a la concreta construcción e incorporación de una tradición política en la constitución de la identidad partidaria y de las modalidades de acción política del Frente Amplio.

El asunto principal que se estudia en este trabajo es la tradicionalización en sentido estricto, que remite al problema de la relación de la izquierda con la tradición. Esta tradicionalización propiamente dicha es, a su vez, un aspecto parcial del proceso más general de cambios de la izquierda, al que refiere la primera acepción del término, la tradicionalización en sentido amplio, como acercamiento a los dos partidos denominados tradicionales. En virtud de ello es que, para delinear el marco general en el que se inserta el aspecto parcial que constituye el núcleo central de este trabajo, primero pasaré revista a algunos de los cambios experimentados por la izquierda en ciertos aspectos específicos, con los que podría iluminarse el postulado de la tradicionalización en sentido amplio, como acercamiento a los partidos blanco y colorado, para luego concentrarme en el análisis del problema de las relaciones entre la izquierda y la tradición, la tradicionalización propiamente dicha.

En base a la consulta de la bibliografía disponible sobre el tema, la recopilación y estudio de testimonios y de documentación partidaria, y una reducida revisión de prensa, he reunido una base de información, que considero significativa, y en ella se fundamentan las reflexiones que constituyen lo sustancial de este trabajo. La estructura que seguirá la exposición se basa en las precisiones señaladas. En un primer capítulo abordo la cuestión del grado de acercamiento del Frente Amplio a los partidos blanco y colorado, analizando los cambios en algunos aspectos concretos tales como ideología, programa, organización, convocatoria y roles de oposición y gobierno¹³. Así delineado el marco general de transformaciones operadas en el Frente Amplio, en un segundo capítulo me concentro en el análisis de aquel aspecto parcial de ese proceso general de cambio que he denominado tradicionalización en sentido estricto o propiamente dicha, aquella que refiere a los cambios en la relación de la izquierda con la tradición política¹⁴. Finalmente en las conclusiones, a partir de los problemas planteados en esta introducción, presento un resumen de los resultados obtenidos, así como un esbozo de las cuestiones que entiendo quedan pendientes de estudio o profundización futura en la perspectiva de continuar el seguimiento de la evolución de los cambios de la izquierda en el sistema político uruguayo.

13 En ese registro de cambios de la izquierda uruguaya, Jorge Lanzaro ha avanzado en el estudio de varios de los aspectos parciales que aquí propongo indagar, expuestos en un trabajo que teniendo ya algunos años de redactado lamentablemente aún permanece inédito (“La izquierda uruguaya: de la adscripción corporativa a la emergencia de un partido de nuevo tipo. Medio siglo de vida política 1942-1994”). También Javier Gallardo (1995) ha revisado varias de estas cuestiones en “La izquierda uruguaya. La parábola de los zorros y los leones”. En ambos casos se trata de trabajos que desde enfoques y planteamientos politológicos incorporan una mirada histórica al estudio de la izquierda uruguaya, razón por lo cual se ubican en una perspectiva similar a la que aquí se propone.

14 Al centrarse en este asunto de las relaciones izquierda-tradición, este trabajo retoma el camino abierto por Gerardo Caetano y José Rilla (1994) “Izquierda y tradición. Un problema y su versión en Uruguay”. A partir de una misma preocupación (que la sugestiva frase que encabeza dicho trabajo -“a la búsqueda de una historia perdida”- sintetiza cabalmente) aquí se transitan algunas de las pistas de investigación allí sugeridas y se bosquejan otras.

Capítulo Uno: tradicionalización en sentido amplio

Ideología

En lo que tiene que ver con los referentes ideológicos de la izquierda uruguaya, la observación del itinerario posterior a la recuperación democrática de 1985 y su comparación con la peripecia anterior a 1973, revela que se han producido cambios en dos sentidos que denominaré como intensidad y extensión ideológica. Por intensidad entiendo el grado de definición ideológica, la “fuerza” con que se adhiere a una determinada ideología. En un sentido similar Sartori (1976) definió la intensidad ideológica como “la temperatura o el afecto de un contexto ideológico dado”, aunque en su caso al aludir al contexto se estaba refiriendo no a un actor político en concreto como lo hago aquí sino a todo un sistema¹⁵. Al adoptar la expresión quiero aludir al hecho de que las definiciones ideológicas de los grupos de izquierda eran en general muy precisas y concretas en cuanto a su identificación con una determinada corriente dentro del pensamiento de izquierda. Esta acotada definición ideológica operaba como una verdadera carta de legitimidad para los diversos grupos que operaban al interior de la izquierda. Cada organización política tenía en su “etiqueta” ideológica (marxista, leninista, maoísta, trotsquista, etc.) una importante señal de su identidad. En la medida en que este fenómeno se traducía en la adopción de definiciones teóricas precisas, restringidas, más o menos compactas, que eran incluso defendidas en términos de “pureza” ideológica, es que creo apropiado hablar de una elevada intensidad ideológica.¹⁶

15 Giovanni Sartori (1976) “Partidos y sistemas de partidos”, pág. 159.

16 Aquí como en otras partes del trabajo, las observaciones y la reflexión se mueven en un plano de generalidad que se aproxima a la izquierda como conjunto más o menos homogéneo haciendo a un lado, a los efectos del análisis, la diversidad interna. Esta generalidad tiene sus costos derivados precisamente de una percepción limitada de la realidad en verdad mucho más rica de un sujeto que no es monolíticamente compacto. En el caso de la ideología aquí desarrollado, muchas de las afirmaciones deberían ser relativizadas hasta conocer esa diversidad aquí obviada. Buena parte del análisis se centra en la izquierda socialista y en el pensamiento marxista cuando es obvio que la izquierda uruguaya no se agota allí. Esta es una opción deliberada y provisoria que parcializa las conclusiones a que se puedan llegar. Sin embargo, la pertinencia de dicha opción deriva del supuesto de que efectivamente la izquierda socialista de inspiración más o menos marxista tenía un peso ideológico decisivo que terminaba involucrando en diversos grados al resto en una matriz predominante de pensamiento.

En los años transcurridos desde el retorno a la democracia, la izquierda ha mostrado una creciente amplitud y flexibilidad en la composición de su marco ideológico. La extensión ideológica, entendida como la amplitud de componentes diversos que integran un universo de ideas, se ensancha. Esto ocurre simultáneamente con el descenso de la intensidad de los apegos a ciertas escuelas ideológicas estrictamente acotadas. Los grupos de izquierda, ahora devenidos fracciones del partido frenteamplista, se muestran más propensos a adoptar definiciones amplias, abiertas a la incorporación de diversos aportes provenientes de las diferentes corrientes del pensamiento de izquierda. En todo caso, predominan las definiciones abiertas como "socialista" (más que "marxista") o aún más extensas como "progresista", reconociendo la posibilidad de albergar y dar cabida dentro de las definiciones ideológicas del grupo a los "mejores aportes" de las diversas vertientes del pensamiento de izquierda, aún cuando provengan de corrientes que han estado históricamente enfrentadas.

En 1991 cuando el Partido Comunista del Uruguay se encontraba en la situación de crisis interna que culminaría en la ruptura al año siguiente, Esteban Valenti, uno de los dirigentes más notorios del sector que liderado por Jaime Pérez, por entonces Secretario General del PCU, promovía la renovación del comunismo uruguayo, hizo las siguientes afirmaciones que son bien ilustrativas del cambio que he intentado reseñar: "No se trata de que hay que sustituir las verdades infinitas por la duda cartesiana, no. Hay que sustituirlas por el método crítico y por la búsqueda de aproximaciones, tanto en el plano filosófico como en el plano político ... Claro yo te diría marxista, y en lo que el marxismo no tenga respuestas apelando a otros bagajes teóricos. No me cerraría ...".¹⁷

En los últimos años el grado de apertura ideológica y admisibilidad de elementos diversos se ha extendido incluso hacia aportes que vienen de fuera del pensamiento socialista o de izquierda. Se hace cada vez más frecuente el reconocimiento de la conveniencia de incorporar algunos elementos del otrora enemigo doctrinario mayor del socialismo, el liberalismo, incluso en su versión económica. En este sentido se puede decir que la izquierda se aproxima a una suerte de "ecumenismo" ideológico en torno o sobre la

17 Marta Harnegger (1991), "Frente Amplio. Los desafíos ...", vol. 3 pág. 17.

matriz socialista originaria. La continuidad de esta matriz se renueva a través de una mayor inclusividad de elementos tomados de otras corrientes de pensamiento. Hay aquí un problema a estudiar en su evolución futura y refiere al tipo y al estadio de ensamble de esos elementos incorporados: ¿se trata de una mera reunión ecléctica de elementos diversos o de una verdadera integración sincrética de los mismos?. Parecería que, dado lo reciente e inconcluso de este proceso de apertura ideológica, prima el carácter ecléctico que podrá o no dar paso de futuro a una síntesis novedosa.

Hace algunos años, Enrique Rubio (dirigente de la Vertiente Artiguista (VA) y diputado del Frente Amplio desde 1990), reconocía en los siguientes términos la envergadura de la transformación a que vengo haciendo referencia: "... el problema del confesionalismo partidario, del partido que define una teoría y que la convierte en parte del programa partidario, y que después, si la teoría tiene eslabones que no le funcionan, no sabe cómo salir de ese corsé ... Creo que vamos abiertamente hacia una izquierda que descarta este tipo de planteo. Vamos a un esquema de partido laico, lo cual no significa ajeno al campo ideológico. Pero creo que vamos abiertamente desde este punto de vista a otro modelo, a otras relaciones entre partido, teoría e ideología...".¹⁸

La consideración de algunos puntos concretos, que en su mayoría no tratamos aquí específicamente, tales como la relación de la izquierda con el liberalismo, con el socialismo y con la teoría democrática, o sus concepciones acerca de ciertos temas como papel del mercado, el valor de las instituciones políticas, el rol de las organizaciones sociales en el sistema político entre otros, permitirá evaluar más afinadamente este cambio en la extensión ideológica de la izquierda, y registrar también cuanto de continuidad y cuánto de novedad hay en esta materia. Alguna de estas cuestiones (democracia e instituciones) será tratada en forma específica en otro apartado de este trabajo, las demás quedarán como parte de un programa de investigación futura que esbozaré en la conclusión del trabajo.

18 Idem, pág. 71.

Como efecto de este proceso simultáneo de reducción de la intensidad ideológica y de ampliación de la extensión ideológica, el Frente Amplio se reubica en el espectro ideológico de nuestro sistema de partidos. Al matizar algunas de sus aristas pasadas (menor intensidad) y combinar aportes de dentro y de fuera del pensamiento de izquierda (mayor extensión), la izquierda reduce la “distancia ideológica” que le separaba de los partidos tradicionales. Sartori (1976) entiende por distancia ideológica “el ámbito general del espectro ideológico de cualquier comunidad política dada”, o sea qué tan grande es la distancia entre los dos extremos del espectro ideológico del sistema, de donde deriva dos posibilidades: que exista polarización (cuando la distancia es mayor) o moderación (cuando la distancia menor). Aunque esto sólo puede confirmarse efectivamente mediante un relevamiento empírico cuantitativo¹⁹, no parece inapropiado señalar que de los dos fenómenos señalados ha resultado un acortamiento de la distancia que separaba a la izquierda respecto a los partidos tradicionales, o sea que el pluralismo uruguayo se ha moderado por efecto de la renovación ideológica de la izquierda.²⁰

Las razones que han llevado a este cambio no pueden reducirse, como suele hacerse, al impacto de la perestroika soviética (1985-1991) y de la crisis y caída del socialismo real (1989-1991). En verdad, ya en los años de la salida dictadura militar, cuando la izquierda comenzaba su reorganización y reaparición pública, se pudieron ver síntomas de apertura ideológica. Por tanto, los referidos episodios del contexto internacional más que iniciar este proceso de renovación ideológica, le dieron un fuerte impulso, pero sobre un fenómeno cuyo origen es anterior y que incluso pueden rastrearse en el período predictatorial, especialmente la década del sesenta cuando desde diversos agrupamientos de la izquierda no comunista²¹ se desarrolló una visión crítica del “socialismo real” y de la versión del

Giovanni Sartori (1976): “Partidos y sistemas de partidos”, pág. 159.

19 Luis Eduardo González (1993) “Estructuras políticas ...”, apoyándose en los criterios de Sartori, hizo una medición de distancia ideológica para las elecciones de 1984 en base al método de encuesta de élites y de votantes según el criterio de autoidentificación ideológica de los encuestados. Su conclusión fue que hacia 1984 “en términos ideológicos ... Uruguay tiene un sistema de partidos relativamente polarizado” (pág. 169). Comparando con una estimación de la polarización hacia 1971, González concluye que “de 1971 a 1984 la polarización decreció” (pág. 171). La hipótesis de la reducción de la distancia ideológica por efecto de la renovación de la izquierda, requeriría comparar estos datos con similares para las tres elecciones siguientes.

20 Un estudio dirigido a los partidos tradicionales podrá indicar si también estos contribuyen a la moderación. Teóricamente también podría mostrarnos lo contrario si resultare que la renovación de la izquierda se viera neutralizada por la radicalización de aquellos.

21 Por ejemplo, con respecto a la apertura ideológica, puede considerarse como antecedente temprano, entre otros, el caso del variopinto mapa de referencias ideológicas del Movimiento de Liberación Nacional-

marxismo que de allí se promovía²². Luego, la experiencia dictatorial, por sí misma, llevó a la izquierda a replantearse entre otras cosas su marco de referencias ideológicas. Y con la reapertura democrática este proceso de introspección y revisión ideológica se amplificó al amparo de las nuevas condiciones que permitían el debate público, el rearmado de las estructuras orgánicas, el reencuentro de militantes dispersos y desconectados por más de una década. Sobre este escenario de debate y revisión vino a sumarse la fuerte influencia de la perestroika soviética y la posterior crisis y caída del régimen comunista en los países europeo-orientales y en la propia Unión Soviética. El efecto de estos fenómenos internacionales no es fácil de medir pero sin dudas fue determinante para el curso de la renovación ideológica de la izquierda en general y en particular afectó fuertemente, al punto de llevarlo a una importante disgregación, al PCU, por entonces la mayor organización dentro de la izquierda y la que había obtenido el mayor apoyo electoral dentro del Frente Amplio en la elección nacional de 1989. A partir de estas consideraciones es que afirmo que estos fenómenos del contexto internacional tuvieron un efecto de amplificación de la rediscusión y redefinición, entre otras cosas, de los marcos ideológicos de la izquierda, pero no constituyen la única variable explicativa, sino que aceleran y profundizan tendencias ya desatadas.

Otro cambio relativo al universo teórico e ideológico de la izquierda tiene que ver con las relaciones entre ideología, ciencia y verdad. A mi entender, algunas facetas de la renovación ideológica de la izquierda, permiten señalar el abandono de la pretensión científicista con que la izquierda asumía y promovía sus presupuestos teóricos. En este caso la izquierda socialista uruguaya no era ninguna excepción. Para ubicar el origen del problema es necesario abandonar momentáneamente el caso nacional y pasar a una apreciación universal. El marxismo y el socialismo en general eran concebidos como ciencia y además esta ciencia era casi sinónimo de verdad, lo cual no era más que la herencia de sus raíces decimonónicas. Entonces, bajo el predominio del ideal positivista, se

Tupamaros (MLN-T), cuya excepcionalidad en el concierto de la izquierda uruguaya contemporánea se visualiza en este y otros temas. Contradiendo la errónea pero frecuente tendencia a identificar intensidad ideológica con radicalismo o ultrismo, en verdad el grupo más radical de la izquierda uruguaya de los 60, el MLN fue pionero en materia de apertura y admisibilidad de variantes teóricas diversas dentro del pensamiento de izquierda.

²² Puede verse un tratamiento sistemático de las relaciones y visiones de la izquierda uruguaya respecto del socialismo real en Gerardo Caetano y José Rilla (1991) “La izquierda uruguaya y el socialismo real ...”.

había instalado la convicción de que, de la mano del avance del conocimiento científico que revelaba la verdad, la humanidad caminaría inexorablemente por la senda del progreso ininterrumpido hacia niveles cada vez mayores de felicidad. El marxismo, creación y producto él también del siglo XIX no rompió con este enfoque, por el contrario nació de él, lo asumió y proyectó. Sus creadores se proclamaron socialistas “científicos”, aplicadores del método de la ciencia al estudio de la sociedad, a partir del que los hombres descubrirían la verdad bajo la forma de leyes sociales.²³

La evolución posterior del marxismo confirmará y aún extremará este cientificismo. Se había originado en la segunda mitad del siglo XIX cuando en la cultura europea occidental predominaba esa visión optimista acerca futuro del mundo y la humanidad. Demostró ser un hijo fiel de ese ambiente que tenía en la idea del progreso su señal distintiva, y de ella fue portador. El optimismo se quebraría con la primera guerra mundial (1914-18) dando lugar en la década del 20 a un clima de pesimismo e incertidumbre generalizada. Sin embargo, el marxismo esta vez escapó al clima cultural de la época y siguió atado firmemente a la asociación ciencia-progreso, al tiempo que se postulaba a sí mismo como pensamiento científico no ideológico (entendida la ideología como falsa conciencia o como distorsión de la realidad). Esa autopostulación jugaba además en dos sentidos: como acreditación de pensamiento verdadero y como elemento autorizante del proyecto político del que era portador. El pensamiento marxista que inspiró al movimiento comunista ligó desde el principio ambas claves, volviéndolo una corriente política por fundarse en la verdad científica podía desautorizar a los adversarios al tiempo que se legitimaba o autorizaba a sí misma. Así fue que la pretensión científicista llevada al campo político indujo la intolerancia dentro y fuera del movimiento.

El enfoque científicista originario fue radicalizado por el leninismo y absolutizado con el estalinismo hasta extremos de dogmatismo que hoy resultan rechinantes cuando no graciosos. De la ciencia como camino a la verdad se llegó a la existencia de una única

23 Si bien el ideal de progreso del siglo XIX explica el clima cultural en el que nació y del que estaba impregnado el marxismo originario, en verdad el cientificismo encuentra su fuente última en el racionalismo de la Ilustración dieciochesca. En este sentido, Leszek Kolakowski (1976) ha señalado que “el motivo racionalista y determinista heredado de la Ilustración ” es uno de los tres temas y fuentes fundamentales del marxismo, aquel en el que Marx puso más acento en sus obras a partir de la década del 60 del siglo XIX (“Las principales corrientes del marxismo”, tomo 1, págs. 412 y 413).

verdad que una vez descubierta era incuestionable. El problema prioritario era entonces descubrirla, ¡como fuera!, con procedimiento y resultados que acabaron siendo nada científicos por cierto. Un episodio relatado por Héctor Rodríguez (dirigente sindical del gremio de obreros textiles y también dirigente y diputado del PCU hasta 1955 en que expulsado) da cuenta del tenor de estos extremos: "... 1948 más o menos siendo yo Secretario de Propaganda del Partido me llegó uno de los pocos ejemplares con aquellas extravagantes resoluciones de las que estaban orgullosos ... El famoso Congreso de Biología (el texto de sus debates y resoluciones puede servir para reír o más bien para llorar) en el que Lisenko preguntó quien había visto los genes. De dónde había salido eso que nadie había visto ... Hay cuatro o cinco tipos que son verdaderos héroes: se fajan en contra de Lisenko en aquella discusión ... Hasta que pide la palabra Lisenko y dice: ¡Camaradas! Acabo de recibir el siguiente mensaje del Comité Central. En dicho mensaje Stalin le daba la razón y, por lo tanto, se acabó la discusión entre los abrazos emocionados de los ganadores, la música ensordecedora de los altoparlantes y las consignas revolucionarias coreadas hasta enronquecer. La agricultura soviética quedó sumida en un atraso que es fácil imaginar".²⁴

Al final del camino, lo que había comenzado como una corriente dentro del pensamiento socialista del siglo XIX acabó siendo presentado como la única teoría científica y, en tanto tal, como la única fuente de la verdad y por tanto única teoría capaz de orientar al movimiento socialista hacia la superación del capitalismo. El marxismo se proclamó ciencia, y como la ciencia era verdad, el marxismo era la verdad. He aquí entonces el trasfondo epistemológico profundo, que podríamos llevar aún más atrás hasta la ilustración, de este asunto de la historia política contemporánea. Si bien es cierto que me fui lejos y que lo que se acaba de describir era el extremo, en su versión estalinista más ortodoxa, de esta formulación del socialismo, también es cierto que con matices esta era una visión predominante en la izquierda, no sólo estalinista ni comunista, a escala universal. Y a esta impronta no escapaba la izquierda uruguaya comunista y no comunista. Luego de esta consideración de carácter universal, volvamos al nuestro caso (aunque

24 Eleuterio Fernández Huidobro (1996) "Héctor Rodríguez, el tejedor", págs. 230 y 231. He alterado levemente el orden de las frases para hacer más claro el testimonio.

muchos de las características señaladas para la izquierda uruguaya son también válidas para la escala internacional).

El abordaje actual de los asuntos teóricos e ideológicos en la izquierda uruguaya presenta novedades en relación al enfoque anteriormente explicitado. La pretensión científicista ha sido en general abandonada. La izquierda ya no asume su marco teórico como la revelación de verdad científica. Los referentes teóricos de la izquierda, que como ya vimos son menos restrictivos que otrora, parecen funcionar más como un conjunto de proposiciones valorativas que facilitan posibles, no únicas, aproximaciones a una verdad que se percibe mucho más multifacética de como se la solía ver. Las referencias al marxismo como ciencia parecen haber desaparecido del lenguaje de la izquierda. Este cambio está vinculado al ya señalado de la mayor inclusividad del marco teórico de la izquierda. Si el marxismo no es la verdad, sino un camino de aproximación a la verdad, entonces hay otras corrientes de pensamiento que transitan otros caminos de acercamiento a la verdad y por tanto sus aporte pueden incorporarse al marco de referencias propio de la izquierda política

La izquierda uruguaya no es una originalidad en este sentido, ya que se trata de un viraje de época, que conmueve a la izquierda y a las fuerzas socialistas en el mundo entero. La crisis del marxismo y la caída del socialismo real, indudablemente tienen que ver en la explicación de este fenómeno pero, una vez más, no parece ser éste el motor originario del mismo. Más bien vino a operar sobre un proceso ya en curso ligado a los aprendizajes obligados que impuso la traumática experiencia autoritaria y a las revisiones amplificadas en el marco de la restauración democrática. Tal vez por ello no ha habido sustitución del fundamento ideológico anterior, el marxismo no ha desaparecido del marco teórico de la izquierda uruguaya, sino que ha habido incorporación no excluyente, complementación de otros aportes sobre la base de la matriz marxista originaria que, a su vez, es concebida desde una renovada mirada menos dogmática, restrictiva y triunfalista, más crítica, abierta y relativista.

En este marco comenzó a aceptarse primero y a utilizarse corrientemente luego el término “utopía” antes despreciado fuertemente cuando “lo utópico” era precisamente el contrario de “lo científico”. El marxismo y el socialismo en general son crecientemente concebidos como horizontes utópicos más que como grandes recetas para la construcción de una nueva sociedad. Veamos un par de declaraciones de dirigentes frenteamplistas sobre este asunto. Para Reinaldo Gargano (Secretario General del Partido Socialista del Uruguay (PSU) y senador frenteamplista desde 1985) “... la utopía siempre será la misma: la igualdad, la solidaridad entre los hombres, la democracia, la libertad, la resolución de las desigualdades sociales. La utopía es sólo avanzar hacia ella misma ...”. Por su parte Mariano Arana (dirigente de la VA, senador frenteamplista entre 1990 y 1995 e Intendente del departamento de Montevideo desde 1995) “La primera utopía ... es la utopía de la democracia como proyecto humano integral ... Para mí ser de izquierda, ser hombre progresista, es una forma de asegurar el pleno respeto a la persona ...”.²⁵ De alguna manera la utopía entró en el vocabulario de la izquierda desde una apreciación positiva como conjunto de valores y principios que marcan un horizonte al que se pretende llegar, en sustitución de las certezas paradigmáticas anteriores que pautaban estrictamente objetivos y caminos hacia la meta soñada. De esa forma fue ganando terreno la izquierda autopercibida como postura ética, identificada con la defensa de algunos principios básicos, más que como traducción política de una escuela ideológica concreta.

25 Estas dos y otras opiniones de dirigentes frenteamplistas relevadas hacia 1994 sobre el incorporación del componente utópico en el pensamiento de la izquierda uruguaya y su relación con el paradigma socialista pueden consultarse en Germán Wettstein (1993) "El Frente Amplio en el umbral ...", vol. 1, págs. 41 a 61.

*Programa*²⁶

La importancia asignada al “programa”²⁷ ha sido una verdadera tradición de la izquierda uruguaya. Por mucho tiempo esta se percibió y presentó a sí misma como fuerza programática, al tiempo que cuestionaba a blancos y colorados por un supuesto vacío en la materia. Este cultivado perfil programático de la izquierda se relaciona también, además del lugar privilegiado otorgado a las formulaciones de ese carácter, con la significación atribuida al proceso mismo de su elaboración y sanción en instancias orgánicas relevantes y a su plasmado en forma de documento que, a partir de esa “unción” se vuelve un instrumento político altamente valorado. De ahí que la “unidad programática” fuera uno de los asuntos centrales que la izquierda debió afrontar y resolver para concretar su unidad orgánica en 1971. Por ello es que la cuestión programática se torna un aspecto relevante del estudio de la trayectoria del Frente Amplio. Veamos cuál ha sido el itinerario del programa frenteamplista, estudiándolo a través de sus documentos programáticos.²⁸

26 En la redacción final de este punto me han sido especialmente útiles, además de las de José Rilla que lo fueron para toda la monografía, algunas ideas aportadas por Adolfo Garcé con quien últimamente hemos compartido la reconstrucción y análisis del itinerario programático del Frente Amplio.

27 Al hablar del “programa” puede entenderse a este en diversos sentidos. Concretado como texto y discurso adquiere el formato de documento. Este es un sentido, el más estricto y restrictivo de los posibles. Pero el programa en un sentido más profundo escapa al “documento programático” y refiere al fundamento mismo del accionar político, a sus inspiraciones e intenciones. En este segundo sentido, lo programático se toca con lo ideológico, con el campo de las ideas que están detrás (adelante, arriba o abajo, como se quiera) de la acción política. Finalmente, puede entenderse al programa en una dimensión coyuntural como oferta política para la competencia electoral. Este programa como “plataforma electoral” será una selección de elementos del programa ideológico y del programa documento y admitirá incorporaciones propias del momento electoral. En este trabajo, se aborda la cuestión programática en el primer sentido. Ello no responde a ninguna clase de asignación fundada de relevancias entre los tres modos posibles de acercarse a su estudio, sino a simples razones prácticas referidas a la accesibilidad y ventajas del trabajo con el programa documento, donde se condensa en forma de texto lo que el partido político considera “su programa”. De cualquier forma, deben tenerse presentes las posibilidades que abre el estudio del programa en los otros dos sentidos. El que aquí se desarrolla debe entenderse como un avance por el terreno documental que podrá completarse con una incursión en los otros dos sentidos del programa.

28 Estudiar el programa a través de la documentación partidaria tiene sus riesgos y obliga a tomar precauciones o por lo menos relativizar los resultados. Quedar “pegado” a lo que un partido dice de sí mismo es problemático. Vale por lo que de revelador de la autopercepción tiene, pero desde el punto de vista del analista no alcanza, hay que poner en marcha mecanismos de decodificación y contextualización del discurso del actor. Hay que poner atención no sólo a lo que dice sino también a lo que no dice que puede indicar tanto deliberado ocultamiento de aspectos inconvenientes o devaluación, a veces ignorancia, de los aspectos obviados. Por tanto, mi análisis, que reconozco demasiado pegado a la autopercepción del actor, corre con estos riesgos y limitaciones, sobre las que deberé trabajar en etapas posteriores de investigación del punto.

El primer programa del FA, su programa fundacional, está contenido en el documento "Bases programáticas de la unidad" (5/2/71) que contenía un conjunto de definiciones fundamentales y se completaba con un documento de intención más específica titulado "Treinta primeras medidas de gobierno". Esta primera formulación fue revisada y modificada a la salida de la dictadura para las elecciones de 1984, aprobándose unas nuevas "Bases programáticas de la unidad" (9/8/84). Estas "bases" de 1984 fueron actualizadas y modificadas en diversas instancias que se repasan a continuación se han aprobado resoluciones que introducen nuevos elementos o modifican otros.

En su "primer congreso ordinario" (3-6/12/87) el Frente Amplio aprobó una "grandes líneas de acción política", documento de contenido programático que no presenta novedades respecto a las bases de 1984. Para las elecciones de 1989, el Plenario Nacional del FA aprobó una "plataforma electoral" (junio de 1989), documento que integra las "bases" de 1984 con los posteriores avances de la discusión y elaboración programática sin introducir modificaciones relevantes. El "segundo congreso ordinario" del FA (julio de 1991) aprobó unas nuevas "grandes líneas de acción política", síntesis de una discusión que alcanzó estado público²⁹. El "segundo congreso extraordinario" del FA (1-3/7/94) aprobó una nueva "plataforma electoral y plan de gobierno del FA", puesta al día y adaptación electoral de las "bases programáticas" luego de un interesante proceso de discusión interna que reveló la existencia de diferencias importantes respecto a algunos puntos del programa económico. El "tercer congreso ordinario" del FA (20-22/12/96) aprobó unas nuevas "grandes líneas de acción política", documento programático actualizado. Finalmente, el "tercer congreso extraordinario" del FA (20-22/11/98) aprobó las actuales "grandes líneas programáticas", que están en la base del programa de gobierno presentado por el Encuentro Progresista para las elecciones de 1999 ("el otro programa").

Como puede verse el itinerario de la cuestión programática a lo largo de la historia del Frente Amplio y especialmente desde 1984 a la actualidad, puede rastrearse a través de una documentación partidaria tan abultada que, a la hora de estudiarla impone una

²⁹ En el marco de dicha discusión, tomó estado público nos días antes del inicio del congreso del Frente Amplio, a través del diario montevideano "La República" (5/7/91), el "documento de los 24" donde bajo el título "Más allá del desaliento hay un país que nace" diversos dirigentes e intelectuales vinculados al Frente Amplio planteaban la necesidad de una renovación de la izquierda con marcado énfasis en lo programático.

selección. El objeto de este apartado es registrar las permanencias y los cambios en las formulaciones programáticas de la izquierda uruguaya. Para ello, partiendo del programa fundacional del Frente Amplio de 1971, se señalarán las líneas principales de la renovación programática de 1984 y se registrarán los cursos fundamentales de la discusión y elaboración programática desde entonces. Importa identificar no sólo las definiciones que se plasman en los documentos acabados y aprobados sino también la discusión interna a que da lugar su proceso de elaboración y aprobación.

La izquierda ha transitado del consenso de 1971³⁰ en torno al programa del “Congreso del Pueblo” (1965) que quedó plasmado en las primeras "bases" , a las discusiones y polémicas de los 80 y 90 centradas en ciertos puntos del programa económico (deuda externa, reforma agraria, estatización de la banca, sistema jubilatorio, etc.). Acaso pueda verse en este tránsito del consenso al acuerdo en la diversidad una cierta aproximación a la modalidad con que han procesado la cuestión los partidos tradicionales, cuyos programas partidarios, cuando existen en tanto tales, han sido siempre fruto de ajustes entre los programas de sus fracciones. En todo caso, este hecho nos lleva a prestar atención no sólo al programa oficial frenteamplista que expresan sus documentos aprobados, sino también a los matices y discusiones internas pues a través de ellas se pueden identificar las tensiones transformadoras, así como las resistencias que despiertan.

Los documentos que aquí se analizan son las “Bases Programáticas de la Unidad” de 1971, que es el programa fundacional; luego las “Bases Programáticas de la Unidad” actualizadas en 1984, para registrar los cambios que se producen a la salida de la dictadura respecto al programa fundacional; y, finalmente, el “documento preparatorio” del “segundo congreso extraordinario” del Frente Amplio (1994). Este documento, al exponer las diferentes opiniones existentes en lo programático, es revelador de los puntos

30 Si bien las bases del 71 nacieron en un ambiente general de consenso esto no debe inducirnos a la creencia de que ese consenso haya sido un resultado espontáneo del encuentro programático de las fuerzas fundadoras del Frente Amplio. En verdad, fue el producto de un proceso de negociaciones que debió sortear algunas dificultades importantes originadas en desencuentros entre algunos de aquellos grupos. De acuerdo a testimonios que hemos relevado las diferencias surgidas entre el PCU y el PDC impidieron en aquel momento ir más allá de las “30 medidas” como programa inmediato de gobierno. Hay aquí una línea interesante de investigación para profundizar en otra instancia, que debiera comenzar por recuperar los testimonios de los protagonistas de aquellas negociaciones.

fundamentales de la polémica interna que se desarrolló ese año . Ese fue el momento en que la redefinición del programa generó una discusión más intensa e interesante. Si bien en otras ocasiones (como la mencionada de 1991) la cuestión programática generó discusiones que enfrentaron a diversas posiciones, el congreso de 1994 fue la instancia en que las diferencias internas alcanzaron mayor grado de explicitación y produjeron por ello un debate más amplio. Por ello es que opté por analizar no el documento final emanado del congreso sino documento preparatorio que sirvió como base de la discusión previa al congreso donde se explicitan los puntos de desacuerdo y las diversas posiciones que se sometían a la consideración del congreso.

La elección del documento programático de 1994 responde además a otra razón que merece explicitarse aunque para ello deba adelantarse una conclusión que surge del análisis del itinerario programático del Frente Amplio entre 1971 y 1999. El de 1994 constituye el punto de inflexión más importante en la renovación programática, no tanto por lo que finalmente se aprobó sino por la discusión interna que generó poniendo sobre el tapete los puntos clave de la renovación. Tomando como punto de partida el programa fundacional de 1971, las versiones revisadas de 1984 y 1989 no introducen modificaciones fundamentales. En lo sustancial se trata de un programa centrado en grandes transformaciones económicas y sociales. Frente a esta tónica persistente entre 1971 y 1989, el programa de 1994 muestra dos cosas importantes: primero, una matización de algunas de las aristas del programa de “cambios estructurales”; segundo, una debate interno importante (que retomaba el insinuado en 1991) que, si bien no produjo innovaciones demasiado relevantes en las resoluciones finales, dejó la cancha marcada y trazó las que serían las líneas fundamentales de la renovación programática. Estas líneas sí se verán concretadas en el programa del Encuentro Progresista de ese mismo año 1994 y en los programas del Frente Amplio 1998 y del Encuentro Progresista – Frente Amplio 1999, confirmando la tendencia hacia la moderación. Estas afirmaciones que adelanto para justificar la selección documental realizada, se fundamentan en el análisis que de cada programa se hace a continuación.

Por las razones señaladas es que, ante la conveniencia hacer una selección de la documentación disponible, tres son las estaciones del itinerario programático del Frente

Amplio en los que me detendré con el objeto de identificar la permanencia y el cambio, los momentos de confirmación y, sobre todo, los puntos de inflexión: 1971, 1984, 1994.

Las "Bases Programáticas de la Unidad" de 1971 constan de cinco capítulos que sintetizan el programa de la izquierda en los siguientes aspectos: 1) "libertades, derechos y garantías", 2) "política internacional", 3) "reforma de la estructura económica y social", 4) "política social y educativa" y 5) "política institucional".

El punto 1) "libertades, derechos y garantías" tiene un carácter claramente coyuntural. Luego de reclamar la vigencia de los derechos constitucionales pasa a enumerar una serie de medidas relativas a la represión política del momento: restitución de funcionarios destituidos, amnistía a presos políticos, cese de la censura y clausura de medios de prensa, levantamiento de la intervención de la enseñanza secundaria, etc.

El punto 2) "política internacional" enumera algunos principios de política exterior: defensa de la soberanía nacional y de los principios de no intervención y autodeterminación, política exterior independiente, relaciones con todos los países, solidaridad con pueblos en lucha por su independencia especialmente latinoamericanos, reafirmación del derecho de asilo. En cuanto a las relaciones económicas con el exterior se plantea: conducción de la política económica internacional con independencia, de acuerdo al interés nacional (rechazo a injerencia del F.M.I. y otros organismos extranjeros), negociación de la reconversión de la deuda externa aplazando pagos y mejorando condiciones, obligar a las empresas extranjeras a reinvertir sus utilidades en el país, restricciones a la emigración de capitales y relacionamiento comercial con todos los países del mundo.

El punto 3) "reforma de la estructura económica y social" es el más extenso y se refiere fundamentalmente a una serie de transformaciones económicas. Está organizado en 10 puntos. El primero postula la "planificación nacional independiente de la economía, con objetivos sociales" instituyendo para ello un "organismo para dirigir la planificación donde participen los sindicatos obreros, los productores, los técnicos y los representantes del poder político". Propone además la expansión del patrimonio comercial e industrial del

estado mediante una política de nacionalizaciones. En segundo lugar, una reforma agraria que redistribuya la tierra eliminando el latifundio y apoyando técnica, educativa y crediticiamente a los pequeños y medianos productores favorecidos por la misma. En tercer lugar, se postula una "vigorosa política de industrialización" que aumente el empleo en el sector y procese al máximo posible las materias primas nacionales. Asimismo esta industrialización deberá complementarse con el desarrollo y coordinación del sistema de transporte de carga y pasajeros. En el cuarto punto se propone la "nacionalización de la banca" y de los "grandes monopolios que controlan el comercio exterior". En quinto lugar, hace mención al fomento del cooperativismo, como instrumento adecuado para contribuir al desarrollo económico-social tanto en las áreas industrial y agropecuaria como en el consumo y los servicios. En sexto lugar, se propone una política demográfica que, mediante el estímulo de la natalidad y el combate de la emigración, "proporcione al país el contingente humano indispensable para su desarrollo". En el décimo y último ítem de este capítulo se hace referencia a la "reforma radical del régimen tributario" gravando las grandes fortunas, el capital improductivo y los vicios sociales, y reduciendo los impuestos al consumo.

El punto 4) "política social y educativa" se desglosa en tres subpuntos. En primer lugar, se propone redefinir la política de salarios públicos y privados con participación de los interesados. En segundo lugar, se hace referencia a un conjunto de políticas sociales de las que se resaltan como prioritarias: integración del Directorio del BPS. con representantes sociales, establecimiento de un Seguro Nacional de Salud, plan de viviendas populares y creación de casas-cuna y guarderías infantiles. En tercer lugar, se formula una "reforma democrática de la enseñanza" que incluya: extensión a toda la población, erradicación de toda forma de penetración imperialista, salvaguardia de la autonomía, incorporación de docentes a los consejos de cada rama, apoyo al esfuerzo universitario en la creación y difusión del conocimiento.

El 5º y último capítulo "política institucional" se refiere a cuestiones relativas al sistema democrático y al funcionamiento del Estado resumidas en 6 ítems. En el primero de ellos se postula el "funcionamiento integral de la democracia con pluralidad de partidos

políticos" reclamándose al mismo tiempo la reforma del régimen electoral para garantizar el respeto a la voluntad de los electores y la promoción del control ciudadano a través de los recursos plebicitarios. En segundo lugar, se proclama la "ampliación de la autonomía administrativa, política y financiera de los municipios y organismos locales" proponiéndose una serie de medidas concretas para lograr tal fin. En tercer lugar, se propone la instrumentación de mecanismos legales que impidan el aprovechamiento personal del desempeño de cargos públicos. En cuarto lugar se postula la necesidad de una "reforma administrativa" mediante la política de ingresos, promoción y coparticipación de los funcionarios públicos, así como la modernización de los servicios estatales. En quinto lugar, se hace mención al reintegro de la Policía a sus funciones civiles. Y en sexto y último lugar se enuncia que las Fuerzas Armadas deben limitarse al cumplimiento de sus funciones específicas propendiendo al más alto grado de perfeccionamiento profesional y ético, al mismo tiempo que se integre su accionar en el "proceso de liberación nacional y desarrollo" propuesto por este programa.

Veamos ahora el programa de la izquierda luego de la actualización de estas "bases" en 1984 a la salida de la dictadura. Dado que lo que interesa a los efectos de este trabajo es señalar si esa renovación supuso una revisión del programa fundacional de 1971 y, en tal caso, cuáles fueron los cambios realizados, no se hará un detalle del documento como en el caso anterior, sino una reseña de las novedades que surgen al compararlos.

Las "bases" de 1984 se dividen en dos partes: una propiamente programática titulada "líneas fundamentales de acción" y otra más bien coyuntural titulada "medidas de emergencia". La que aquí interesa es la primera y respecto a ella se puede afirmar que, en la mayoría de los temas, no hay cambios sustanciales sino que básicamente se reordenan y amplían los temas ya presentes en las "bases" fundacionales de 1971. Sin embargo, en el capítulo económico hay tres cambios que son de cierta importancia. En la propuesta de reforma agraria, que se mantiene, no se habla explícitamente de la eliminación del latitundio. En el ámbito financiero, en lugar de "nacionalización de la banca" se habla directamente de "estatización". Por último, no se menciona la "nacionalización de los rubros esenciales del comercio exterior" que se incluía en las bases de 1971

El programa de la izquierda entre 1971 y 1984 no varió en sustancialmente ya que se mantienen la mayoría de las grandes definiciones generales y también la mayoría de las propuestas concretas, salvo las tres modificaciones señaladas. Dos de estas alteran parcialmente aspectos del programa de 1971: se sigue postulando la reforma agraria aunque sin mencionar la eliminación del latifundio como uno de sus cometidos; y con respecto al sistema bancario privado, se señala, seguramente a raíz de la extranjerización casi total del mismo que se operó durante la dictadura, que el agente nacional que se apropiará de toda la banca será el Estado, cuando en la versión anterior sólo se proclamaba la “nacionalización”. La tercera novedad supone la eliminación de una de las tres medidas fundamentales que apuntaban a la alteración de la estructura económica del país en el programa de 1971: desaparece la referencia a la nacionalización del comercio exterior.

En resumen, entre el programa de 1971 y el de 1984 la continuidad está dada por la permanencia de dos elementos centrales: la prioridad asignada a las “reformas estructurales” especialmente económicas y sociales; y el predominante rol atribuido al estado, cuyas potestades de planificación y regulación así como su aparato y su dominio industrial, comercial y social se plantea expandir. La novedad está en la eliminación de una de las medidas económicas fuertes contenidas en el primer programa (nacionalización del comercio exterior), en la radicalización de otra (de la nacionalización a la estatización de la banca) y en una aparente moderación de la propuesta de reforma agraria (eliminación de la mención directa de la expropiación del latifundio).

Como señalé anteriormente, el programa de 1989 no tiene muchas novedades respecto al de 1984, razón por la cual no le doy aquí una atención específica y me concentro en el de 1994. Sin embargo a un cambio de relieve que aparece en 1989 y que será reafirmado en 1994: se expresa la intención de “evitar el pago” de los intereses de la deuda externa y se plantea el carácter ilegítimo e impagable de la deuda. Se trata de una formulación ambigua ya que no proclama el “no pago” de la deuda, sólo de los intereses que genera, pero al mismo tiempo ello queda insinuado. ¿Qué otro sentido podría tener la alusión a la ilegitimidad de la deuda y a la insolvencia del deudor? De cualquier forma,

paso al programa de 1994 donde trato este punto con más detalle y rastreo los antecedentes del mismo, ya que en esa instancia generó un debate interno importante en el que me detengo.

Para analizar el programa de 1994 utilizo el documento preparatorio del “segundo congreso extraordinario del Frente Amplio” de julio de 1994. Primero reseñaré sumariamente los puntos del programa en que se explicitan divergencias internas: "política internacional", "defensa nacional", “sistema financiero” y “deuda externa”. En los dos primeros las diferencias de opinión son puntuales y se refieren al eventual tratado “4+1” (Mercosur+EE.UU) y a la "iniciativa para las Américas" de George Bush, y a la posibilidad de que las FF.AA. participen en tareas de "interés social" que no son estrictamente de defensa militar externa. En cambio, los otros dos puntos dieron pie a discusiones importantes que alinearon a sectores “radicales” y “moderados”³¹. Las divergencias giraron en torno a dos ejes: la estatización de la banca y el (no) pago de la deuda externa. En ellos me detengo a continuación.

La discusión sobre sistema financiero, enfrentó a los sectores favorables a mantener la estatización de la banca³², postulado incorporado en las “bases” de 1984 en sustitución de la “nacionalización” de 1971, con aquellos inclinados a eliminar este punto del programa frenteamplista³³. Los primeros sostenían que, dada la inexistencia de capitales privados nacionales interesados en gestionar un sistema bancario nacionalizado, la nacionalización de la banca sólo podría concretarse a través de la estatización. Por su parte los segundos

31 El uso de los términos "radical" y "moderado" como categorías que pretenden dar cuenta de dos corrientes internas del frenteamplismo se ha vuelto un lugar común en muchos análisis políticos. Aquí no los utilizo como categorías con pretensión científica analítica sino como mero recurso al lenguaje cotidiano para referirme a las fracciones a las que frecuentemente así se adjetiva. A veces, su uso parece vincularse a la pretensión de cristalizar, al nivel del análisis, dos bloques de fracciones homogéneos y con cierta continuidad temporal. Así planteados carecen de todo rigor descriptivo, mientras no se expliciten los contenidos concretos que definen a cada tipo y las dimensiones a partir de cuya observación se procede a colocar a las diversas fracciones frenteamplistas en la categoría correspondiente. El problema de las configuraciones internas del Frente Amplio y el comportamiento fraccional de sus diversas tendencias se presenta como una realidad compleja y cambiante difícilmente reductible a estas dos pretendidas categorías como tipos permanentes. Sirven, y con ese sentido los utilizo aquí, como meros adjetivos en su sentido literal. Así se pueden distinguir radicales y moderados en todos los partidos. Siempre habrá quienes se inclinen por pronunciamientos más extremos y otros que lo hagan por posturas más matizadas, quienes prefieran las vías rápidas y quienes prefieran el gradualismo. En fin, radicales y moderados.

32 MPP, PCU y UNIR.

33 VA, PS-CP y Presidencia del FA.

asumían la inevitabilidad de la extranjerización del sistema bancario privado y la inviabilidad de la estatización del mismo. Postulaban como alternativa dos estrategias para que el estado ejerciese un mayor control del ahorro y el crédito nacional: el fortalecimiento de los bancos estatales y el reforzamiento de los controles y la supervisión estatal sobre las instituciones financieras privadas por parte del Banco Central.

El tema de la deuda externa, una de las herencias que la dictadura le dejó a la nueva democracia, da lugar a un debate interno. Como señalé anteriormente, la referencia a la posibilidad de suspender el pago había aparecido en 1989 pero referido no a la deuda en sí, sino únicamente a los intereses por ella generados (aunque al mismo tiempo se decía “gran parte de la deuda externa es ilegítima” y que “es imposible pagarla”). Aunque no lo señalé al tratarlos, el tema de la deuda externa ya figuraba tanto en el programa de 1971 como en el de 1984, pero en estos no había ninguna mención a la posibilidad de no pagar: las bases de 1971 plantean la “renegociación” y las de 1984 dicen lo mismo con otro término (“refinanciación”). El debate de 1994 en torno a este tema reproduce los alineamientos del tema anteriormente considerado (ver nota al pie), enfrentando a los sectores que defienden ciertas modalidades parciales y transitorias de no pago con las fracciones que prefieren pronunciamientos aún más moderados. Los primeros se inclinaban por la declaración de una moratoria transitoria del pago (tanto de intereses como de capital) por un período de por lo menos tres años, y una renegociación en procura de la reducción y refinanciación del importe a pagar al término de la moratoria. Los segundos sostenían, otra vez, la inviabilidad de la moratoria aún parcial y transitoria dadas las previsibles represalias que generaría de parte de los acreedores privados y los organismos financieros internacionales, cualquier modalidad de suspensión unilateral del pago de la deuda externa y postulan dos estrategias. Compartiendo la necesidad de reformular las condiciones del pago de la deuda, plantean como alternativa a la posición anterior dos iniciativas complementarias: la conformación de un bloque común de los países deudores, especialmente del Mercosur, para alcanzar un mayor poder de negociación frente a los acreedores, y la renegociación conjunto y/o por separado de la deuda con el objetivo refinanciarla reduciendo la carga anual.³⁴

34 Como puede verse, no se plantea el no pago total y definitivo de la deuda externa. La moderación de la propuesta de los “radicales” frenteamplistas en torno a este tema -de los más reboleados por los críticos del

Estos puntos polémicos en el trámite de re-elaboración programática de 1994 cobraron relevancia y se volvieron centro de tensiones internas dado el lugar estratégico que la cuestión financiera ocupa dentro del programa del Frente Amplio. Dos son los aspectos de esta cuestión que le otorgan esa importancia y al mismo tiempo dan lugar a contradicciones de difícil conciliación: por un lado la capacidad estatal de manejar el ahorro interno a través del control del sistema financiero y la reducción de las salidas de capitales y por otro la insuficiencia de aquel para financiar los planes de desarrollo económico y social que la izquierda postula y la consecuente necesidad de acudir al crédito externo. Lo primero fundamenta el recurso al control estatal del sistema financiero y a la búsqueda de caminos para reducir el peso de la deuda externa. Lo segundo está detrás del temor a que cualquier acción que incite la animosidad adversa de los centros financieros internacionales, cierre el camino a la obtención de nuevos créditos. Finalmente, el documento aprobado por el congreso de 1994, consagró la eliminación de la “estatización de la banca” incluida en 1984 y volviendo a la “nacionalización” postulada en 1971. De igual forma no se incluyó la moratoria del pago de la deuda externa aunque sí se reitera la “constitución de un frente de países deudores ... con el fin de evitar el pago de los intereses”.

Hasta aquí los puntos de discrepancia explicitados en el documento preparatorio del “segundo congreso extraordinario” de 1994. Pasaré ahora a revisar otros dos cambios que surgen de comparar el documento finalmente aprobado, no el preparatorio, en esa instancia con las formulaciones anteriores (1971 y 1984).

Si bien no hay ninguna mención expresa a la reforma agraria (uno de los ejes centrales del programa de transformaciones económicas contenido en las “bases” de 1971 y 1984), en el capítulo dedicado a la producción agropecuaria se incluyen medidas equiparables a los contenidos de aquella. En el programa fundacional la reforma agraria tenía un componente fuerte en la expropiación del latifundio (señalado como una de las

radicalismo de la izquierda- constituye una prueba de lo resbaladizo del terreno al que nos lleva la dicotomía moderados/radicales cuando se pretende otorgarle las propiedades señaladas en una nota anterior. “Congreso Extraordinario... documentos aprobados” , págs. 23 y 24 .

claves del retraso agropecuario del país). Este señalamiento del latifundio había desaparecido en las “bases” de 1984. En el documento aprobado en 1994 tampoco se habla directamente de expropiación, aunque queda sugerido indirectamente en diversos párrafos en los que se hace mención a que “se estudiará la productividad especialmente de las tierras en manos de extranjeros no residentes en el país dedicadas a la ganadería extensiva” y se enfatiza la posibilidad de recurrir a las tierras de los deudores del estado, para destinarlas a planes de colonización rural.

La “nacionalización del comercio exterior” había constituido otro de los tres ejes destacados de las “bases” de 1971. El punto no fue objeto de la discusión preparatoria y en el documento aprobado en 1994 no se lo menciona ni aparece aludido indirectamente en las secciones donde se tratan asuntos relativos al comercio exterior (1.1 “política económica” y 1.5 “reforma del estado”), confirmando de esta forma el cambio ya señalado en las “bases” de 1984. En las secciones mencionadas el programa sólo apunta a la promoción de las exportaciones vía mejora de la competitividad, al desarrollo de una política arancelaria que estimule las actividades nacionales competitivas y a la creación de un Ministerio de Comercio Exterior.

Hasta aquí he realizado una reconstrucción del itinerario del programa frenteamplista centrado en los cuatro temas más destacados del programa económico (tierra, banca, comercio exterior y deuda externa)³⁵ y en tres momentos escogidos (1971, 1984, 1994). Antes de continuar, veamos estos elementos ordenados en el siguiente cuadro:

	1971	1984	1994
Agro	reforma agraria	reforma agraria	colonización
Banca	nacionalización	estatización	nacionalización
Com. Exterior	nacionalización	control cambios	promoción exportación
Deuda	renegociación	refinanciación	“ilegítima-impagable”

Idem, pág. 46.

35 Aunque no lo menciono en este resumen, la reforma del sistema impositivo, del que en 1971 ya se proponía su “reforma radical”, ha figurado en todos los programas del FA como un instrumento redistributivo privilegiado y ha ido incrementándose el desarrollo y detalle del tema en cada nueva versión. Si bien no lo incluí en la reconstrucción programática, salvo al describir las bases del 71, la notoriedad que este tema adquirió en la campaña electoral 1999, incita fuertemente a pensar en su itinerario.

Terminado este repaso intentemos algunas conclusiones. En un marco general de continuidad -ninguna de las instancias analizadas introdujo vuelcos sustanciales o reformulaciones radicales del programa fundacional de 1971-, se produjeron algunos cambios que introducen matices en ciertos aspectos destacados del programa económico frenteamplista. Vistos en conjunto, estos cambios dan una imagen contradictoria. En tres puntos (reforma agraria, estatización de la banca, nacionalización del comercio exterior) se orientan en el sentido de una moderación de algunas de las aristas programáticas que más distinguían a la izquierda, tanto por su contenido específico, como por el lugar que ocupan y el destaque que se les asigna³⁶. Sin embargo, en otro punto (no pago deuda externa) hay una radicalización del planteo anterior (renegociación y refinanciación). Esta paradójica constatación es un buen reflejo de los problemas, bloqueos, que los impulsos a la renovación moderadora encontraron entre 1991 y 1994. Recién a partir de entonces, ese rumbo se confirmaría plenamente en los programas del Frente Amplio y especialmente en los del Encuentro Progresista. Por ello considero igualmente adecuado señalar que a lo largo de todo el período 1971-1999, el punto de inflexión más importante desde el punto de vista del giro moderado del programa frenteamplista se encuentra en 1994. A pesar de lo trabado del trámite interno de la revisión del programa económico, cobran fuerza los impulsos que sentarán las bases sobre las que se fundamenta el actual programa del Frente Amplio y del Encuentro Progresista.³⁷ Desde este punto de vista no debe dejar de considerarse, que los cambios de 1994 se producen en un ambiente interno distinto pautado por el abandono del consensualismo programático y la irrupción del debate abierto entre

36 En esta última dimensión, la del destaque que las diversas medidas tienen en el conjunto del programa, es llamativamente sintomático la siguiente constatación documental. Germán Wettstein al hacer el resumen de una serie de entrevistas realizadas a dirigentes frenteamplistas de diversas fracciones en el correr de 1993, entre las “primeras medidas económicas” que impulsaría un eventual gobierno frenteamplista no se mencionan nada referido a la banca privada extranjera, el comercio exterior y la propiedad de la tierra. (Germán Wettstein 1993 “El Frente Amplio en el umbral ...”, volumen 5, págs. 406 a 408).

37 La creación en 1994 del Encuentro Progresista es un elemento que, si bien no lo analizo aquí, debe tenerse presente ya que a partir de entonces aunque el FA mantiene su propio programa, paralelamente se inicia la historia del programa del EP que irá eclipsando al del FA hasta llegar a la situación planteada en 1999 en que el debate programático no se centra en el documento aprobado por el último congreso del FA (1998) sino en el del EP (“el otro programa”, 1999). Aquí hay una veta a investigar, ya que notoriamente el programa del EP no es un simple reflejo automático del del FA. En este sentido, Adolfo Garcé me ha señalado una hipótesis que habrá que indagar, pero que inaugura una pista interesante con la que coincido: mientras que el trámite de la renovación programática se trabó en el Frente Amplio en 1994, la creación del Encuentro Progresista ese año y su jerarquización posterior fue la vía por la que la renovación se concretó y acabó arrastrando al propio Frente Amplio.

diversas opciones que en general han enfrentado a los defensores de los lineamientos centrales del programa fundacional con los partidarios de su revisión parcial.³⁸

El análisis aquí desarrollado se centró en algunos aspectos económicos del programa del Frente Amplio por dos razones: la primera es que ese era el capítulo clave, el más destacado del mismo y la segunda que es precisamente allí donde mejor se perciben los cambios señalados, los inicios de la tendencia a la moderación que recién se confirmará plenamente en el tramo 1994-1999. Sin embargo, cierto es que el programa frenteamplista siempre tuvo otros capítulos dedicados a temas diversos y aunque no se profundice aquí en ellos, señalaré que en términos generales también se puede ver en ellos un cambio importante, especialmente en lo que tiene que ver con su lugar y desarrollo dentro del conjunto de proposiciones. Si se comparan las “bases” de 1971 con el “otro programa” de 1999, se constata inmediatamente que el capítulo económico ha cedido espacio frente a los aspectos sociales y políticos. Revisando la serie completa de la documentación se constata que este cambio se inició con las nuevas “bases” de 1984 y se ha ido confirmando en cada actualización, siendo también en este aspecto la de 1994 el punto de inflexión más claro. No sólo se desarrollan temas antes apenas punteados sino que aparecen nuevos asuntos que adquieren particular destaque. Así por ejemplo todo lo referido a “políticas sociales” adquiere un lugar más destacado y extenso en cada nueva versión. El tema de la “reforma del estado” se incorpora en 1989, adquiere relevancia en 1994 y la mantiene en “el otro programa” de 1999. Por último, la atención dedicada al tema de la democracia (sobre el que vuelvo en el segundo capítulo) apenas mencionado en las “bases” de 1971 y desde un enfoque muy coyuntural, ha ido adquiriendo desde 1984 una creciente importancia desde 1984 hasta el punto de ser hoy uno de los tres “ejes fundamentales” desarrollados en el “otro programa” del Encuentro Progresista – Frente Amplio en 1999.

38 Los cambios en el programa del FA han merecido los más diversos juicios dentro y fuera del Frente Amplio. Desde dentro hay quienes los consideran positivamente como parte de la evolución renovadora del FA y de su constitución en fuerza gobernante y quienes, por el contrario, los evalúan críticamente como un retroceso, un abandono de postulados históricos de la izquierda, con los que el FA debe re-encontrarse. Desde fuera, también es diversa la gama de opiniones, algunas son extremadamente críticas. La siguiente cita del ex-frenteamplista Hebert Gatto (1997 “De frustraciones” , pág. 36) viene bien a manera de ejemplo de cómo estos cambios, aún estándose en sustancia de acuerdo con su contenido, pueden ser juzgados severamente “...los que prometían un cambio radical...ahora ofrecen una versión tibia del batllismo de principios de siglo...No obstante la fe frentista se sostiene. Porque a esta altura poco tiene que ver con programas...”.

Concluyendo este punto, el Frente Amplio continúa promoviendo un programa que pone énfasis en el cambio, con una persistente preocupación por la transformación económica del Uruguay, orientada tanto al crecimiento estrictamente económico como a la sustentación de una política social redistributiva orientada por principios de justicia social e intenciones de corte igualitarista. Junto a esas persistencias, las sucesivas reformulaciones de ese programa también muestran cambios importantes que recorren por lo menos dos pistas: la moderación de las propuestas de transformación económica y la incorporación y/o desarrollo de asuntos referidos a los temas sociales y político-institucionales. El programa frenteamplista de 1999 se presenta como un programa de cambio moderado orientado hacia la transformación y el crecimiento económico, la justicia social, y la profundización y perfeccionamiento de la democracia política, y que además asigna un rol fundamental al estado en la conducción del proceso económico y social. Estas constituyen a mi juicio las cinco notas distintivas que definen la identidad programática actual del Frente Amplio.

Si a través del análisis documental hasta aquí expuesto se puede registrar esta evolución programática de la izquierda frenteamplista, la misma también puede ser registrada través de un estudio de su discurso público cuyas posibilidades aquí apenas esbozaré. Este revela, no una visión completa y articulada de las definiciones de la fuerza política como la que surge a partir de la revisión documental, sino los énfasis que a partir de estas se realizan a la hora de la comunicación política abierta y masiva. El análisis del discurso público permite detectar cuáles de las definiciones programáticas de una organización partidaria son elevadas al estatus de elementos definatorios privilegiados en el marco de la competencia política. En ese sentido el itinerario discurso público del FA de 1971 a 1999 confirma plenamente el proceso de moderación programática señalado: del énfasis "antioligárquico y antimperialista" predominante en 1971 (corolario de las dicotomías oligarquía-pueblo e imperio-nación); pasando por los pronunciamientos "nacional, popular y democrático" de 1984 (reverso positivo de las dos anteriores e incorporación del aprendizaje político que dejó la dura experiencia autoritaria); para llegar en 1999 a la proclamación del lema "gradualismo, estabilidad y equidad" como elementos caracterizadores del "cambio a la uruguayaya".

¿En qué medida esta moderación del programa de la izquierda lo acerca o lo asemeja a los partidos tradicionales? Una respuesta seriamente fundada a esta cuestión exigiría hacer un estudio de los programas de dichos partidos de iguales características al aquí hecho para el caso del Frente Amplio. Planteada esta limitación, no creo estar desafiando excesivamente al sentido común, al afirmar que efectivamente esta moderación programática de la izquierda coloca al Frente Amplio en algún punto más cercano de los partidos blanco y colorado con respecto a su ubicación en 1971³⁹. Si del estudio particularizado del programa de estos otros dos partidos se confirmara este acercamiento o incluso se constatare un corrimiento de estos hacia las algunas de las definiciones frenteamplistas, entonces se podría sostener con la necesaria evidencia empírica, la hipotética tendencia centrípeta de los programas de nuestros partidos a la que me referí en la introducción.

Estructura y funcionamiento

El estudio de la estructura y funcionamiento del Frente Amplio comprende a su vez diversas cuestiones: la doble condición de coalición y partido; el organigrama que define su armazón interna; las instancias de poder y sus potestades (presidencia, partidos, comités de base y coordinadoras); las modalidades de membresía, participación y militancia; las lógicas y formas de la competencia interna; los liderazgos y sus modos; y, en un plano de apreciación más general que involucra todos los aspectos anteriores, el modelo de organización partidaria que permita tipificar al Frente Amplio y establecer comparaciones con los otros partidos uruguayos. La agenda organizativa es entonces muy nutrida y, al igual que en los puntos anteriores, ameritaría un trabajo específico que la tuviese por único tema. Esa diversidad me lleva, una vez más, a tomar opciones, acotando su tratamiento a

39 Como sucede con muchos otros puntos abordados en esta monografía, la consideración de los partidos en su dimensión de tales nos empobrece la visión al retacear la realidad mucho más rica que se abre al considerar el panorama intrapartidario pautado por la diversidad fraccional. El programa del Frente Amplio en 1971, tenía puntos de contacto con el programa de la fracción mayoritaria del Partido Nacional. Las “Bases programáticas de la unidad” y “Nuestro compromiso con usted” compartían la preocupación por los “cambios estructurales” económicos y sociales. Ambos navegaban en las aguas del desarrollismo aunque representaban diversas vertientes dentro de un marco común de referencias. Sobre la influencia del desarrollismo en los programas partidarios y las políticas públicas, puede verse el estudio de Adolfo Garcé (1999) “Ideas y competencia política en el Uruguay”.

una mirada atenta pero general que ponga el punto en cuestión al servicio del tema mayor que motiva esta monografía. Se recorren los diversos aspectos señalados, intentando completar una visión de conjunto sobre el tipo de organización político partidaria que es el Frente Amplio y especialmente sobre el itinerario de la misma desde su fundación a nuestros días, identificando también aquí las permanencias y los cambios.

El Frente Amplio nació en 1971 como una coalición de partidos y grupos hasta entonces separados, o con diversos antecedentes de alianzas entre sí, y/o desprendidos de los partidos tradicionales. Haciendo paradójico uso del doble voto simultáneo, pieza clave del sistema electoral uruguayo construido por blancos y colorados y repudiado históricamente por la izquierda, esta coalición se articuló como un acuerdo electoral asentado en un compromiso político y un acuerdo programático que le daba fundamento al primero. Pero, también desde el momento de su fundación, esta coalición de partidos convocó a la formación de un movimiento político común (propriadamente frenteamplista) que superara los límites de la mera sumatoria de las partes convocantes. Y ante la afluencia que dicha convocatoria encontró creó además un marco orgánico para dar estructura propia al movimiento. Por ello es que desde la etapa fundacional el Frente Amplio es al mismo tiempo una coalición de partidos y un movimiento político unificado. Este segundo componente fue adquiriendo un gran desarrollo entre 1971 y 1973 y aún mucho más entre 1984 y 1999, transformando al frenteamplismo en una entidad política consistente por sí misma, más allá incluso de la permanencia y la importancia relativa de los partidos que estuvieron en su génesis. Visto en perspectiva histórica este proceso evidencia el tránsito desde la coalición originaria hacia la actual constitución del FA en partido político, y la paralela conversión de los partidos que fundaron la coalición y convocaron al movimiento o se integraron luego, en fracciones internas del ahora partido frenteamplista. Esto se sostiene más allá del hecho, irrelevante desde el punto de vista que vengo manejando, de que por razones históricas y tradicionales o incluso ideológicas algunas de estas fracciones mantengan sus viejas denominaciones de “partido”⁴⁰.

40 Tal es el caso de los siguientes “partidos” que actualmente son fracciones o incluso subfracciones del partido Frente Amplio: socialista (PSU), comunista (PCU), por la victoria del pueblo (PVP), obrero revolucionario (POR) y socialista de los trabajadores (PST).

La estructura interna del Frente Amplio ha ido variando a lo largo de su trayectoria. A través de sus estatutos (aprobados en 1971 y modificados en 1986 y 1993) es posible registrar cómo se ha ido modelando el organigrama que da forma a esa estructura y al mismo tiempo cómo se han ido definiendo las diversas instancias que intervienen en el proceso de toma y ejecución de decisiones y sus respectivas potestades⁴¹. La dirección se configura a partir de dos órganos, uno deliberante y otro ejecutivo, el Plenario Nacional y la Mesa Política respectivamente. Oscar Bottinelli, comparando lo que denomina “estructuras de dirección” de nuestros tres partidos mayores, ha señalado que este formato dual de la dirección partidaria se registra en los tres casos: a los ya señalados organismos frenteamplistas, corresponden la Convención y el Comité Ejecutivo Nacional colorados y la Convención y el Directorio blancos.⁴²

Más allá de esta coincidencia, en el caso del Frente Amplio la estructura orgánica presenta una mayor densidad. Por una lado, hay otros dos organismos que completan el nivel de dirección política, uno por debajo y otro por arriba de los ya mencionados. Por otro lado, están las estructuras de participación de los miembros y militantes que se superponen y se vinculan a las de decisión. El conjunto configura una pirámide organizativa compleja. Al Plenario Nacional y la Mesa Política se agregan: en la base del nivel de decisión el Congreso (Ordinario y Extraordinario), y en la cúspide un órgano derivado y sometido a la Mesa, de integración más reducida, para las tareas de conducción ejecutiva cotidiana que viene a cumplir los roles que en otros tiempos desempeñó por sí sola la Presidencia del FA y que dado su carácter extraestatutario ha recibido diversos nombres (Órgano de Conducción Política o Secretariado del que participa la Presidencia). En la estructura de participación (por sí misma un elemento distintivo del Frente Amplio dentro del sistema de partidos), que se conecta en diversas instancias (Congreso, Plenario y Mesa) con la

41 Corresponde abrir aquí un margen de interrogación acerca de la validez futura de las afirmaciones que expongo en este apartado. La reforma constitucional de 1996 introduce algunas novedades que podrían generar, de hecho ya están produciendo, algún tipo de alteración de la estructura de los partidos y sobre todo de las modalidades de funcionamiento interno y las lógicas de competencia intrapartidaria. En este sentido las novedades más importantes son la realización de elecciones internas obligatorias y simultáneas en todos los partidos, la obligatoria elección e instalación de las convenciones partidarias nacionales y departamentales por ahora como meros órganos electores, la imposición del candidato único presidencial por partido y la no simultaneidad de las elecciones municipales respecto a las nacionales.

42 Oscar Bottinelli (1993) "Estructura y funcionamiento de los partidos políticos en Uruguay".

estructura de decisión y en tal sentido también comparte esa potestad, se ubican los Comités de Base (territoriales y funcionales), las Coordinadoras y los Plenarios Departamentales.

La integración y forma de elección de los organismos de dirección ha ido cambiando en las diversas formulaciones estatutarias. En el caso del Plenario Nacional, en sus orígenes se integraba básicamente con los representantes de las diversas fuerzas políticas que conformaban la coalición. La reforma estatutaria de 1986 incluyó a representantes de las "bases" (a través de delegados de las diversas instancias de la estructura de participación), constituyendo estos el 30% del total de integrantes del Plenario Nacional, mientras el 70% restante continuaban siendo representantes de los partidos y grupos coaligados. Una segunda reforma estatutaria (1993) amplió al 50% la representación de las "bases" en el Plenario Nacional, reduciendo así a un 50% la participación directa de los partidos.

Esta evolución refleja dos fenómenos diversos y complementarios. Una es la impronta militante, la voluntad política de estimular la participación intensa del mayor número posible de miembros en la estructura orgánica. Esta concepción militante seguramente está detrás del creciente peso otorgado a la instancias de participación dentro de los organismos de dirección política, fenómeno que se inaugura en 1986 y se profundiza en 1993. Más allá de la forma concreta que asume la elección de los delegados a los niveles de conducción (que combina una elección restringida, en asamblea de comité, para el caso del Congreso con una modalidad de elecciones abiertas para el caso de los delegados partidarios y de las bases ante el Plenario Nacional) lo cierto es que, desde el punto de vista formal, hay una incidencia creciente de las instancias canalizadoras de la participación de los militantes y meros afiliados en el nivel de dirección política.⁴³ El otro fenómeno vinculado a este proceso es el ya señalado tránsito de la coalición al partido frenteamplista, en la medida en que lo que se refuerza es la estructura común y el peso que dentro de ella tienen las instancias de participación común, propiamente frenteamplistas, aquellas que se

43 Sobre estos aspectos relativos a la distribución de potestades dentro de la estructura de participación y conducción del Frente Amplio, Enrique Rubio (1997 "El frentismo del futuro") ha analizado la cambiante incidencia de lo que considera los "cuatro factores básicos de poder" (votantes, militantes, partidos y presidencia) planteando conclusiones concordantes con el análisis aquí planteado.

crearon para dar cauce al movimiento y que se fueron desarrollando al punto de invadir el nivel de dirección inicialmente reservado a los componentes de la coalición y algunos dirigentes independientes.

El peso de esa concepción militante de la participación y la organización ha sido una marca distintiva de la izquierda y juega no sólo como componente del modelo organizativo sino también como parte de la cultura y la mística frenteamplistas. Las siguientes afirmaciones de Liber Seregni tomadas de algunos de sus discursos y entrevistas del período 1971-1973 son ilustrativas del peso de la concepción militante que vengo señalando en su doble condición de impronta del modelo organizativo y al mismo tiempo marca identitaria constitutiva de la izquierda, en este caso del frenteamplismo fundacional: "...el FA encarna una nueva concepción de la vida política...porque los militantes populares...no participaban...de esa concepción que proclama la derecha, según la cual el único acto político del ciudadano deber ser el voto...¡No!...Cada militante frenteamplista es un político y así debe ser...Porque atribuimos al pueblo...el papel protagónico en el proceso histórico, es necesario consolidar y extender la acción los Comités de Base ... Una de las características fundamentales que diferencian al Frente de los viejos lemas tradicionales, es la movilización popular de que es capaz; hay en nuestro Frente una menor diferencia entre su militancia y su electorado. En realidad, todos o casi todos nuestros electores, son militantes de nuestro Frente...".⁴⁴

La cita de Seregni es contundente y demostrativa, incluida la exageración de la última frase. El compromiso y la militancia política fueron elementos centrales de la prédica frenteamplista, tanto como las definiciones programáticas o los pronunciamientos de la grave coyuntura. Era presentada como parte esencial de su forma distintiva de hacer política y señalada como uno de los valores que distinguían al Frente Amplio respecto a los partidos tradicionales. El fenómeno de los Comités de Base, contrapuestos siempre y machaconamente, a los "clubes" blancos y colorados fue el campo de experimentación de esta concepción y el auge de los mismos fue a su vez estímulo para su sostenimiento y promoción.

44 Germán Wettstein (1984) "La autoridad del pueblo", págs. 20, 36, 37 y 38.

En los años 80 y 90, al tiempo que se completaba el montaje de la densa estructura común constituyéndose organizativamente el partido frenteamplista, se fue institucionalizando la incidencia de las estructuras de participación, ya existentes desde el período fundacional, en el nivel de dirección política. Paradójicamente, mientras esto sucedía a nivel formal estatutario, la participación real de la militancia descendía notablemente provocando un vaciamiento de las instancias de participación. La combinación de ambos fenómenos terminó generando efectos no buscados, como la doble representación de las fracciones (a través de sus propios representantes una vez y de los representantes de base otra vez).

Esto sucedía en el marco del crecimiento electoral del Frente Amplio, lo cual reforzaba el efecto de la crisis de militancia ya que naturalmente la expansión de la base electoral incorporaba simples simpatizantes con niveles inferiores de adhesión y compromiso lejanos a cualquier intención militante, alejando el ideal del elector-militante evidenciado en las expresiones de Seregni citadas anteriormente. De la combinación del crecimiento electoral y la crisis de militancia, resultaron tanto el descenso del porcentaje de militantes sobre el total de electores, como la caída abrupta del número absoluto de militantes. Esto golpeaba un atributo primordial de la capacidad de movilización y acción política de la izquierda en un momento particularmente inoportuno, y por ello su reconocimiento dio lugar a una seria preocupación generalizada fielmente representada por esta manifestación de un dirigente comunista hacia 1991: “Yo creo que no se puede desconocer que la izquierda está en una profunda crisis de militancia –...en el Uruguay la crisis de militancia es enorme- y esto es muy grave porque un proyecto como el nuestro necesita de la militancia ... Es una paradoja. Cuando la izquierda está en la más alta capacidad de acumulación de fuerzas en Uruguay se da esta situación respecto a la militancia”⁴⁵

45 Afirmaciones de Esteban Valenti (PCU) en Marta Harnecker (1991) "Frente Amplio, los desafíos ...", volumen III, capítulo 1 "crisis de militancia: un fenómeno general", págs. 5 a 23. Allí puede leerse una interesante discusión en la que participan varios dirigentes frenteamplistas (Hugo Cores, Enrique Rubio, Eleuterio Fernández Huidobro, Esteban Valenti y José Korseniak) sobre los orígenes de la crisis de militancia como y el nuevo modelo a promover para superarla.

Esa "crisis de militancia"⁴⁶ en contexto de crecimiento electoral que afectó desde mediados de los 80 en forma generalizada a la izquierda política y a los movimientos sociales estimuló la revisión de las concepciones y prácticas organizativas y de las formas de vinculación de los distintos grados de adherentes. El decaecimiento de la participación política y social luego del auge de la misma entre 1983 y 1986 (reedición del clima militante 1968-1973) generó preocupación en la izquierda y dio lugar a un clima de reflexión sobre sus causas y las salidas que permitieran revertir el proceso de adormecimiento político y social. Fue a partir de estos diagnósticos y soluciones que se comenzó a revisar las concepciones organizativas predominantes y a admitir más abierta y explícitamente modalidades de participación interna diversas. Más que grandes rupturas, se concretan variaciones adaptativas a una nueva realidad que en su momento fue reconocida con preocupación.

Se produce una flexibilización importante, que no un abandono, de la concepción predominante que había inspirado tanto los formatos y prácticas organizativas de algunos de los grupos concurrentes en el Frente Amplio como también los de este último. Esas tradiciones organizativas reconocían la conjunción de inspiraciones diversas y pesaban de distinta forma, o simplemente no estaban presentes, según el grupo que consideremos. Mirando a la izquierda en general, sin entrar a considerar la pluralidad de casos particulares, se puede decir que entre los elementos concurrentes a las formulaciones organizativas, se destacaban algunos postulados leninistas como el centralismo democrático y el papel de los cuadros revolucionarios profesionales. Sin embargo, no se puede afirmar que predominara la concepción leninista pura del partido de cuadros profesionales, sino que esto a su vez se combinaba con otros elementos. Por ejemplo los de la tradición socialdemócrata alemana, con reminiscencias mencheviques, inspiradora del modelo de partido de cuadros y de masas, que incorporaba una visión más abierta y flexible que la leninista. El resultado de la superposición de estas matrices junto a otras que variaban según el grupo político que se considere, era una concepción que asignaba gran importancia a la armadura organizativa en sí misma, que promovía la acción política colectiva

46 La "crisis de militancia" no es un fenómeno exclusivamente político sino que se vincula al giro cultural posmoderno que afecta al mundo occidental desde la década del setenta y, en cuyo marco, las formas de la acción colectiva se han visto trastocadas y en cierta forma debilitadas.

disciplinada, que admitía la pluralidad al momento de la discusión pero imponía la unidad férrea a la hora de la acción, que priorizaba el valor de la militancia y promovía los niveles crecientes de compromiso de los miembros.

El Frente Amplio heredó parte de estas tradiciones organizativas (predominantes entre socialistas, comunistas y otros grupos de la izquierda socialista) que debieron conjugarse con criterios mucho más flexibles imperantes en otros vectores convergentes en su fundación (sobre todo los provenientes de los partidos blanco y colorado). Allí radica el fundamento de la importancia que la cuestión organizativa tuvo en el armado institucional del Frente Amplio, de la densidad que el mismo alcanzó y de su impronta militante. Sobre esta herencia es que opera la crisis de militancia de mediados de los 80 y la revisión a que dio lugar. El nuevo enfoque resultante, se muestra más flexible y adaptativo a situaciones diversas, pero sin romper totalmente con la concepción originaria. Sin abandonar el énfasis en el valor de la militancia, comenzó a admitirse la posibilidad de otras formas de participación. La vinculación de la organización con sus seguidores no se reduce a la militancia, sino que hay diversos grados que van del dirigente hasta el simple elector, pasando por militantes, afiliados-adherentes, simpatizantes. Todos son grados admisibles de vinculación según diferentes niveles de compromiso y colaboración que van desde la dedicación total del militante "profesional" hasta el simple voto cuatrianual del simpatizante. Este nuevo enfoque fue la respuesta a la pérdida acusada de militantes, la forma de retener en la organización admitiendo un perfil más bajo de participación. Si antes eran claras las fronteras entre la organización política y la sociedad, ahora los límites se desdibujan ya que hay una especie de círculos concéntricos en los que la participación, el compromiso y las exigencias van determinando diferentes niveles desde el núcleo militante del partido hasta su electorado, diluyéndose las fronteras de la organización, desde que se admite que no lo integran sólo sus militantes y se generalizan las instancias de participación electoral interna bajo la modalidades de padrón abierto y afiliación automática. En este sentido, la izquierda se adapta y prepara para una relación más fluida con el entorno social a partir de una flexibilización de las concepciones acerca de la militancia y la pertenencia partidaria. Esta incorporación de nuevas modalidades más abiertas y flexibles, constituye un

acercamiento o incorporación de las modalidades de adhesión y membresía menos exigentes y militantes propias de los partidos tradicionales.

Dejando de lado el tema de la militancia, otro aspecto en el que se han registrado cambios que merecerían un estudio particular, es el de los liderazgos internos del Frente Amplio. Este parece ser un campo en el que se pueden trazar líneas de comparación interesantes con los partidos tradicionales ya que el FA supo tener en la materia una particularidad que se ha visto cuestionada en estos últimos años al producirse la transición desde un liderazgo único y consensual en torno a la figura independiente de Líber Seregni, a una situación de competencia confrontativa entre liderazgos de extracción y/o asiento fraccional. A pesar de no ser figuras independientes⁴⁷, los liderazgos de Tabaré Vázquez y Danilo Astori trascendieron ampliamente las fronteras de sus propias fracciones y se proyectaron como figuras que arrastran apoyos diversos dentro y fuera del Frente Amplio. En este sentido son distintos del tipo de liderazgos más estrictamente fraccionales de los partidos tradicionales. En el caso de Astori esta capacidad articuladora de apoyos mucho más allá del su propia fracción se fue diluyendo en el correr de la competencia con Vázquez hasta quedar en 1999 como un líder casi exclusivamente fraccional.

Esta cambio constituye una situación nueva para el Frente Amplio⁴⁸ que merece un estudio más allá de este simple señalamiento. Tiene a su vez relación con la cuestión más general de la lógica y las formas de la competencia interna, terreno en el cual también se registran en los últimos años cambios importantes que las nuevas reglas emergentes de la reforma constitucional de 1996 eventualmente podrían potenciar. El Frente Amplio se ha caracterizado por una fuerte cohesión interna, una forma de relacionamiento interno y un comportamiento político que prioriza y valora altamente la unidad de acción y la disciplina partidaria. Esto hacía que la competencia interfraccional quedara rígidamente encorsetada dando lugar a una dinámica de funcionamiento bastante cerrada, donde el disenso era equivalente de debilidad y la indisciplina fuertemente castigada por el conjunto. La fractura

47 Tabaré Vázquez es dirigente del Partido Socialista desde mucho antes de su emergencia como líder frenteamplista. Distinto es el caso de Danilo Astori que construye su liderazgo como figura frenteamplista independiente para luego crear su propia fracción, perdiendo entonces aquel carácter y volviéndose a partir de 1994 un líder de extracción fraccional al igual que Vázquez.

48 Aunque ya había tenido un anuncio en la emergencia del liderazgo de Hugo Batalla, primero complementario y luego enfrentado al de Líber Seregni, entre 1984 y 1989.

de 1989 (desgajamiento del PDC y el PGP) y el proceso que la gestó fue un primer golpe a esta matriz unitaria y cohesiva del Frente Amplio aunque al mismo tiempo la confirmaba, ya que al terminar con la fuga de los disidentes reafirmaba la imposibilidad de introducir la competencia interna abierta como modalidad habitual de funcionamiento. Diez años más tarde, la forma en que se procesó el enfrentamiento entre Tabaré Vazquez y Danilo Astori que terminó siendo reconocido e institucionalizado al tiempo que se aplicaban las nuevas reglas constitucionales que imponen elecciones internas, vino a confirmar la instalación de esa nueva modalidad marcando otra novedad.

En este aspecto la vida interna del Frente Amplio se ha acercado a la de los partidos tradicionales en la medida en que al igual que estos, comienza a exhibir unas fracciones internas que ocasionalmente actúan con alguna autonomía y que además compiten entre sí de una manera más abierta y confrontativa, aunque con limitaciones aún fuertes que hacen inconveniente la disidencia, al tiempo que el cambio se reconoce y asume sin el dramatismo y los temores que el mito de la unidad consensualista hubiera interpuesto pocos años atrás. Este acercamiento a la modalidad de funcionamiento interno de los partidos tradicionales se refuerza a su vez porque la reforma constitucional les ha impuesto a estos algunas características antes propias de la izquierda. El candidato presidencial único y unos mayores niveles de unidad interna y acción cohesionada y disciplinada son novedades para blancos y colorados que los acercan al Frente Amplio.

Este repaso de diversos aspectos organizativos de la trayectoria de la izquierda frenteamplista entre 1971 a 1999 evidencia que en el período 1986-1999 la estructura y el funcionamiento del Frente Amplio registraron cambios. En algún caso estos confirman ciertas características y tradiciones organizativas y en otros las alteran en una dirección distinta. Una primera constatación es la configuración y la dinámica de funcionamiento partidario que ha adquirido lo que originalmente fue una combinación de coalición de partidos y movimiento unificado. El Frente Amplio se organiza y funciona como un partido que aloja en su seno diversas fracciones (los otrora partidos coaligados y otros).

En el proceso de su constitución en partido, completó una densa estructura interna que combina y entrelaza las instancias de dirección con las de participación de los miembros, asignando a estas últimas un creciente peso dentro de las primeras, en lo que constituye una nota distintiva dentro del sistema de partidos uruguayo. Esto tiene que ver con otro de sus elementos característicos: la importancia asignada a la acción militante que se canaliza a través de esas estructuras de participación. En forma simultánea, y por ello aparentemente paradójica, al tiempo que reforzaban las vías de la participación militante en la estructura de decisión partidaria y acrecentaba su caudal electoral, la izquierda se vio sorprendida y hasta desconcertada por la “crisis de militancia” que afectó a los partidos y movimientos sociales desde mediados de los 80. Esto indujo la revisión de los criterios organizativos y especialmente de las formas de la participación y el compromiso político de los miembros, resultando de ello una respuesta adaptativa que, sin cambiar la estructura de participación y dirección montada ni abandonar la alta valoración del compromiso y la acción militante, flexibilizó los requerimientos y exigencias admitiendo grados diversos y decrecientes de membresía y participación partidaria.

Por último, el relevo de Seregni por Vázquez supuso cambios en el liderazgo político dentro de la izquierda que se inscriben en una transformación mayor de la dinámica del funcionamiento y las formas de la competencia intrapartidaria. Sin abandonar la fuerte propensión a la cohesión interna, la acción unitaria y la disciplina partidaria, el Frente Amplio se ha ido aproximando a una forma de funcionamiento que admite márgenes de actuación fraccional y niveles de confrontación interna que antes hubieran sido inadmisibles y/o hubieran terminado en el disciplinamiento o en la fractura. En combinación con las recientemente estrenadas normativas constitucionales y electorales, estas nuevas tendencias perfilan una dinámica interna más parecida a la que de los partidos tradicionales uruguayos con mayores márgenes para la acción fraccional y la competencia abierta, aunque también ellos están cambiando y replanteando estos rasgos configurativos de su organización y funcionamiento. Sin embargo, no debe extremarse el planteo, ya que el FA da cabida a cierta competencia interna abierta, pero también castiga fuerte las disidencias e indisciplinas. Las experiencias, distintas pero asimilables en este tema de los márgenes para la indisciplina, de Jorge Zabalza (caso Hotel Carrasco) y Danilo Astori (caso

reforma constitucional) muestran el derrotero de dos disidencias que terminan con el aislamiento y cercamiento de los involucrados y su retroceso y debilitamiento en la interna.

Los partidos europeo-occidentales han vivido desde hace varias décadas transformaciones importantes que pueden servirnos de referencia para ubicar los cambios en la organización y el funcionamiento del Frente Amplio. La literatura politológica ofrece en ese sentido un panorama bastante amplio de los procesos europeos y brinda un conjunto de categorías de análisis y tipologías de partidos. No es mi intención aquí hacer una reseña completa de las mismas sino apenas tomar un par de ellas que permitan someter el caso uruguayo a las teorizaciones inspiradas en el europeo.

Observando la trayectoria de los grandes partidos de masas europeos en la posguerra (socialdemócratas, comunistas, demócratacristianos) Otto Kirchheimer (1966)⁴⁹ señaló la transformación de estos hacia un nuevo modelo de partido que denominó “agarratado” o “escoba” aludiendo a la prioridad asignada al ensanchamiento del electorado como objetivo central. Entre las varias características entonces anotadas por Kirchheimer como propias de estos partidos agarratado hay tres que tienen que ver con cuestiones organizativas y de funcionamiento que se han manejado en este apartado: la disminución del peso político de los afiliados, el decaecimiento del papel de la militancia, y el fortalecimiento del poder de los líderes. Al Frente Amplio, que efectivamente ha visto acrecentada su base de apoyo electoral en parte debido a una deliberada política “agarratado” de convocatoria amplia, parece relativamente posible encasillarlo en estas características enunciadas hace ya más de 30 años.

Como señalé anteriormente, desde el punto de vista estatutario, es decir con un criterio formal, las potestades de los afiliados y la importancia asignada a la participación militante se han profundizado. Sin embargo la electoralización de la acción política de la izquierda y la aguda “crisis de militancia” han relativizado el efecto de estas ampliadas

49 Otto Kirchheimer formuló su modelo del partido agarratado (“catch all party”) en el artículo “The transformation of the Western European Party Systems” publicado en 1966 formando parte de una compilación de La Palombara y Weiner (eds.) “Political Parties and Political Development”. El artículo de Kirchheimer fue publicado en castellano en Kurt Lenk y Franz Neumann (eds.) “Teoría y sociología críticas de los partidos políticos”, Anagrama, Barcelona, 1980. Aquí nos basamos en las transcripciones de Angelo Panebianco (1982) “Modelos de partido”.

potestades estatutarias por lo que podría inscribirse al Frente Amplio en la tendencia señalada por Kirchheimer. El fortalecimiento del papel de los líderes es plenamente constatable en el tanto en el caso de Seregni como en el de su relevo. Aquí no hay novedades estatutarias desde el punto de vista de las atribuciones de la figura del presidente del Frente Amplio. Pero es notorio que Vázquez conduce a su fuerza política con un estilo y una modalidad que lo despegan de las ataduras partidarias institucionales de una manera no registrada bajo el liderazgo de Seregni. Su mayor autonomía respecto del aparato y su menor apego a la institucionalidad partidaria, más allá de que ocupe el cargo de presidente e integre sus órganos de conducción, hacen de Tabaré Vázquez un líder que quizás no sea más fuerte respecto a Seregni, pero sí que maneja con mayor discrecionalidad esa fortaleza.

Dieciséis años después de la publicación del artículo de Kirchheimer, Angelo Panebianco⁵⁰ retomó la tipología de aquel (partido de masas y partido agarratado) y la actualizó introduciendo otras variables a partir del estudio de la evolución posterior de los partidos europeos en LOS años 60 y 70. Así propuso una nueva tipología diádica, adaptando la de Kirchheimer: partido burocrático de masas y partido profesional electoral. El segundo tipo ideal de partido pretendía sintetizar los rasgos esenciales del modelo agarratado incorporándole otros elementos. En lo que aquí me interesa, dejando de lado la cuestión -central en el análisis del autor- de los pesos relativos de burócratas y profesionales que no ha sido considerada en mi análisis del Frente Amplio y requeriría una detenida consideración, tres características del partido profesional electoral señaladas por Panebianco pueden contrastarse con los puntos tratados en este apartado: el carácter electoralista de la adhesión al partido y la debilidad de los lazos organizativos verticales, la preeminencia de los parlamentarios en la conducción y dirección, y el carácter personificado de esta. Estos rasgos se contraponen a los correspondientes al partido burocrático de masas: afiliación como vía privilegiada de la adhesión y fuertes lazos

Aunque aquí no profundizo más allá de estas breves observaciones, el tema del cambio en el tipo de liderazgo requiere una atención específica. El relevo de Seregni por Vázquez es mucho más que una simple sucesión, ya que involucra dos modalidades de conducción y liderazgo bien diferenciadas (se ha señalado que Vázquez habría construido un liderazgo de tipo “populista”). Caracterizar y comparar ambas modalidades y establecer qué tiene que ver este fenómeno con la tradicionalización de la fuerza política, constituye una perspectiva específica de investigación.

50 La versión original en italiano del libro se publicó en 1982. Aquí nos basamos en la traducción al castellano: Angelo Panebianco (1990) “Modelos de partido”, págs. 488 a 492.

organizativos de tipo vertical, preeminencia de la dirección del partido en la conducción, y carácter colegiado de la misma. El cotejo de estos elementos con los resultados de mi reseña, no permiten encasillar al Frente Amplio en el tipo de partido profesional electoral. Es cierto que se apela crecientemente a la adhesión exclusivamente electoral y que se han flexibilizado los lazos orgánicos de los miembros con la estructura. Es igualmente correcto que la bancada parlamentaria ha tomado una mayor importancia en la conducción política y que ésta se adquiere en la figura de Vázquez un alto grado de personalización. Sin embargo, también es cierto que se mantienen la vinculación militante y la disciplina partidaria como elementos que, flexibilizados, persisten y se promueven. La bancada parlamentaria no ha sustituido a los ámbitos estatutarios de decisión política, a los cuales además somete su actuación legislativa cuando se presentan asuntos de cierta relevancia. El carácter colegiado de los órganos de decisión superior convive con la emergencia de liderazgos fuertes.

En definitiva, el Frente Amplio no puede encasillarse en ninguno de los dos tipos puros de Panebianco, y más bien podría considerarse en algún punto intermedio que manteniendo aspectos esenciales del tipo burocrático de masas se acerca a características propias del profesional electoral. Esto refuerza la idea de que en este plano también se está operando una transición que no da muestras de acercarse aún a una cristalización, sino que continuará y habrá que seguir observando y estudiando.

Convocatoria ciudadana y social

Aunque el Frente Amplio se definió desde su fundación como una fuerza política policlasista, es notorio que la izquierda (especialmente la de definición socialista pero esto es también aplicable a otras vertientes) consideraba a la clase obrera, o más ampliamente, a los trabajadores como su base social natural y se concebía a sí misma como la representación política de la misma. En la práctica, ha sido fuerte la vinculación con el movimiento sindical, constituyendo con el mismo su relación privilegiada en lo que a vinculaciones sociales refiere. También en este aspecto el itinerario del Frente Amplio entre 1984 y 1999 evidencia cambios en el comportamiento y en el discurso de la izquierda respecto a sus tradicionales anclajes clasistas. Estos cambios son la confirmación y

profundización de un camino ya trillado por la izquierda desde el momento mismo de la fundación del Frente Amplio (retomando a su vez formulaciones y acumulaciones anteriores en esa línea que podrían rastrearse hasta los procesos de renovación comunista y socialista en los años 50). El FA nunca fue un “partido de clase” y el llamado “nacional y popular” pautó su desempeño político entre 1971 y 1973 confirmando esa modificación en el tipo y la amplitud de su convocatoria deliberadamente policlasista y ciudadana.

A lo largo de la nueva etapa política que se abre en 1984, con un impulso más fuerte desde 1989, se registran dos fenómenos que confirman y aceleran ese rumbo trazado en 1971. Por un lado, hay una notoria preocupación en la dirigencia frenteamplista por mejorar, más bien fundar, vínculos con el empresariado. Esto tiene razones bien claras que se relacionan con las incrementadas expectativas de llegar al gobierno nacional. El buen relacionamiento, la confianza mutua, izquierda-empresarios, que tiene su centro y su problema en el manejo de la política económica, es un elemento básico para la estabilidad económica y política. Un eventual gobierno del Frente Amplio requeriría de la inversión pública y privada, para impulsar sus anunciados planes de transformación económica y social de largo aliento y sus promesas de corto plazo. En ese terreno se le vuelve imprescindible un empresariado confiado en una perspectiva mínima de estabilidad como para tomar decisiones de inversión en el mediano y largo plazo. Con respecto a la emergencia de esa preocupación y de la voluntad política de acercamiento al empresariado y a su relación con la viabilidad de los planes económicos y sociales de un gobierno del Frente Amplio, las siguientes afirmaciones del economista Alberto Couriel (senador frenteamplista desde 1990 y dirigente de la Vertiente Artiguista) formuladas hace algunos años son altamente elocuentes: "Para un gobierno popular el relacionamiento con el sector empresarial tiene un rol extraordinariamente relevante. La negociación con el sector empresarial es central para el proceso de acumulación de capital, para la incorporación de progreso técnico, para el crecimiento económico ... La negociación debe asegurar la credibilidad de la política económica para que no haya formas de desestabilización de acciones especulativas..."⁵¹

51 German Wettstein (1993) "El Frente Amplio en el umbral", vol. 4, pág. 346.

Por otro lado, en el período mencionado hemos asistido a otro fenómeno que es la contracara complementaria del anterior. Todo parece indicar que la dirigencia frenteamplista prevé que sus relaciones con el movimiento sindical podrían ser, en el caso de ser gobierno, conflictivas, quizás más que con el empresariado. La imposibilidad de concretar a corto plazo ciertas demandas sindicales y la necesidad de mantener vínculos cordiales con el empresariado son dos factores que podrían plantear situaciones de enfrentamiento con los sindicatos. Al respecto Reinaldo Gargano senador frenteamplista y secretario general del Partido Socialista ha testimoniado lo siguiente: "Hoy el relacionamiento con los trabajadores ya no es sencillo...el Frente Amplio ha tenido una tradición de relaciones con los trabajadores organizados sindicalmente, pero es muy cierto también que las organización sindicales uruguayas -para bien- ya no son más la correa de transmisión de un determinado partido político. Tienen mucha independencia...nuestro Frente tiene que pensar no sólo en función de los intereses de los trabajadores sino del conjunto de la sociedad..." . En este sentido, la experiencia de los diez años de relación entre el gobierno frenteamplista de la intendencia montevideana y el sindicato de los trabajadores municipales (ADEOM) que supo de algunas situaciones conflictivas especialmente en el período (1990-1994) encabezado por Tabaré Vázquez, ha planteado anticipos fuertemente indicativos de la problemática antedicha.

Estos fenómenos de normalización de la relaciones con el empresariado y de redefinición de la vinculación con los sindicatos tienen clara relación con los nuevos perfiles del Frente Amplio como actor de gobierno. La expectativa del advenimiento de un gobierno frenteamplista que ha crecido a lo largo de estos años, modificó no sólo las actitudes de la izquierda hacia trabajadores y empresarios, sino que a su vez éstos han procesado también una alteración en sus predisposiciones y comportamientos respecto a la izquierda política. Pero el crecimiento electoral y los nuevos perfiles de la izquierda no constituyen el único factor explicativo de tal cambio. También los actores sociales en cuestión, en particular el movimiento sindical, han asistido a transformaciones que concurren a su profundización.

La vieja articulación entre izquierda social e izquierda política, la relación privilegiada entre algunos partidos de la izquierda y el movimiento sindical, se prolongó a partir de 1971 en la vinculación entre el Frente Amplio, con grados diversos entre sus componentes, y la Convención Nacional de Trabajadores (PIT-CNT desde 1984). Con la redemocratización del país en 1985, aquella estrecha vinculación pareció restaurarse. Sin embargo, desde entonces esa relación se fue modificando verificándose una mayor independencia por parte del movimiento sindical respecto a la izquierda política, fenómeno que se vio reforzado a partir de la crisis del Partido Comunista en 1991 dada la gravitación sustancial que dicha fracción del Frente Amplio tenía dentro del sindicalismo. Esta modificación de la relación de los sindicatos con la izquierda tiene fundamentos que escapan de lo estrictamente político y se vinculan más bien con cambios sociales y económicos que se vienen operando en el mundo capitalista.

Como lo ha señalado Jorge Lanzaro, estamos asistiendo a un nuevo sindicalismo “post-keynesiano”⁵² que al alterar las lógicas de la acción colectiva, los niveles de compromiso y organicidad, los apegos ideológicos y los grados de politización, confluye también hacia la redefinición de sus relaciones con los partidos políticos y con los empresarios y sus organizaciones representativas. Esto altera particularmente la relación de los sindicatos con la izquierda política, determinando un vuelco importante de las pautas históricas de ensamble, propias de lo que el mismo autor denominó “adscripción corporativa”⁵³, de la izquierda y el movimiento sindical. Esa relación funcionaba dentro de un esquema económico, social y político que hoy se ha modificado sustantivamente, afectando particularmente la capacidad de movilización y las modalidades de negociación laboral, recortando los márgenes de maniobra de los sindicatos. De este proceso ha resultado la mayor autonomía del movimiento sindical respecto a la izquierda política⁵⁴ y también una mayor propensión a la negociación y el acuerdo con el empresariado. De esta forma, la nueva relación Frente Amplio - sindicatos no se explica únicamente por el cambio

52 Jorge Lanzaro (1991) “El sindicalismo en la fase post-keynesiana”.

53 Jorge Lanzaro (1996) “La izquierda uruguaya de la adscripción corporativa ...”. Esta caracterización se apoya en su estudio más amplio sobre el corporativismo en Uruguay (“Sindicatos y sistema político ...”, 1986).

54 Esta hipótesis deberá contrastarse con un estudio particularizado de los conflictos sindicales y la vida sindical en período 1984-1999 centrado en el problema de la relación izquierda-sindicatos.

en los comportamientos de aquel sino que se entrelaza con las modificaciones que vienen del lado de estos.

La apertura del Frente Amplio hacia el empresariado nacional y la autonomización del movimiento sindical son parte de la transformación creciente de esta fuerza política en el tipo de partido que Otto Kirchheimer denominara “agarratado” citado anteriormente al discutir los cambios en el esquema organizativo del Frente Amplio. Precisamente una de las modificaciones que este autor señalara como propias de la conversión de los partidos de masas europeos en partidos escoba, era el abandono del anclaje clasista exclusivo y su sustitución por una convocatoria de tipo ciudadano socialmente abierta. En Uruguay el policlasismo fue una de las marcas constitutivas de los partidos tradicionales desde sus orígenes. Frente a ello la izquierda desarrolló una convocatoria de corte clasista, en consonancia con el predominio de la matriz ideológica socialista. La relación privilegiada de la izquierda se orientaba hacia la clase obrera y los trabajadores en general, aunque tempranamente se incorporara dentro del auditorio social convocado al empresariado “nacional”, a los “pequeños y medianos” productores industriales y agrícolas, como formando parte de su proyecto. Por su parte, el movimiento sindical tenía vínculos estrechos con la izquierda política más allá de los fenómenos de “dualismo” en el comportamiento electoral de los trabajadores sindicalizados que hace años fueran tipificados por estudiosos del sindicalismo uruguayo.⁵⁵

El giro ciudadano y policlasista de la izquierda no es nuevo, ni se inauguró con el Frente Amplio, pero se confirmó como impronta predominante en la convocatoria frenteamplista en consonancia con esa composición más plural que trascendía ampliamente a la izquierda socialista. Entre 1971 y 1973 el Frente Amplio, al tiempo que preservaba la relación privilegiada con el movimiento sindical, comenzó a desarrollar una prédica

55 Alfredo Errandonea y Daniel Costábile (1969) en “Sindicato y sociedad en el Uruguay” desarrollaron la idea del “dualismo” para caracterizar el hecho de que los trabajadores sindicalizados apoyaran a dirigentes gremiales de izquierda mientras que en sus preferencias políticas no abandonaban su adhesión a los partidos tradicionales. Casi treinta años después de su formulación aquella tesis fue reafirmada por Errandonea (“Sindicatos y democracia tutelada”, 1986) y cuestionada por Luis Eduardo González (“Los sindicatos en la arena política”, 1986) quien entiende que no existe tal dualismo ya que, de acuerdo a los resultados de su investigación basada en encuestas, considera que hay una correlación positiva fuerte entre afiliación sindical y adhesión electoral izquierdista de los encuestados.

orientada específicamente hacia el empresariado, más allá del hecho de que la polarización social y política de la época impuso barreras firmes que inhibieron esa posibilidad de acercamiento. De esta forma el Frente Amplio se proyectaba desde su origen hacia un tipo de convocatoria social definitivamente policlasista que comenzaba a colocar a la izquierda en un mismo plano respecto al tradicional policlasismo de blancos y colorados. Este fenómeno se confirma plenamente y se profundiza entre 1984 y 1999, con una inflexión que lo agudiza a partir de 1989, y se refuerza y converge con las transformaciones que experimenta simultáneamente el movimiento sindical.

Con esta confirmación y profundización del policlasismo, se ha producido un acercamiento de la izquierda a un rasgo distintivo de nuestros partidos tradicionales. Pero, el discurso del Frente Amplio mantiene, como nota distintiva frente a blancos y colorados, una apelación social donde lo popular adquiere una consideración privilegiada. El énfasis programático en la justicia social y el discurso igualitarista se anudan con ese tono popular dentro de una convocatoria policlasista y ciudadana. El Frente Amplio continúa presentándose a sí mismo como fuerza política más representativa de los intereses populares. Por más vaguedad que pueda imputarse a este tono "popular", la pretensión de representatividad de lo popular, la exhibición deliberada de una especial sensibilidad social y el énfasis igualitario, elegidos como elementos de diferenciación respecto a blancos y colorados, están revelando la herencia de los ya viejos y difícilmente reconocibles sesgos clasistas, ahora diluidos en una nueva matriz predominantemente ciudadana y policlasista. De esta forma el Frente Amplio, al desplegar una convocatoria que está a medio camino entre lo ciudadano y lo social, incorpora un componente de la tradición nacional ciudadana y al mismo tiempo salva su tradición social. Se acerca a los partidos tradicionales y reafirma su propia tradición. Se tradicionaliza en ambos sentidos.

Poder, gobierno y oposición

En los años 60 y 70 el problema del poder ocupaba un lugar central en los debates de la izquierda latinoamericana. La temática del gobierno era subsidiaria de aquel y considerada un asunto menor, casi intrascendente frente a la magnitud del problema central. La atención que ha concitado en los 80 y 90 la cuestión del gobierno y de la gobernabilidad, en Uruguay tiene que ver con tres fenómenos: la revisión del viejo problema del poder; la creciente expectativa de alcanzar el gobierno nacional estimulada por la persistente expansión electoral de la izquierda; el ejercicio del gobierno municipal de Montevideo a lo largo de una década y el creciente peso de la bancada parlamentaria con las experiencias y responsabilidades que ambos desempeños (municipal y legislativo nacional) han ido generando.

A fines de los 90 el tema del poder casi desapareció de los debates de la izquierda y en su lugar se instaló el problema del gobierno (y la oposición). Hemos presenciado entonces la transferencia de centralidad del binomio poder-gobierno a la fórmula gobierno-oposición como ejes problemáticos del debate. Este traslado del eje del poder al eje del gobierno supone una incorporación de la tradición democrática liberal nacional y en este sentido es un rasgo más de la tradicionalización del Frente Amplio. En la tradición de la izquierda de cuño leninista que a continuación analizaremos, la toma del poder era concebida como un momento supremo que inauguraba una nueva época en que la izquierda gobernaría. Se trataba de una concepción incompatible con las ideas de alternancia e incertidumbre propias de la democracia política. En cambio su sustitución por el acceso al gobierno conlleva la posibilidad de dejarlo, y eventualmente volver a ganarlo, si la ciudadanía así lo dispone en las sucesivas instancias electorales. Volveré sobre este tema de la incertidumbre y la alternancia en el apartado dedicado a la democracia y la institucionalidad. Aquí interesa presentarlo por cuanto, estando ligado al traslado de centralidades del poder al gobierno, comporta a su vez la incorporación de un componente de la tradición democrática liberal del país.

Como parte de la renovación ideológica abordada en un apartado anterior, a la salida de la dictadura y en lo que va del nuevo tramo democrático la izquierda uruguaya reformula sus abordajes teóricos del problema del poder. De esta revisión resulta un enfoque menos reduccionista del poder político, especialmente atento a sus relaciones con los fenómenos culturales e ideológicos, y más preocupado de sus vinculaciones con la concreta cuestión del gobierno. Hay una incorporación, bastante cruda por cierto, del pensamiento de Gramsci y su desarrollo teórico en torno a la cuestión de la hegemonía y el poder. La influencia de Gramsci se registra en otros temas además del nuevo enfoque sobre el problema del poder por el que aquí se trae a consideración. Entre ellos: la nueva apreciación sobre la relación entre estado y sociedad civil, y entre partido político y

organizaciones sociales, el cuestionamiento al anterior hiperpoliticismo de las visiones de la izquierda y la revalorización del desarrollo autónomo de la sociedad civil, la revisión del dilema partidización-autonomía de las organizaciones sociales, etc. Esta presencia del pensamiento gramsciano puede verse en múltiples manifestaciones. Así lo reconocía hacia 1991 Enrique Rubio (diputado frenteamplista desde 1990 y dirigente de la Vertiente Artiguista): “Pienso que la forma en que enfrentamos la cuestión de lo que podríamos llamar el desarrollo de la sociedad civil es algo que divide a la izquierda. Gramsci nos divide horizontalmente. Gramsci y otros ... Nos divide en el tema de la estrategia por el poder y nos divide en el problema de la relación entre cultura, política, sociedad civil, partido y todo lo demás. Pero creo que los elementos de renovación que van por ese lado predominan y que van a ir predominando cada vez más ...”.⁵⁶ Más adelante citaré a otros dirigentes frenteamplistas que en sus declaraciones revelan la incorporación del pensamiento de Gramsci aplicado a la revisión del problema del poder.

Se produjo primero una matización y luego un desplazamiento del predominio que las visiones leninistas de la “toma del poder” como problema político central para la izquierda habían tenido anteriormente. Esa forma de visualizar el tema se había generalizado en la década del 60 como parte de la ola expansiva de la revolución cubana. También en los 70, aún en dictadura, los análisis de la frustrada experiencia de la Unidad Popular chilena habían reforzado este tipo de enfoque leninista al ilustrar dramáticamente a toda la izquierda latinoamericana la diferencia entre ganar el gobierno y tomar el poder.

El predominio de aquella línea de aproximación teórica al "problema" del poder, que encontraba su fundamento último en el pensamiento de Lenin⁵⁷ tenía su propia historia

56 Afirmaciones de Enrique Rubio. Esta y otras declaraciones de varios dirigentes frenteamplistas recopiladas por Marta Harnecker (1991) en "Frente Amplio..." (vol. 3, pág. 15 y siguientes) brindan abundante evidencia de esta tardía presencia de Gramsci. Al señalar esta tardanza quiero significar el hecho de que en otras experiencias latinoamericanas los aportes de Gramsci fueron incorporados bastante antes. El itinerario de las ideas de Gramsci en América Latina ha sido estudiado detenidamente por el argentino José Aricó (1988) en “La cola del diablo”, allí puede tomarse nota de la experiencia de la revista argentina “Pasado y presente” fundada en 1963 por un grupo de intelectuales comunistas cordobeses con una fuerte inspiración gramsciana. Aunque la experiencia culminó con la expulsión de este grupo de las filas del Partido Comunista Argentino, testimonia una adopción de las ideas del italiano bastante anterior al caso uruguayo. Quizás una indagatoria específica revele también antecedentes más tempranos de este lado del Plata.

57 Expuesto fundamentalmente en "El estado y la revolución" escrito pocos meses antes del golpe de octubre de 1917 mediante el que los bolcheviques rusos derrocaron al “gobierno provisorio” entonces en funciones y se hicieron del poder (¿o del gobierno?).

en América Latina. A partir del triunfo de la revolución cubana en 1959 este tema se había vuelto el núcleo central de la polémica que enfrentaba a los partidos comunistas latinoamericanos con el heterogéneo conglomerado de grupos que formaban parte de la izquierda "nacional" o "independiente" (autodenominaciones al uso en la época), y se relacionaba estrechamente con el tema de las vías de la revolución, de la lucha armada como alternativa a la apuesta electoral. "La revolución victoriosa de Cuba alteró los esquemas pasados ... Sacudió al socialismo y a los comunistas, poniendo en el tapete como tema la toma del poder"⁵⁸. Esta discusión, proyectada desde la OLAS en Cuba hacia las pantallas locales, impregnó los debates internos de la izquierda latinoamericana a lo largo de los 60 y primeros 70 hasta que la oleada de golpes militares derechistas dejó a toda la izquierda sin campo empírico para sus formulaciones teóricas y sin espacio público para el debate abierto de las mismas.⁵⁹

Algunos fenómenos latinoamericanos ocurridos a fines de los 70 y comienzos de los 80 hicieron reverdecer aquella discusión en el momento en que varios países iniciaban procesos de transición a la democracia y la izquierda reingresaba a la arena política reencontrándose con los viejos temas y discusiones de 20 años atrás. Junto a la ya mencionada evaluación de la frustrada experiencia de la izquierda chilena entre 1970 y 1973, el triunfo de la revolución sandinista en 1979 y los avances de los revolucionarios salvadoreños desde la fundación del FMLN⁶⁰ en 1980, fueron estímulo para quienes vieron en esas experiencias la confirmación de las tesis leninistas del problema del poder. En fin, en Uruguay, en consonancia con otros casos latinoamericanos, parecía que a la salida de la dictadura volvían a predominar en la izquierda los viejos posicionamientos de matriz

58 Carlos Machado (1968?) "Izquierdas y derechas en América Latina" (selección de documentos), pág. 6.

59 En Uruguay la conferencia de la OLAS (julio-agosto 1967) tuvo su propia historia siendo motivo de división en el seno de la izquierda primero por la integración de la delegación uruguaya y luego por las divergencias en el seno de la misma sobre los temas de la conferencia. Al respecto la polémica confirmó la línea divisoria entre los comunistas y sus críticos. Puede seguirse la misma a través de los semanarios "Marcha" y "El Popular" en setiembre de 1967, donde Carlos María Gutiérrez (periodista enviado como corresponsal a la conferencia) y Rodney Arismendi (secretario general del PCU e integrante de la delegación uruguaya) se sacaron punta. Una breve síntesis de la polémica entre ambos, incluyendo además la postura de los socialistas uruguayos, puede verse en la selección de documentos a cargo de Carlos Machado citada en la nota anterior, págs. 152 a 165.

60 Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) creado en 1980 como producto de la unión (no disolución) de las cinco organizaciones políticas guerrilleras de El Salvador incluyendo al partido comunista de aquel país (PCS) luego de un viraje fuertemente autocrítico de las posturas del comunismo latinoamericano en los años 60 centrada en el tema del poder y las vías de la revolución.

leninista en torno al tema del poder: “el abecedario del marxismo-leninismo enseña que el problema fundamental de la revolución es el problema del poder”.⁶¹

Sin embargo la traumática experiencia de las dictaduras (muerte, cárcel, exilio, clandestinidad) también tuvo el efecto de invitar a la revisión crítica del propio pasado, con un predominio absoluto del tono de "balance" crítico para encontrar las causas de la "derrota", a la revisión de las formulaciones teóricas y de las estrategias y tácticas políticas. De ello resultó una importante renovación del pensamiento de izquierda. La visión sobre la cuestión del poder y su conquista, fue re-elaborado en el pensamiento de la izquierda, abriendo el tránsito antes mencionado desde una matriz fuertemente leninista hacia otra de corte gramsciano. El "problema del poder", que era concebido en términos de "toma del poder", un poder unitario esencialmente político que casi se reducía al control de los resortes represivos del estado, desde la posdictadura comienza a ser abordado desde una óptica amplificada: el poder es un fenómeno polifacético, represivo pero también cultural e ideológico⁶²: “... descarto la idea de la toma del poder como un acto único que se da en un momento dado. Concibo la lucha por el poder como proceso mucho más complicado ... el poder esta mucho más distribuido socialmente y es mucho más complejo de lo que pensábamos”⁶³. En los 60 y 70 los grupos de izquierda planificaban sus estrategias en función de la toma de "su" palacio de invierno. En los tardíos 80 y 90, las estrategias políticas para alcanzar el poder se muestran cada vez más atentas a la construcción de la hegemonía cultural: “Hoy por hoy uno de los desafíos de la izquierda es el de lograr su supremacía cultural”⁶⁴, “... la toma del poder no es un acto que se limite a la superestructura política, aunque ésta es fundamental y esencial. Es sin duda también un gigantesco esfuerzo

61 Schafik Handal (secretario general del Partido Comunista de El Salvador PCS, comandante del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional FMLN) "El poder, el carácter y vía de la revolución, y la unidad de la izquierda", diciembre de 1981, artículo sin datos editoriales, primer párrafo.

62 Aunque en las citas presentadas abundan los términos de cuño gramsciano, seguramente las fuentes de inspiración de esta renovación son más variadas. Por ejemplo, en la difusión de la concepción pluralizada del poder que vino a sustituir a la concepción unitaria de inspiración leninistas, podría estar jugando algún tipo de influencia de las ideas de Michelle Foucault, entre otros, sobre la “microfísica del poder” y el “control social”. El hecho de que mencione sólo a Gramsci no se debe más que al hecho de que es expresamente nombrado en los testimonios de dirigentes frenteamplistas que hemos relevado y de que la terminología gramsciana se encuentra profusamente utilizada.

63 Enrique Rubio en Marta Harnecker (1991) “Frente Amplio. Los desafíos ...” vol. 3, pág. 26.

64 Esteban Valenti. Idem, pág. 70.

para desarrollar el pensamiento, la cultura, la sensibilidad; para ampliar los lazos de integración social, de politización, de renovación”.⁶⁵

Los factores que han incidido en la determinación de esta renovación de las concepciones del poder y su relación con los asuntos del gobierno son varios, algunos externos otros internos. Acerca de los primeros hay por los menos dos tipos de fenómenos internacionales que han estimulado esta reconversión teórica. Indudablemente la crisis del socialismo real y la posterior caída de los regímenes comunistas en la URSS y Europa oriental ente 1989 y 1991 han creado un ambiente general de autocrítica y replanteamiento. Como ya señalara en el punto dedicado a la renovación ideológica de la izquierda, no debe asignarse a esta influencia una carácter determinante ya que en verdad viene a reforzar discusiones y revisiones ya en curso en el seno de la izquierda uruguaya y latinoamericana. Pero tampoco se puede dudar de que, aún cuando no determine y explique absolutamente, es un elemento que debe considerarse relevante. El segundo orden de fenómenos internacionales que inciden en esta revisión de la concepción del poder tiene que ver con acontecimientos puramente latinoamericanos. La derrota electoral sandinista (1990), junto con el empate militar y la indefinida postergación de la esperada victoria revolucionaria salvadoreña invirtieron la lectura anterior de estos ejemplos paradigmáticos: tanto el FSLN⁶⁶ en Nicaragua como el FMLN en El Salvador acordaron un estatuto de competencia política institucional, desistieron de la lucha política armada, y se volvieron partidos plenamente jugados a la competencia democrática electoral, consustanciados crecientemente con las funciones de oposición y gobierno, e incluso cogobierno.

Los factores internos que han estimulado en esta renovación, y que han orientado el centro de las preocupaciones de la izquierda hacia la temática del gobierno y la oposición, son los dos ya mencionados al comienzo de este apartado: las expectativas crecientes de acceder al gobierno nacional y los desempeños gubernativos a nivel parlamentario y fundamentalmente municipal. No es casual que fuera hacia 1989 se instalara en la izquierda a la discusión en torno a lo que se denominó “culturas” de gobierno y oposición. Asumida y superada de manera no traumática la fractura interna de aquel año, confirmado su caudal

65 Hugo Cores. Idem, pág.15.

66 Frente Sandinista de Liberación Nacional.

electoral y presencia parlamentaria, y conquistado por primera vez el gobierno municipal de Montevideo, el Frente Amplio se vio impelido a redefinir su lugar en el sistema político y su comportamiento en la competencia política. En esa nueva situación nacional, la discusión acerca de las funciones de gobierno y oposición a las que debía atenderse simultáneamente en la perspectiva de un crecimiento electoral persistente, irrumpió por la vía del debate sobre las “culturas” que se verá a continuación.

Pero antes de ingresar a ese asunto, hay dos cuestiones que sólo dejaré planteadas. En primer lugar. Si bien es cierto que los factores externos e internos señalados han operado en el sentido de estimular este traslado del eje del poder al problema del gobierno, también lo es que otros elementos influyen en un sentido contrario y actúan como alertas acerca de cuestiones que quedan por el camino en esa renovación y actúan en el sentido contrario. Particularmente, el problema de las Fuerzas Armadas, fuertemente rechazadas y recelosas de la izquierda, no permite dejar a un lado el tema de la toma del poder en sentido restringido, en tanto aparato de dominación coercitiva. La perspectiva de un gobierno nacional de la izquierda con unas FFAA relativamente autonomizadas en sus comportamientos y absolutamente anti-izquierdistas en sus concepciones es una cuestión llena de problemas e interrogantes que la izquierda de los 90 tiene por delante.

La segunda cuestión que dejo anotada es que, mientras es un hecho constatable que la discusión en torno al problema del poder (la contraposición de gobierno y poder) prácticamente ha desaparecido de la discusión actual de la izquierda, sin embargo, tardó en ser sustituida por una aproximación profunda y responsable al problema de la construcción de alianzas políticas como sustento de gobierno y sus relaciones con los problemas de estabilidad política y gobernabilidad democrática. Ello es parte de la falta de “sensibilidad institucional” que aqueja a la izquierda en la que me detengo en el apartado final. En esa problemática se ubica la continuación apropiada de la discusión del viejo problema del poder hoy, ya que replantea la cuestión de la viabilidad y perdurabilidad de un gobierno de izquierda. A este respecto parecería que la sábana del fantasma de la Unidad Popular chilena no debería correrse tan descuidadamente. Ni siquiera en el marco del debate político en torno a la última reforma constitucional, en que el tema de la formación de

coaliciones de gobierno, de la estabilidad, de la gobernabilidad, fueron asuntos que formaron parte del debate, la izquierda mostró un nivel de participación y preocupación importante por ellos⁶⁷. Llama la atención el retraso en su abordaje por parte de la izquierda, más allá de menciones generales sobre la formación de un "gobierno de mayorías", vago término nunca suficientemente precisado y sobre el que no se especificaban formas institucionales para su concreción ni condiciones que lo permitirían. Recién en 1999, a diez años de iniciado aquella discusión sobre las culturas de gobierno y oposición, ante la posibilidad cierta de un triunfo electoral del Frente Amplio y los estímulos que el nuevo diseño institucional con la instancia de balotaje genera, este asunto se hace presente en las preocupaciones de su dirigencia.

Anotados estos dos asuntos previos, veamos en qué términos irrumpió en el Frente Amplio la cuestión del gobierno y la oposición. El manejo público que corrientemente se ha hecho de la terminología es sumamente confuso y confusionista. Hace algunos años se generalizó dentro y fuera del Frente Amplio el recurso a la dicotomía "cultura de gobierno-cultura de oposición" (también se le denominó "de resistencia"). Con estos términos, que hoy parecen haber perdido la predilección que encontraron en su momento, se pretendía dar cuenta de la capacidad o incapacidad de la izquierda para trascender el papel de oposición y eventualmente asumir las funciones propias de un partido de gobierno. Para salir del simplismo que tal planteamiento conlleva, debe señalarse que en verdad esto no tiene que ver estrictamente con un problema de "cultura" política, que es algo mucho más complejo que el objeto concreto al que se suele hacer referencia en esta vulgarizada acepción.

En todo sistema político auténticamente competitivo, vale decir aquel en que los diferentes partidos tienen expectativas y posibilidades fundadas de alternarse en el gobierno, dichos partidos deben ser capaces de ocupar indistintamente los roles de gobierno y oposición. Sin embargo, el debate en que se embarcó el Frente Amplio en los primeros años posteriores a su acceso al gobierno municipal de Montevideo, se movía en un terreno de supuestos diferentes. Algunos de los argumentos de quienes promovían la "cultura de

67 Como en otras ocasiones, se trata de una afirmación generalizadora que hace a un lado los matices y excepciones. Tanto dentro del Frente Amplio (Asamblea Uruguay) como fuera (Nuevo Espacio), hubo quienes desde la izquierda se centraron en estas cuestiones, pero ello no cambia el hecho de que en términos generales las líneas argumentales pasaron por otros asuntos.

gobierno” eran coincidentes e con la críticas que desde fuera señalaban a la izquierda como condenada a la actividad de “oposición sistemática” e incapaz de perfilarse como partido de gobierno. Es posible identificar en ese tipo de argumentos, una demonización de la oposición como invalidante de eventuales potencialidades gubernativas. Semejante enfoque, que aunque raleado aún sobrevive dentro y fuera del Frente Amplio, parte del supuesto de que la oposición es en principio negativa. ¿Cómo conciliar este supuesto con la competitividad propia del régimen democrático, si la oposición se asume culposamente y no cumple con sus funciones? La oposición y el gobierno son dos aspectos del comportamiento político, del posicionamiento concreto de una fuerza política, de su actitud, respecto a dos roles posibles en todo sistema político democrático. Gobierno y oposición son dos funciones que los partidos políticos están llamados a ocupar alternativamente en un sistema político competitivo, dos lugares que los actores que participan del juego político democrático deben ser capaces de ocupar y desarrollar positivamente en lo que de específico ellos tienen, incluyendo las tensiones derivadas del continuo cooperación-confrontación. La discusión interna y externa del FA sobre este punto ha estado muy "cargada" y su apreciación requiere esta desdramatización.

Precisamente una de las preocupaciones recientes de la ciencia política europea ha estado orientada a señalar que la calidad de la democracia no depende exclusivamente de la capacidad de los gobiernos sino también del buen desempeño de la oposición. El sistema político produce resultados a partir de un proceso complejo en el que intervienen múltiples actores. En particular la producción gubernativa es el resultado de un proceso institucionalmente reglado que continenta la competencia y la cooperación gobierno-oposición. Entonces el volumen y la calidad de la acción de gobierno dependerá no sólo de la calidad del propio gobierno sino también del comportamiento de la oposición parlamentaria. En este sentido Gianfranco Pasquino ha señalado acertadamente que las tendencias a la homologación y desdibujamiento de la oposición en las democracias parlamentarias constituyen un fenómeno negativo para la propia democracia y postula que debe revalorizarse el papel de la oposición: “Entre sus características fundantes la democracia tiene la de ser un sistema político que, por un lado, consiente la máxima expresión del conflicto, y a través de él de la innovación, por el otro, está en condiciones de

garantizar el máximo de autocorrección. Pero estas dos meritorias tareas no encontrarían actores capaces de desarrollarlas si no existiese, si no se manifestase, si no actuase una oposición. Por lo tanto, es posible afirmar que la calidad de una democracia depende no sólo de las virtudes de su gobierno, no sólo de las interacciones del Gobierno con la posición, sino acaso de modo especial de la calidad de la oposición. Una oposición bien equipada mejora la calidad de la democracia ...”.⁶⁸

Más allá de este desvarío del procesamiento interno que el Frente Amplio hizo del asunto, su planteamiento como eje de debate constituye por si mismo una novedad a señalar. A medida que las expectativas de acceder al gobierno nacional se fueron incrementando, el Frente Amplio comenzó a reconocer las especificidades que el rol de partido gobernante implica en términos de responsabilidades y conductas políticas, distintas a las implícitas en el rol de partido opositor que ha desarrollado la mayor parte de su historia. A lo largo de los diez últimos años, la simultaneidad del desempeño del gobierno departamental de Montevideo y de la oposición nacional supuso para la izquierda frenteamplista el doble ejercicio de ambos roles con las salvedades que el tratarse de niveles diferentes implica. El debate sobre las “culturas” de gobierno y oposición fue la vía por la que esta temática se introdujo en la izquierda⁶⁹. Por ello, al margen de los señalamientos anteriores acerca de los problemas que esa forma de planteamiento del problema conlleva, no hay dudas de que dicho debate debe considerarse como clave en el proceso de reconfiguración del Frente Amplio respecto a las funciones de gobierno y oposición.

Hay en este proceso un elemento relevante en cuanto a la incorporación por parte del Frente Amplio de rasgos y comportamientos antes privativos de los partidos tradicionales. Hasta ahora estos han sido los partidos gobernantes y/o cogobernantes mientras que el Frente Amplio nació y se desarrolló como partido de oposición. Asumir los problemas derivados de esta condición fue un primer paso cuya necesidad fue señalada tempranamente por Líber Seregni a la salida de la dictadura: “Desde que nacieron las

68 Gianfranco Pasquino (1990) “La oposición en las democracias contemporáneas”, pág. 218.

69 Puede tenerse una idea de los contenidos de este proceso consultando las opiniones de Líber Seregni, Danilo Astori, Alberto Couriel, Reinaldo Gargano, José Díaz y Enrique Rubio en Germán Wettstein (1993) “El Frente Amplio en el umbral ...”, vol. 3, págs. 247 a 281. De allí he tomado las pocas citas que transcribo.

fuerzas de izquierda del Uruguay fueron fuerzas opositoras, contestatarias y testimoniales ... cumplieron un rol importantísimo, porque levantaron siempre banderas principistas y sostuvieron ideales y utopías en sus documentos programáticos, sin dejar de ser conscientes de que esos programas no se podían llevar a cabo por la imposibilidad de ejercer el gobierno. Durante muchos decenios se produjo por eso un despegue entre las propuestas que se hacían y la realidad. Cuando percibimos en el 84 ser opción de gobierno como algo factible, inmediatamente tuvimos la convicción de que eso implicaba comprometerse ...”.⁷⁰

Identificar las especificidades y problemas propios de la función de gobierno fue el paso siguiente que se produjo a partir de 1989 cuando comenzó el mencionado debate de las “culturas”: “Cultura de gobierno significa asumir que gobernar es una tarea difícil, que exige articulación de intereses, que exige tener en cuenta las complejidades de la realidad, que exige tomar urgente y permanentemente decisiones que pueden a veces incluso contradecir objetivos de mediano y largo plazo, pero deben ser tomadas. Y que sobre todo exige tener respuestas para los problemas urgentes”.⁷¹ “... es sentir permanentemente que uno está gobernando. Es la necesidad de pensar soluciones concretas ante problemas concretos. Es tener siempre la alternativa de solución al problema que se presenta”.⁷²

El triunfo en las elecciones municipales montevideanas de 1989, fue el fenómeno que impulsó esta discusión interna acerca del posicionamiento político del Frente Amplio. El ejercicio del gobierno municipal de Montevideo desde 1990 alimentó ese debate al tiempo que supuso la experiencia concreta de la responsabilidad de gobierno generando un aprendizaje político que influyó fuertemente sobre el reposicionamiento resultante: “De más en más los partidos tradicionales sienten la consistencia y el peso del Frente Amplio. Y nosotros nos damos cuenta ... a través del gobierno en el municipio de Montevideo que hay que aprender mucho más todavía. Hay que aprender a gobernar. Pero estamos aprendiendo rápido y bien”.⁷³ “El ejercicio del gobierno municipal de Montevideo ha contribuido de manera decisiva a la afirmación de una cultura de gobierno en el Frente Amplio ... La

70 Líber Seregni. Idem, pág. 254.

71 Danilo Astori. Idem, pág. 250.

72 Alberto Couriel en Germán Wettstein (1993) "El Frente Amplio en el umbral ...", vol. 3, pág. 251.

73 Líber Seregni. Idem, pág. 267.

experiencia de confrontación con la realidad ha sido decisiva. Ha mostrado a todo el mundo que hay que tener muy firmes los objetivos, que hay que tener muy firmes algunos principios generales, pero que por sobre todo se debe tener una enorme flexibilidad ... Este es un aprendizaje que recién ha comenzado”.⁷⁴ El ejercicio de este gobierno municipal de la izquierda generó supuso a su vez la convivencia con gobiernos nacionales blanco y/o colorado, y esta se volvió una experiencia que la izquierda asumió también como aprendizaje en la dirección que vengo señalando. Tabaré Vázquez, cuando aún desempeñaba el cargo de intendente, hacía al respecto la siguiente evaluación: “... defendiendo nuestros principios ... hemos podido desarrollar una relación civilizada y racional con el gobierno nacional, que nos ha permitido lograr una serie de acuerdos que no se hubieran podido lograr con el enfrentamiento. Creo que esta es una expresión de cultura de gobierno y creo que es una expresión madura que también la izquierda tiene que asimilar. Porque cuesta asimilar esto, se los aseguro”.⁷⁵

La experiencia parlamentaria de la izquierda, también ha operado en el sentido señalado convergiendo con el desempeño gubernativo municipal. En este sentido, la participación creciente de la izquierda en el ámbito legislativo genera aprendizajes tanto en términos de conocimiento de temas y problemas de alcance nacional, como de prácticas de negociación, acuerdo y compromiso inherentes al trabajo parlamentario⁷⁶. Así fue asimilado por buena parte de la dirigencia frenteamplista: “... también se asume cultura de gobierno a través de la labor parlamentaria: se ve desfilar al Estado en toda su complejidad, y se va progresivamente contribuyendo a analizar matices, a comprender que las situaciones no son esquemáticas, a comprobar que a veces una solución parcialmente satisfactoria es preferible a una no solución”.⁷⁷ La difusión de la contribución parlamentaria se ha vuelto también recurso del Frente Amplio en el debate interpartidario, utilizando la contribución legislativa de la izquierda como muestra de sus atributos gobernantes. En la campaña electoral de 1999 hemos asistido a la exhibición del número de leyes promovidas o apoyadas por el

74 Enrique Rubio. *Idem*, págs. 265-66.

75 Tabaré Vázquez. *Idem*, pág. 262.

76 Para confirmar esta hipótesis debería hacerse un relevamiento empírico de la actividad parlamentaria de la izquierda en el periodo 1984-1999 cuantificando las iniciativas parlamentarias presentadas y clasificándolas según su tipo, igualmente con los llamados a sala e interpelaciones y cualquier otro tipo de variable en la que se pueda cuantificar la participación legislativa de la izquierda.

77 Danilo Astori en Germán Wettstein (1993) "El Frente Amplio en el umbral ...", vol. 3, pág. 256.

Frente Amplio para responder a las acusaciones de “oposición sistemática” e “incapacidad de gobierno”. En verdad, si levantamos la mirada y saliendo del campo visual de estos quince años que van de 1984 a 1999, percibimos los trazos más largos, podremos decir que el Frente Amplio está moviéndose sobre la base de una ya larga tradición de trabajo parlamentario de la izquierda pautaada por la conjugación de la oposición con prácticas de diálogo, negociación y acuerdo. Esos antecedentes son perceptibles en el período 1942-1973. Hay aquí una línea de investigación que he propuesto profundizar pues podría decirnos mucho de los antecedentes gubernativos de la izquierda y de la política uruguaya en general⁷⁸. Gerardo Caetano y José Rilla (1995)⁷⁹ han señalado la pertinencia de indagar acerca de la inscripción de la izquierda en una “matriz consociativa” predominante en el sistema político uruguayo entre 1942 y 1973. Jorge Lanzaro (1994)⁸⁰ por su parte caracterizó y abundó en las peculiaridades de esta inscripción que denomina como “adscripción corporativa” de la izquierda política y social, aunque acotándola al período 1942-1958.

Mirando al conjunto de estos fenómenos, resulta que entre 1989 y 1999 el Frente Amplio se ha ido perfilando crecientemente como un partido capaz de asumir comportamientos políticos tanto de oposición como de gobierno. Literalmente se encuentra entre la oposición y el gobierno⁸¹. La cuestión de si podrá ser, como derivado de lo anterior, también un partido cogobernante, está vinculado a este cambio pero tiene a su vez especificidades que aquí no considero. Lo cierto es que el Frente Amplio ha acumulado los aprendizajes derivados de ser gobierno y oposición desarrollando ambos papeles simultáneamente sin grandes dramas ni descalabros. Por ello he indicado anteriormente que buena parte de esta discusión sobre "culturas" de gobierno y oposición está superada por la propia realidad política. Los hechos recientes reafirman esta percepción. La campaña para las elecciones de octubre de 1999 mostró un desempeño que, aún con pisadas en falso y

78 “La izquierda uruguaya 1942-1973”, proyecto de investigación presentado a la CSIC, junio 1999.

79 “Relaciones interpartidarias y gobierno en el Uruguay (1942-1973)”.

80 “La izquierda uruguaya de la adscripción corporativa a la emergencia de un partido de nuevo tipo ...”.

81 Recientemente Jorge Lanzaro (1998) abordó explícitamente este tema en su artículo “La izquierda uruguaya entre la oposición y el gobierno”. Hace ya unos cuantos años Javier Gallardo (1989) había analizado los comportamientos de la izquierda uruguaya aplicando las categorías gramscianas “lucha contra-hegemónica” y “construcción de un nuevo orden hegemónico” lo que podría considerarse otra manera de ver el tema de los perfiles alternativos de la izquierda en términos de gobierno y oposición (“Orden hegemónico y contra-hegemonía de la izquierda”).

reacomodos sobre la marcha, supo combinar la crítica opositora con el perfil de partido gobernante y redundó en un nuevo crecimiento electoral del Frente Amplio que lo ubicó por vez primera como el partido más votado en una elección nacional.

Capítulo Dos: tradicionalización en sentido estricto

Izquierda y tradición

En los cinco apartados que integran la primera parte de este trabajo he pasado revista a varios aspectos (ideología, programa, organización, referentes sociales, oposición y gobierno) del itinerario político de la izquierda uruguaya entre 1984 y 1999 (con algunas referencias al pasado, sobre todo al período 1971-73). Por medio de esos enfoques parciales intenté cotejar, mediante el señalamiento de cambios y permanencias, el acierto de la caracterización que denominé tradicionalización en sentido amplio, en referencia al grado de acercamiento y asimilación por parte del Frente Amplio con respecto a ciertos rasgos de los partidos tradicionales uruguayos. Ahora doy inicio a la segunda parte del trabajo en la cual abordo específicamente un aspecto parcial de esa peripecia frenteamplista, que denominé tradicionalización en sentido estricto. Esta refiere a la relación de la izquierda con la tradición, a la construcción de una tradición frenteamplista que se vuelve uno de los elementos centrales de su identidad, su prédica y su accionar político.

Este asunto puede considerarse, de hecho lo es, un aspecto más entre los varios que se estudian en los apartados anteriores, de la evolución general del Frente Amplio en el período. Sin embargo, por tratarse del asunto principal que este trabajo intenta abordar lo he separado, a efectos de darle un tratamiento privilegiado y estudiarlo con una mayor profundidad y extensión. Espero entonces que el lector tenga presentes dos cosas: uno, que todos los puntos tratados en esta segunda parte constituyen el desarrollo de un aspecto parcial vinculado con los anteriores y que, por tanto, existen entre ellos múltiples vinculaciones que de no considerarse seguramente resten posibilidades de percibir en todas sus dimensiones el multifacético proceso de renovación de la izquierda que se ha producido en estos quince años; dos, que, sin restar validez a lo anterior, en esta segunda parte se aborda específicamente el problema central dentro del tema planteado, el que a mi juicio constituye la efectiva tradicionalización del Frente Amplio, la tradicionalización en sentido estricto, su literal conversión en un partido tradicional, tanto o quizás más tradicional que las actuales versiones de los partidos blanco y colorado. En los apartados que siguen, no

me ocupo de observar los aspectos en que se ha ido acercando y pareciendo a los partidos tradicionales, sino de establecer en qué sentido el Frente Amplio es también un partido tradicional, cuál es su tradición, cómo se ha construido, cómo se relaciona con ella, cómo es presentada y utilizada, cómo se manifiesta en la acción política, cómo se vincula o deslinda con las tradiciones de los otros partidos.

En un estudio pionero sobre la temática de la izquierda uruguaya y la tradición, José Rilla y Gerardo Caetano (1995) señalan dos posibles enfoques para acercarse a una definición de la tradición: como “conjunto de prácticas” y como “interpretación deliberadamente vinculante del pasado”⁸². Aunque estos historiadores no plantean que ambos enfoques sean contradictorios, aprovecho esa discriminación para señalar que las tradiciones políticas, entre ellas las partidarias, son ambas cosas. La tradición supone una visión del pasado que se conecta, a manera de fundamento legitimante, con ciertos valores y prácticas presentes, comportamientos predeterminados y aún ritualizados. La tradición plantea precisamente una cierta relación entre el presente y el pasado, una lectura del pasado desde el presente, y una fundamentación del presente desde el pasado. Ahora bien, los muertos, muertos están. Ambas operaciones –recuperación del pasado y legitimación del comportamiento actual- son obra de los habitantes del presente –presente que cambia y deja de serlo permanentemente cierto es, pero presente al fin- que no dejan de hurgar en el pasado, para comprenderlo, o sea rehacerlo, releerlo convenientemente. Eric Hobsbawm (1984)⁸³ ha hablado de las “tradiciones inventadas” para referirse a esas prácticas presentes que implican una continuidad con un pasado: “Se entiende por tradición inventada el conjunto de prácticas normalmente regidas por reglas aceptadas en forma explícita o implícita y de naturaleza ritual o simbólica, que tienen por objeto inculcar determinados valores y normas de conducta a través de su reiteración, lo que automáticamente implica la continuidad con el pasado”⁸⁴. Aunque no coincido plenamente con el carácter estático, invariante, que el historiador inglés señala, al diferenciarlas de las meras costumbres, como

82 Gerardo Caetano y José Rilla (1995) "Izquierda y tradición ..." págs. 16 y 17.

83 Con Hobsbawm y con Anderson que cito más adelante sucede lo mismo que con buena parte de la literatura sobre la tradición política: está referida al tema de la nación y el nacionalismo. Por tanto, las categorías utilizadas están pensadas para otro asunto. Al aplicarlas al estudio de las tradiciones partidarias, se está haciendo una traslación a un campo para el que no fueron creadas. De cualquier forma, considero que esa aplicación funciona correctamente y contribuye al abordaje de la tradición de la izquierda.

84 Eric Hobsbawm (1984-1991) “La invención de tradiciones”.

distintivo de las tradiciones, la denominación que utiliza es plenamente acertada en tanto da cuenta del carácter de invento, de construcción deliberada, propio de las visiones del pasado a que remiten esas tradiciones.

Hobsbawn deja abierta la puerta a la existencia de otro tipo de tradiciones, pero lamentablemente no las desarrolla, al hacer la distinción entre las tradiciones inventadas y las demás, ¿no inventadas?, quizás acumulaciones espontáneas de prácticas sin reconstrucción deliberada e interesada del pasado. A los efectos del tema de este trabajo vinculado específicamente a las tradiciones políticas, entiendo que éstas siempre suponen una vinculación deliberada con el pasado, una operación de selección del pasado, y por tanto siempre son elaboraciones hechas desde el cambiante presente de quienes mantienen, transforman, descartan, en fin, inventan tradiciones. Esa dimensión de vinculación con el pasado es el aspecto de las tradiciones políticas sobre el que me centro en esta parte del trabajo: la invención de una tradición de la izquierda en tanto lectura y reconstrucción del pasado nacional que opera como fundamento legitimador de valores y comportamientos políticos actuales y se expresa además en un conjunto de objetos materiales y ceremonias de carácter simbólico y ritual.

Las tradiciones políticas incluyen entonces un conjunto de referentes que vienen del pasado y que son considerados como constitutivos, de la identidad de un sujeto colectivo (partido, localidad, nación). En el caso de las tradiciones políticas partidarias estas pueden ser -hay aquí un margen de variación que depende del uso que en cada caso particular se haga de la tradición partidaria- un fundamento destacado de su personalidad política. Junto con otros elementos (las referencias ideológicas, las definiciones programáticas, las modalidades de organización e integración político partidaria) la tradición completa el cuadro de componentes de la identidad partidaria, de aquello que distingue a un partido de los otros y también que le permite imaginarse como un sujeto colectivo unido por ciertos elementos religantes. Este último es un aspecto importante ya que el sentimiento de pertenencia, la identificación con el grupo, en este caso con el partido político, supone un componente imaginario que trasciende a las vinculaciones concretas materiales de los miembros entre sí y con la estructura orgánica del sujeto colectivo. En este sentido es

aplicable el concepto de “comunidad imaginaria” postulado por Benedict Anderson⁸⁵ para dar cuenta de ese sentimiento de “unión” que liga a los miembros más allá de las relaciones personales directas, un sentimiento que es creación humana, que es entonces invención. La tradición sería uno de los factores que contribuyen a la construcción imaginaria del grupo reforzando los lazos de pertenencia, la identificación grupal.

Ese conjunto de elementos tomados del pasado tiene una composición diversa que se pueden desagregar en dos grupos. En primer lugar, sucesos, actos, acontecimientos destacados del pasado. En este terreno la tradición tiene componentes épicos (los pequeños o grandes enfrentamientos bélicos o estrictamente políticas), místicos (las facultades extraordinarias de los líderes, el poder de las masas) y hasta heroicos (el arrojo, el valor y la entrega de los héroes partidarios). En segundo lugar, valores, definiciones, modalidades de acción, que forman parte de la trayectoria de un partido, las “posturas históricas” que trazan largas líneas de continuidad en el tiempo. En ambos casos, la composición de la tradición implica una mirada selectiva al pasado. La tradición no viene dada espontáneamente, es construida deliberadamente seleccionando determinados sucesos ocurridos, posicionamientos y definiciones asumidas en el pasado. En tanto construcción del presente, las tradiciones son cambiantes. Por ello, tanto se pueden producir acumulaciones, agregaciones por superposición, como también abandonos de ciertas tradiciones o componentes de ellas y sustitución por otros que luego podrán volver o no.⁸⁶

La tradición colorada exhibe como las demás un amplio repertorio. Entre los componentes del primer tipo, se ha identificado con hechos heroicos del pasado como el "episodio de Quinteros" o sucesos históricos aunque no estrictamente heroicos como el

85 Benedict Anderson (1983) “Imagined communities ...”.

86 Un ejemplo al respecto de esta mutabilidad de los componentes de las tradiciones partidarias lo da el Partido Nacional en su sucesión más reciente de tradiciones políticas: el herrerismo eclipsado por el wilsonismo (en definitiva retoño del nacionalismo independiente antiherrerista) y redimido luego en la simbiosis herrero-wilsonista que el propio Wilson comenzó a tejer durante su exilio y que se reafirmó desde 1984 a nuestros días. Todo ello en el marco de la tradición blanca o nacioalista, que de esa forma se va redefiniendo, reconstruyendo en períodos de tiempo no son excesivamente largos. Algo similar puede decirse del Partido Colorado, donde la tradición batllista vino a superponerse, ni qué hablar que no hay sustitución, sobre la vieja tradición colorada fundamentándose en ella y renovándola, en un sinuoso proceso que hoy hace prácticamente imposible discriminar una de otra ya que las otras vertientes, no batllistas, del coloradismo que podrían haber dado lugar a otra complejización de la tradición colorada fueron desapareciendo y sus herencias dejadas a un lado (por ahora).

Gobierno de la Defensa; con períodos importantes de la historia nacional como el primer batllismo y el neobatllismo); con personalidades destacadas de la historia política del siglo XX como José Batlle y Ordoñez y Luis Batlle Berres, y del siglo XIX como Fructuoso Rivera y Venancio Flores; con objetos y lugares símbolos como la divisa y la bandera coloradas, el edificio del diario "El Día", el sobretodo gris oscuro. Pero la tradición colorada no se agota en los referentes de este tipo, también incluye componentes del segundo grupo. En ese plano, se la ha identificado con ciertas modalidades de acción política y de convocatoria ciudadana como ser la asociación al aparato estatal y al gobierno (partido del estado, partido de gobierno) y la preferencia por la acción política u gubernativa centralizada. Todo esto forma parte de la tradición colorada e ilustra acerca de esa doble composición de las tradiciones políticas⁸⁷, que no se reducen a sucesos del pasado, mitos, símbolos, figuras, sino que incluyen definiciones y modalidades de la acción política.

Lo mismo sucede con la tradición blanca. Entre los elementos tradicionales del primer orden se encuentran sucesos heroicos como el "sitio de Paysandú", la "bala de Masoller" y acontecimientos o períodos históricos como el Gobierno del Cerrito; figuras emblemáticas como Juan Antonio Lavalleja, Manuel Oribe, Aparicio Saravia, Luis Alberto de Herrera, Wilson Ferreira Aldunate; objetos, lugares y costumbres de contenido simbólico como la divisa y la bandera blancas, el poncho blanco, El Cordobés, la "caballería gaucha". En el segundo orden de componentes, la tradición blanca también incluye ciertas formas de comportamiento político pasadas o presentes como ser la acción revolucionaria desde el llano, la lucha por las garantías electorales y la cristalinidad del sufragio. Trabajando sobre estas visiones amplias de las tradiciones partidarias uruguayas, se han propuesto diversos ejes y categorías para comparar las tradiciones blanca y colorada: ruralismo-urbanismo, europeismo-americanismo, modernismo-tradicionalismo, doctoralismo-caudillismo.⁸⁸

87 Aunque remito estas afirmaciones a las tradiciones políticas, las mismas seguramente sean válidas para otras tradiciones. Pienso por ejemplo en las deportivas, más estrictamente las futbolísticas tanto nacionales (la del seleccionado "charrúa" y su otrora temible "garra") como clubísticas (nacionalófila y carbonera especialmente).

88 Romeo Pérez (1984) sintetizó y ordenó este tipo de comparaciones en su artículo "Los partidos en el Uruguay moderno". Por su parte Carlos Pareja (1989), trabajando sobre el eje de los modos de acción y convocatoria política en el Río de la Plata, formuló la dicotomía jacobinismo-polifonía, sugiriendo la

Concretándonos a la relación de la izquierda uruguaya con el tradicionalismo político, la misma ha cambiado en el período 1984-1999 sobre la base de antecedentes de envergadura que eclosionaron entre 1971 y 1973. La izquierda, en Uruguay y el mundo, tuvo un problema elemental respecto a la tradición. Este problema se relacionaba con las concepciones acerca del carácter revolucionario del cambio social o mejor, del carácter rupturista de la revolución soñada. En tanto predominaba en la izquierda la concepción de sí misma como fuerza revolucionaria rupturista, perduraba una problemática relación con el pasado, un pasado negativo a ser superado, la visión de lo nuevo como negación de lo viejo. Dentro de tal esquema de pensamiento, la tradición en sentido amplio quedaba identificada con el pasado a sepultar. La izquierda asumió una postura de denostación y rechazo general de las tradiciones, excepto aquellas específicamente identificadas con su propio itinerario político y social.

En Uruguay, en términos generales, las organizaciones de izquierda tuvieron una postura de rechazo frente a buena parte de las tradición política nacional (asociada a la construcción y supervivencia de la “democracia burguesa” a superar), así como frente a las tradiciones blanca y colorada (vistas como fundamentos vacíos de partidos destinados a desaparecer). El discurso público de la izquierda antes del golpe de estado de 1973 (a pesar de la innovación producida en 1971) da muestras permanentes del uso descalificante del adjetivo “tradicional” (lo tradicional, partido tradicional, política tradicional), identificado con aquello que la izquierda estaba llamada a superar. La izquierda se veía y planteaba a sí misma, entre otras cosas, como la superación del tradicionalismo político en el Uruguay ⁸⁹, representado por los partidos tradicionales. Líber Seregni, que sin embargo fue una figura clave en la modificación de la relación de la izquierda con la tradición nacional a partir de 1971, insistía en sus discursos del período 71-73 acerca del agotamiento de los partidos

pertinencia de comparar la política colorada (jacobina, centralista-unitaria) con la política blanca (polifónica, descentralizadora). "Polifonía y jacobinismo en la política uruguaya".

89 Una vez más, temeroso de la interpretación que el lector pueda atribuir a estas compactas afirmaciones, reitero que las mismas habitan el planeta de la generalidad. Siempre hay casos que se salen de ese plano y que plantean a veces una alternativa frustrada, y otras el anuncio de un desarrollo futuro. Precisamente en este tema de las difíciles relaciones de la izquierda uruguaya con el tradicionalismo político nacional, hay excepciones antes del 1973 y aún antes de 1971 a los largo de las tres décadas precedentes, que son verdaderos anuncios, antecedentes del cambio que se gestaría con la fundación del Frente Amplio y se confirmaría plenamente luego de 1984.

tradicionales como fundamento de la “necesidad” histórica del nacimiento y desarrollo del Frente Amplio: “La oligarquía controla totalmente a ambos partidos porque no tiene otro partido que contra el pueblo, y el pueblo ya no tiene lugar en los viejos lemas ... Los hombres progresistas y populares del Partido Colorado y del Partido Nacional ... que quieren ser fieles a su pueblo, comprendieron que tenían que romper el cascarón vacío de los viejos lemas y unirse con las otras fuerzas populares y progresistas, que ya no importan los cintillos ... de un lado está la oligarquía blanca y colorada del otro lado el pueblo ... Esa es la verdad ...”⁹⁰

El antitradicionalismo jugaba incluso dentro de la izquierda, como recurso acusatorio en las disputas entre diversas corrientes. Con frecuencia, cuando desde la izquierda se calificaba críticamente a los partidos comunista y socialista, se hacía referencia a ellos como la "izquierda tradicional" con un cierto tono despectivo hacia los dos partidos más viejos de la izquierda uruguaya. Era común que los grupos pertenecientes al campo de la que se denominaba en la época izquierda independiente, nacional, o nueva izquierda, se refirieran a la "otra" izquierda, comunista y socialista, como la izquierda tradicional. De esta forma, al tiempo que existía un bipartidismo tradicional blanco y colorado, dentro de la izquierda también se identificaba también críticamente un bipartidismo tradicional. Testimonio instintivo, de la problemática relación de la izquierda con el tradicionalismo.

El conflicto de la izquierda con la tradición, se vincula a su vez con una cierta concepción de las vinculaciones entre política, razón y tradición. La izquierda se imaginaba a sí misma como opción política racional contrapuesta a la política tradicional. Esta contraposición albergaba una identificación, paradójicamente prejuiciosa, entre tradición e irracionalismo. A partir de la antítesis irreconciliable de razón y tradición, la acción política racional⁹¹, política de izquierda, era automáticamente entendida como política no tradicional. Este cadena de contraposiciones y asociaciones constituía por sí mismo un

90 Germán Wettstein (1984) “La autoridad del pueblo. Líber Seregni” (recopilación de discursos de Seregni pronunciados entre 1971 y 1973), págs. 35-36.

91 Al usar aquí la acepción “política racional” lo hago estrictamente para analizar su frecuentada contraposición con “política tradicional”. No debe confundirse por tanto con el sentido que Eric Hobsbawm le asignara al hablar de “izquierda racional” como contrapuesta a “izquierda emotiva”, en una acepción totalmente distinta de la aquí planteada. Al respecto de esta otra noción de política racional véase Eric Hobsbawm (1989-1993) “Política para una izquierda racional”.

espectacular prejuicio –así resulta visto desde hoy- aunque se planteara exactamente al revés. Este posicionamiento de la izquierda era fuertemente irracional, no partía de un razonamiento acerca de las tradiciones como conjuntos de acumulaciones de saberes, de formas de proceder, de modos de convocatoria ciudadana, sino que las tomaba automáticamente como un conjunto de prejuicios que nublaban la razón encubriendo la verdad histórica. Seguramente por ello los partidos de izquierda aceptaban gustosos y promovían el rótulo de "partidos de ideas" como elemento que los distinguía de los otros que entonces se supone no tendrían ideas, sino simples preconcepciones, como ser las tradiciones.

En esos términos se había planteado la cuestión durante varias décadas, desde el origen de la izquierda uruguaya hasta que el golpe de estado clausurara la vida política nacional. Veamos cuál es el estado del asunto luego de la experiencia dictatorial, en el período en que se centra este trabajo. A partir de la redemocratización y a lo largo de los quince años transcurridos de entonces a hoy, la izquierda uruguaya procesó un replanteamiento radical de aquella visión negativa de la tradición. El cambio es tan espectacular que hoy es posible señalar que el Frente Amplio quizás sea el más tradicional de los partidos uruguayos. No sólo ha estado elaborando una tradición política propia, sino que hace de ella un uso intensivo, en tanto recurso relevante tanto de la identificación y cohesión partidaria, como de la acción política y su legitimación. La incorporación del tradicionalismo político ha sido tan fuerte que en este terreno el señalamiento de la tradicionalización del Frente Amplio es una caracterización tan evidente como incuestionable. En una mirada comparativa con los cambios que blancos y colorados han experimentado en relación con sus propias tradiciones, seguramente el partido frenteamplista pueda verse más tradicionalizado que los viejos partidos tradicionales uruguayos.

Este fenómeno tiene, en cierta forma un origen espontáneo, ya que es el resultado de la acumulación de una peripecia histórica propia. El Frente Amplio dispone de una historia de casi treinta años, lo suficientemente extensa como para albergar un conjunto de experiencias, acontecimientos, personalidades, lugares y símbolos que constituyen una

memoria partidaria disponible, un arsenal histórico propiamente frenteamplista⁹². Pero lo más importante para explicar la emergencia de esta transformación, es que más allá de esa espontánea acumulación de una historia partidaria lo suficientemente extensa, ha habido en estos quince años una auténtica invención de tradición, deliberada construcción de una tradición frenteamplista a partir de esa historia vivida. Un operativo político conveniente, en tanto supuso fijar raíces, anclajes propios en el pasado nacional, a través del cual la izquierda obtiene varios recursos políticos: una fuerte cohesión interna, una diferenciación respecto los otros, una imbricación simbólica y concreta con la sociedad y la política nacional que le permitió romper más plenamente con los vestigios de la vieja ajenidad políticamente inhibitoria, en los hechos abandonada por medio de la integración política de la izquierda procesada en los mismos años.

Sería un error de apreciación histórica, considerar que esta es una novedad absoluta del período abierto en 1984. Por el contrario, registra antecedentes especialmente relevantes en el período 1971-1973. La fundación del Frente Amplio es el acontecimiento que marca el momento preciso en que estas tendencias comienzan a trazar un innovación contundente en la relación de la izquierda con la tradición, aún cuando como ya señalara esta innovación conviviera con fuertes vestigios del viejo antitradicionalismo. Como siempre sucede en las instancias de transición, lo nuevo y lo viejo conviven hasta que o se consolida la novedad o se retrae frente a la continuidad, o da lugar a una síntesis que de cualquier forma implica un cambio una vía de superación del orden de cosas anterior. Aquel proceso de cambio se vio bloqueado, como tantas otras cosas, por la clausura política de 1973 y tardaría once años en volver a desplegarse y finalizar la transición entonces iniciada. Más allá de esta peripecia, el punto es que en verdad, el posicionamiento del Frente Amplio entre 1971 y 1973

92 En este sentido, un estudio del electorado frenteamplista por edad podría aportar otra forma de ver la tradicionalización. Más allá del hecho de que luego la tradición se trasmite de generación en generación, quienes vivencian la historia partidaria en que se basa la tradición propia, son parte de esa misma historia y de la tradición a que da lugar. Si esto es correcto, los votantes frenteamplistas debieran predominar entre aquellos que se socializaron políticamente a partir de 1971 y especialmente a partir de 1984. Por otra parte, un estudio por edad y por filiación política familiar podría aportarnos información sobre un aspecto que no abordo en este trabajo: la modificación de las pautas de socialización política familiar de los uruguayos y su repercusión sobre el desempeño electoral de la izquierda. Se ha señalado (lamentablemente no puedo señalar en este momento la referencia bibliográfica correspondiente) que en las familias de padres frenteamplistas los hijos mayoritariamente se vuelven votantes frenteamplistas, mientras que en las de padres votantes blancos o colorados no se constata esa herencia política e incluso se verifica crecientemente el caso inverso, los padres se suman a la preferencia electoral frenteamplista de sus hijos.

respecto a la tradición política nacional y aún a las tradiciones blanca y colorada no era de absoluta ruptura y ajenidad. Al examinar los discursos y declaraciones de la primera hora del FA, especialmente de Líber Seregni, se comprueba que, si bien hay una condena de los partidos tradicionales en su versión contemporánea, al mismo tiempo son constantes las apelaciones al pasado y a las tradiciones nacionales y al pasado y las tradiciones blanca y colorada, con un punto claramente privilegiado en la reivindicación del artiguismo convenientemente prepartidario: "...Hemos tenido una verdadera obsesión con nuestra continuidad nacional. Hemos nacido afirmando esa continuidad. Desde nuestra bandera frenteamplista, desde nuestra base artiguista, señalando que proseguimos a Artigas en sus grandes tareas, pues son todavía incumplidas. Y mucho hemos recordado a los Treinta y Tres orientales, a Lavalleja, Oribe y Rivera, como ejemplo del gran frente amplio de los tenientes de Artigas...".⁹³ De esta forma, con la fundación del Frente Amplio y bajo el liderazgo de Seregni se operó un cambio relevante en la visión y la relación de la izquierda uruguaya con la tradición. Los antecedentes de esta transformación podrían remontarse hasta la década del 50, pero a los efectos de este trabajo lo que interesa es señalar su continuidad y profundización a partir de 1984 cuando dio lugar a la efectiva tradicionalización del Frente Amplio (entendida como plena adopción del tradicionalismo político) incorporando a la tradición propia no sólo de artiguista sino también la nacionalista, la batllista y últimamente la neobatllista. En los apartados siguientes se estudian los contenidos específicos de esta "tradición inventada", la tradición frenteamplista, comenzando por la relectura del pasado nacional y el replanteamiento de la relación con las otras tradiciones partidarias.

93 Germán Wettstein (ed.) "La autoridad ...", págs. 39-40.

Historia y tradiciones

El nacimiento del Frente Amplio y su desempeño en los casi treinta meses que mediaron hasta su ilegalización, marcaron un momento de inflexión en dos aspectos estrechamente asociados a la vinculación de la izquierda con el pasado: reconstrucción histórica (tratamiento de y posicionamiento en la historia nacional) y relación con las tradiciones ajenas (blanca y colorada). Desplegó desde el comienzo un fuerte impulso tradicionalista incorporando esta veta como uno de los componentes fuertes de su prédica y accionar político. Este giro tradicionalista que, de la mano del frenteamplismo, pegara la izquierda uruguaya a partir de 1971, recogió acumulaciones iniciadas años atrás en algunas corrientes de la izquierda y algunos núcleos intelectuales vinculados a ella.

De aquí en adelante este trabajo invoca recurrentemente y a veces cita en forma indistinta a figuras de la izquierda política y a intelectuales, especialmente historiadores, con diversos grados de vinculación a aquella, que van de la pertenencia orgánica a la simple afinidad sin compromiso de ningún tipo. Cabe en este sentido una precisión, ya que podría resultar arbitrario este manejo indistinto de opiniones que vienen de la izquierda partidaria y de la intelectualidad como si se tratara de una misma fuente. Considero que este procedimiento se justifica en el hecho de que efectivamente hubo (especialmente en los años 60) una comunicación intensa entre ambos planos (el político y el intelectual). En su reubicación frente al pasado nacional, la izquierda se inspiraba en la producción de los historiadores revisionistas (en sentido amplio, no restringido estrictamente al “revisionismo histórico”⁹⁴) y al mismo tiempo emitía señales que impulsaban a estos a transitar por ciertos temas y períodos con nuevos enfoques. En el desempeño académico de

94 Hacia la década del cincuenta, la historiografía uruguaya conoció su propio “revisionismo” (Washington Reyes Abadie, Tabaré Melogno, Oscar Bruschera, Vivián Trías, Carlos Machado, entre otros) que se prolongaría en los sesenta mostrando gran sintonía con la orientación del argentino (Ernesto Palacio, Jorge Abelardo Ramos, José María Rosa, por sólo mencionar algunos de los muchos de la prolífica corriente) que se desarrolló contemporáneamente. Entre otros aspectos, ambos tuvieron de común el de cuestionar, revisar, sus respectivas “historias oficiales” releendo el itinerario histórico nacional e identificando un “proyecto frustrado”, luego ocultado o distorsionado por esa historia oficial contra la que los revisionistas se erigieron. Mientras que en el caso uruguayo el destino frustrado de la nación fue el del artiguismo, los revisionistas argentinos encontraron el suyo en el rosismo. La literatura revisionista abrió así el camino que en las décadas del sesenta y setenta transitarían los historiadores que extremaron la revisión y revalorización del artiguismo (especialmente Lucía Sala, Julio Rodríguez, Nelson de la Torre y, en menor medida, José Pedro Barrán y Benjamín Nahum). Para una presentación sintética pero bien abarcativa del revisionismo y de su lugar en la historiografía uruguaya puede consultarse Carlos Real de Azúa (1969) “El Uruguay como reflexión”.

su oficio, los historiadores iluminaban viejos asuntos con nuevas miradas produciendo un material que alimentaba la renovación del enfoque histórico de la izquierda, al tiempo que se veían motivados por el clima político y cultural a que daba lugar esa misma renovación proveniente de las estructuras orgánicas de la izquierda. Había entonces un diálogo, una comunicación implícita entre la izquierda partidaria y la intelectualidad “crítica” que considero me habilita a proceder de la forma en que aquí lo hago.

El núcleo central de la reconstrucción histórica ensayada, el rescate y relectura del artiguismo desde la izquierda, aunque se transformó en un componente relevante de su discurso público y su interpretación y ubicación en la historia nacional, no fue una invención frenteamplista. Esa revalorización se había iniciado hacia mediados de los cincuenta y desplegado en los sesenta desde diversos ámbitos de la izquierda política y la intelectualidad. El Partido Comunista luego de la renovación que iniciara a mediados de los 50 ensayó la incorporación y exaltación de un Artigas revolucionario social. Seguramente estimulados por ese lineamiento político, que se habrá agregado a sus inclinaciones personales, en los años sesenta un equipo de historiadores vinculados a ese partido (Lucía Sala, Julio Rodríguez y Nelson de la Torre) llevó adelante la más profunda investigación que hasta hoy se conoce sobre el período colonial, la revolución artiguista y los primeros años del Uruguay independiente⁹⁵.

Esta reubicación frente al pasado nacional desde la izquierda comunista, confluyó en esa década del sesenta con impulsos similares y aún anteriores de otros grupos de izquierda y núcleos intelectuales. Unos tres años antes de la difusión de la mencionada investigación, los entonces jóvenes y desconocidos historiadores José Pedro Barrán y Benjamín Nahum habían dado a conocer una breve obra, la primera de su autoría conjunta,

Al pasar por este problema es ineludible señalar que el semanario “Marcha” jugó un papel fundamental en todo este proceso. Un estudio específico del itinerario de esta comunicación entre intelectuales críticos e izquierda en Uruguay, y en particular sobre el rol de “Marcha”, se encuentra en la obra de Gustavo de Armas y Adolfo Garcé (1997) “Intelectuales y política en el Uruguay del siglo XX”.

95 La investigación mencionada se llevó adelante en el ámbito del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Humanidades (Universidad de la República). Los resultados de la misma fueron publicados entre 1967 y 1972 por Editorial Pueblos Unidos de Montevideo en varios volúmenes: “Artigas, tierra y revolución” (1967), “Estructura económico-social de la colonia” (1967), “Evolución económica de la Banda Oriental” (1968), “La revolución agraria artiguista (1815-1816)” (1969), “La oligarquía oriental en la Cisplatina” (1970, en colaboración con Rosa Alonso), “Después de Artigas (1820-1836)” (1972).

sobre el artiguismo⁹⁶. Vista desde ahora, esa publicación constituye un verdadero anuncio de la línea reinterpretable señalada cuyos ejes creo que pueden sintetizarse en cuatro puntos: la preocupación por los fundamentos económicos y sociales del devenir histórico; la centralidad de los sujetos sociales colectivos (“las masas populares”) en los procesos históricos; el carácter revolucionario, o por lo menos profundamente transformador y la intención social progresista de ciertos hitos de nuestro pasado; y por último el fracaso, el carácter frustráneo de esos ensayos transformadores⁹⁷. En el terreno estrictamente político, también el Movimiento de Liberación Nacional participó por esos mismos años de la misma valoración y uso del artiguismo como centro de la relectura izquierdista de nuestra historia nacional, llevándole al plano simbólico en la bandera del grupo.⁹⁸

El Frente Amplio al retomar estos antecedentes y desarrollarlos con una potencia mucho mayor, inició una incorporación plena del tradicionalismo político, que va a romper el predominio de la veta racionalista e ideológica. Este impulso tradicionalista que replantea las relaciones y el posicionamiento de la izquierda frente al pasado nacional, da lugar a la articulación de una nueva lectura de la historia nacional y de las tradiciones. La nueva formulación, reconstrucción, histórica se remonta a un origen artiguista de la nación de contenido popular, nacional y democrático, con el que el Frente Amplio se identifica. Aquel movimiento revolucionario convenientemente rescatado en sus claves antioligárquicas y antimperialistas, remonta al origen mismo de la nación oriental la

96 “Bases económicas de la revolución artiguista” (1964).

97 Invito al lector a retener estos cuatro pilares de esas revisiones historiográficas confluyentes con las renovaciones de la izquierda política en su relación con el pasado y la historia nacional. Los mismos ejes serán luego aplicados a otros momentos y fenómenos de la historia nacional dando lugar a nuevas versiones de nuestra historia con las que la izquierda continuó alimentando su reconstrucción histórica. En particular, esto es válido para la el estudio e interpretación del batllismo que se desarrollará en las dos décadas siguientes (70 y 80) cuyo centro es la monumental obra de Barrán y Nahum sobre la que volveré más adelante. Con el batllismo, izquierda e historiadores, reeditando la experiencia del artiguismo, volvieron a confluír sobre un período y un asunto destacado del pasado nacional desde ópticas y preocupaciones sintonizadas. Sin embargo, al margen de estas coincidencias y complementariedad de enfoques entre la obra de los historiadores comunistas y la de Barrán y Nahum debe señalarse que estos últimos tenían una ubicación política bien distinta. Para empezar, aún tratándose de “gente de izquierda” no se trata de “orgánicos” de ningún partido de izquierda y su obra historiográfica no puede ser asociada a un proyecto político en particular. En segundo lugar, su trayectoria historiográfica posterior, muestra una viraje desde una visión económico-social de la historia (visible en su libro sobre el artiguismo de 1964 y en su “Historia rural...” publicada entre 1967 y 1978) a una mirada más amplia y abarcativa que, estudiando al batllismo y tratando de explicarse su derrota, terminará reconociendo y abordando la especificidad de los fenómenos políticos y culturales. Sobre este punto vuelvo más adelante al considerar la producción historiográfica acerca del batllismo y su incorporación por la izquierda.

98 La bandera oficial de Artigas con el logotipo del grupo superpuesta en el centro.

identificación primera de la izquierda frenteamplista. El discurso público de la nueva fuerza política nacida en 1971, en la voz de Seregni, se movía machaconamente en la identificación con el artiguismo, el rescate de la figura de Artigas, la invocación de sus definiciones, el uso frecuente de sus frases en los actos públicos y documentos del Frente Amplio, el uso de las fechas vinculadas a la epopeya artiguista como momentos de conmemoración del propio Frente Amplio, la simbología, la imagen de Artigas que aparece en la documentación, en el material impreso y propagandístico, la bandera de Otorgués. Toda esta exaltación no sólo operaba como reposicionamiento de la izquierda ante el pasado y como apropiación de elementos de la tradición nacional, sino que además contribuía a la creación de un cierto misticismo reforzador de la identificación de la nueva fuerza. Llegando al extremo de este fenómeno, en el primer acto callejero masivo realizado el 26 de marzo de 1971 Líber Seregni cerró su discurso con un llamado hasta entonces insólito para buena parte de la izquierda vernácula: “¡Padre Artigas, guíanos!” fue el grito que cruzó aquella nocturna explanada municipal en una experiencia que bien podría calificarse de casi religiosa.⁹⁹

En el relato histórico de la izquierda, luego de la derrota del artiguismo en 1820, habría sobrevenido un período signado por el antiartiguismo, un tramo oscuro del pasado nacional con el Frente Amplio no sólo no se identifica sino que reniega de él. El artiguismo había sido derrotado y de paso algunos de los futuros conductores de los bandos tradicionales aparecían implicados en esa derrota, especialmente Fructuoso Rivera que colaboró con los invasores y ocupantes primero portugueses y luego brasileños. La traición se habría prolongado luego, aunque en sentido figurado, cuando establecido el estado independiente a partir de 1828-1830, los primeros gobiernos encabezados por Fructuoso Rivera y Manuel Oribe pronto identificados con los bandos tradicionales, no sólo no retomaron el camino revolucionario del artiguismo sino que lo habrían renegado de él, en las ideas y en los actos de gobierno, fundamentalmente con respecto a la política de reparto de tierras ejecutada entre 1815 y 1816. En esta lectura histórica de la izquierda, así se clausuraba el período revolucionario quedando entonces pintado el artiguismo como un

⁹⁹ Líber Seregni. Cierre del discurso pronunciado en la explanada municipal montevideana el 26 de marzo de 1971.

proyecto frustrado, o -mejor- inconcluso, esperando su valiente príncipe político que le despertara del letargo forzado.

Se trataba de una reconstrucción especialmente conveniente para la izquierda ya que ubicada un pasado revolucionario con el que la izquierda se autoidentificaba y al mismo tiempo dejaba mal parados a los entonces apenas insinuados bandos tradicionales con cuyos herederos el Frente Amplio pretendía lidiar. Para armar este “adecuado pasado” la izquierda había recogido los frutos de la investigación histórica de la época que le daban bases apropiadas por haberse orientado en esa misma dirección. Podrían citarse muchos ejemplos de convergencia entre el discurso de la izquierda y la producción historiográfica sobre este punto. Veamos uno acerca de esa connivencia de los fundadores de los bandos tradicionales con la traición y el abandono del artiguismo. En el capítulo final del volumen que clausura su obra mayor, los historiadores Lucía Sala, Julio Rodríguez y Nelson de la Torre analizando el destino de los repartos de tierras artiguistas señalan “El gobierno de Oribe en definitiva no transitó por caminos divergentes a los ya recorridos por su antecesor el General Rivera. Ambos por igual confirmaron una orientación que los trascendía y que venía de lejos: la herencia revolucionaria artiguista debía ser aniquilada ...”. El libro, publicado en 1972, termina con una acusación-exhortación que no requiere comentario acerca del argumento que vengo señalando: “La historia es la memoria de un pueblo. Y un pueblo debe apelar a la suya en cada encrucijada. Vuelta la mirada al pasado nos encontraremos con hombres entrañables y hasta ahora desconocidos ... sus hazañas de hombres pobres, sencillos, desvalidos y fieros, habrían de atravesar todos los amaños, injusticias y chicanas de la historia fabricada por una clase que mil veces traicionó la patria y a los hombres, no permitieron que su legado artiguista se perdiera ... Nadie. Nadie tiene fuerzas ni ganas de olvidarlo”.¹⁰⁰

Entre esta línea historiográfica y la reconstrucción histórica frenteamplista de la primera hora hay una fuerte sintonía. Dirá Seregni por los mismos años “¿Por qué

100 “Después de Artigas” (1972), págs. 225, 258 y 259. Esta hipótesis de una ruptura contrarrevolucionaria antiartiguista de la que los bandos (luego partidos) tradicionales habrían participado puede rastrearse también en otras obras históricas de la época como la de Carlos Machado (1972) “Historia de los orientales” o aún más recientes como artículo de José Pedro Barrán (1986) “El antiartiguismo y el miedo a la revolución social en 1825” que testimonio al mismo tiempo su continuidad luego de la dictadura.

afirmamos nuestra índole artiguista? ... Con Artigas nació un pueblo unido, Artigas fue la primer unidad popular del Uruguay. Fue el primer Frente Amplio del Uruguay ... Hoy el país ... está arruinado porque sus enemigos, los mismos que combatió Artigas, se encaramaron en el poder y desde el poder arruinaron al país”¹⁰¹. A diferencia de la obra de historia anteriormente citada, y esta no es una aclaración trivial, Seregni no ataca sino que rescata las figuras fundacionales de los partidos tradicionales (Rivera, Lavalleja, Oribe) como “tenientes de Artigas”. No es que falte la acusación a blancos y colorados sino que esta se Traslada a la segunda mitad del siglo XX cuando estos partidos habrían traicionado no sólo al artiguismo sino a sus propios fundadores decimonónicos. De cualquier forma, ambas lecturas, la historiográfica y la política coincidían en la identificación con un proyecto revolucionario frustrado, al que antes o después, blancos y colorados habían traicionado.

A pesar de este pecado original imputado a los partidos tradicionales, luego la selectiva mirada histórica de la izquierda va a posarse sobre algunos elementos especialmente valorizados de las tradiciones blanca y colorada. En el caso del Partido Colorado, el batllismo y el neobatllismo, fundamentalmente el primero que bajo el liderazgo de José Batlle y Ordoñez había impulsado un reformismo centrado en la transformación económica y social. Y en el caso del Partido Nacional, lo tradición revolucionaria en dos vertientes: la veta nacionalista americanista y la veta democrática que impulsó la purificación del sistema electoral y la consagración de garantías para las minorías.

La incorporación de la tradición blanca retomaba algunas notas derivadas de la renovación del Partido Socialista en los años cincuenta y sesenta que bajo el liderazgo de Viviani Trías (quizás no por casualidad profesor de historia) abrió cause a un reposicionamiento respecto al pasado nacional, exhibiendo una particular afinidad hacia la tradición nacionalista blanca. Los socialistas se alejaban así de la impronta frugoniana que desplegara una franca distancia con esa tradición y una mayor sensibilidad, aunque de tono antitradicionalista, hacia el coloradismo en sus facetas modernizantes y reformistas.

101 Germán Wettstein (1984) “La autoridad del pueblo ...”, págs. 42 y 44.

Tampoco debe dejar de considerarse como antecedente en este terreno, el recurso a la veta blanca nacionalista por parte del MLN expresada en la invocación frecuente a la figura y acción revolucionaria de Aparicio Saravia y el uso de alguna de sus consignas (“habrá patria para todos o para nadie”) y en la más concreta integración a su dirección de un José Mujica proveniente de las filas de la Lista 41 del Partido Nacional (el ahora diputado frenteamplista, antes que tupamaro fue secretario del por entonces herrerista Enrique Erro en tiempos en que los blancos eran gobierno).

A partir de estos antecedentes que el Frente Amplio retoma, se desarrolla una línea interpretativa de la historia nacional, que la izquierda utilizará para proclamarse a sí misma no sólo como la continuación histórica del artiguismo traicionado e inconcluso, sino también como síntesis y prolongación de las tradiciones nacionalista y batllista al tiempo que acusaba a los partidos tradicionales de haberlas traicionado. En una nueva confluencia e intercambio entre izquierda política e historiadores, se va a profundizar una aproximación a la historia uruguaya, que toma del Partido Colorado: la tradición del reformismo económico y social del batllismo, el estatismo, el progresismo, la identificación con los sectores populares; y del Partido Nacional: el reformismo político, la purificación del sistema electoral, las garantías para las minorías, el perfeccionamiento de la democracia política por un lado, y la tradición propiamente nacionalista (antimperialista) por otro.

Esta relectura del pasado y nueva forma de relacionarse con las tradiciones blanca y colorada iniciada en los sesenta y potenciada con el frenteamplismo quedó bloqueada en 1973 para la izquierda política. Sin embargo, durante la dictadura y aún después, la producción historiográfica uruguaya dio un salto notable en el conocimiento de las primeras décadas del siglo veinte y resultando una confirmación de aquella interpretación. La izquierda restaurada en 1984 retomará la innovación bloqueada en 1973 contando para ello con una base historiográfica ampliada, renovada pero confirmatoria de la línea trazada. A lo largo de diez años, entre 1979 y 1987 (entre la dictadura y la democracia) los ya no tan jóvenes ni mucho menos desconocidos José Pedro Barrán y Benjamín Nahum fueron dando a conocer los resultados de su investigación sobre el primer batllismo a través de la

impresionante serie titulada “Batlle, los estancieros y el Imperio británico” (8 tomos publicados por Ediciones de la Banda Oriental). A mi juicio, Barrán y Nahum abordaron el estudio e interpretación del batllismo basándose en los mismos cuatro pilares mencionados anteriormente para el caso de los estudios sobre el artiguismo de los años sesenta y primeros setenta: el carácter transformador (revolucionario en un caso, reformista en otro); el fundamento económico y social del proceso; el papel de los sujetos colectivos (clases sociales, masas populares) y la inclinación “popular” del movimiento; la frustración de las intenciones declaradas (el freno del impulso según expresión acuñada por Carlos Real de Azúa¹⁰² y trabajada por Barrán y Nahum). A ello agregaron dos innovaciones fundamentales respecto a la producción historiográfica anterior (incluida su propia obra), que abrirían caminos nuevos dentro de la disciplina histórica: una mirada mucho más atenta a la especificidad y aún la centralidad de los fenómenos políticos y una incorporación de la temática cultural, completando de esa forma una aproximación al pasado mucho más amplia aunque lo económico-social siguiera jugando como fundamento último o por lo menos preponderante del proceso histórico.

A partir de 1916 el reformismo batllista llegó a su fin y se inició una peculiar experiencia que combinó el conservadurismo económico-social y la democratización política, mixtura definitoria de los años veinte a la que Barrán y Nahum aplicaron la denominación (tomada de la historiografía argentina donde tenía un sentido distinto) de “república conservadora”. Completando este recorrido, Gerardo Caetano¹⁰³ avanzó por la

102 Carlos Real de Azúa (1964) “El impulso y su freno ...”.

El tomo 1 de la serie “Batlle, los estancieros ...” (1979-1987) titulado “El Uruguay del novecientos” (1979) es un vastísimo muestrario de esta amplitud innovadora que Barrán y Nahum introdujeron en el oficio de los historiadores uruguayos. En particular interesa señalar que cuando en el tomo final de esta serie titulado “La derrota del batllismo, 1916” (1987), intentaron explicar la derrota del batllismo en 1916 la cuestión democrática e institucional se volvió central. De esta forma con la serie “Batlle ...” se cerraba (?) el recorrido que partiendo en 1964 desde una visión historiográfica centrada en el fundamento económico social de los procesos sociales (las “Bases económicas ...” 1964 y la “Historia rural...” 1967-1978) llegaba en 1987 a una concepción en que los procesos históricos son abordados con una mirada multifacética que incorpora lo político y lo cultural, reconociéndoles especificidad y volviéndolos incluso centrales para ciertos periodos y problemas.

103 Gerardo Caetano (1992 y 1993) “La república conservadora” (actualización y ampliación de una investigación anterior cuyos resultados habían tenido una restringida difusión a través algunos “avances” publicados por el CLAEH en 1983 y 1985 cuando la investigación y publicación de los ocho tomos de la serie Barrán y Nahum estaba en proceso). La categoría “república conservadora” aplicada a la historia uruguaya por Barrán y Nahum y desarrollada por Caetano alude precisamente a una cierta forma de relación, diría yo “inversamente proporcional”, entre el reformismo político y el reformismo económico-social que se consagró en el Uruguay de los años 20 del presente siglo.

misma senda indagando en profundidad los años veinte, en una línea interpretativa similar a la descrita, aunque decididamente más volcada al análisis de los fenómenos políticos, también obsesionada en la búsqueda de las razones por las que el reformismo batllista se había bloqueado: “Tal vez, la sociedad uruguaya y las modalidades de desempeño de sus actores, los rasgos de la cultura política y la fuerte matriz liberal que ya por entonces caracterizaba al sistema político en su conjunto, no ambientaban en 1916 otro tipo de desenlace ...”¹⁰⁴

Con este recorrido historiográfico se consolidó una visión del batllismo como movimiento político reformista que había desplegado un nuevo proyecto de transformación económica y social del Uruguay: “El elenco político que gobernó el país entre 1903 y 1915, dominado por la personalidad de José Batlle y Ordóñez, cuestionó el orden económico y social del Uruguay del novecientos ... Fue ese elenco político del novecientos el protagonista de lo que ... denominaremos reformismo, es decir, la tendencia a promover el cambio más o menos radical de los modelos económico, sociales y mentales dominantes, sin recurrir a la violencia”¹⁰⁵. El reformismo batllista se había propuesto la transformación económica y social del Uruguay con una sensibilidad especial por los sectores populares, pero si bien había contado para aplicar parte de sus planes con el control del estado, se había visto bloqueado, una vez más, frustrado por la acción del imperialismo de afuera y los conservadores de adentro: “El reformismo primero había sufrido el freno imperial en 1911, luego el freno financiero en 1913-14, y ahora, el freno político ... Así, a la república reformista sucedió la república conservadora. En este sentido, 1916 fue el fin del sueño radical y el despertar a una realidad dominada por la condición dependiente ... por el poder de jaque mayor que el esperado de las clases altas ...”¹⁰⁶. Luego de la dictadura, la izquierda haría la traducción política de este avance historiográfico. En este intento de transformación frenada, encontraría un segundo cabo suelto para rescatar del pasado nacional, más cercano y reconocible que el primero. En base a estas consideraciones me arriesgaría a decir que el batllismo se volvió para la izquierda de los ochenta y noventa, lo que el artiguismo fuera en la década del sesenta y primeros años de los setenta.

104 Gerardo Caetano (1992): “El alto a las reformas”, tomo 1 de la “La república conservadora”, pág. 13.

105 Barrán y Nahum (1985) “Un diálogo difícil (1903-1910)”, t. 2 de “Batlle, los estancieros ...”, pág. 13.

106 Barrán y Nahum (1987) “La derrota del batllismo (1916)”, t. 7 de “Batlle, los estancieros ...”, pág. 125.

La apropiación de parte de las tradiciones blanca y colorada para construir una identidad propiamente frenteamplista, se consolida entre 1984 y 1999, retomando el impulso tradicionalista desarrollado entre 1971 y 1973. ¿Cuáles eran las figuras blancas y coloradas que ya desde entonces la izquierda comenzó a destacar e identificarse en su nueva relación con la historia nacional? Entre los colorados, ni Fructuoso Rivera, ni Venancio Flores, ni Julio Herrera y Obes, sino la figura, la prédica y la obra de José Batlle y Ordoñez. En los blancos, Manuel Oribe como vimos quedaba integrado junto a Rivera en la lista de acusados del delito de artiguismo. Distinta era la consideración dada a Juan Antonio Lavalleja y la Cruzada Libertadora de 1825 que liderara, una gesta en la que se “levantaron las mismas banderas que Artigas” probando “una fidelidad al artiguismo que no supo durar”¹⁰⁷ (el 25 de agosto, fecha de la cruzada, será simbólicamente una de las elegidas por el Frente Amplio para la realización de sus actos públicos). Lo mismo sucede con Aparicio Saravia, rescatado como luchador revolucionario con “con un programa democrático de garantías”¹⁰⁸. Véase entonces hasta qué punto de lo que se trata es de una reconstrucción histórica deliberadamente selectiva, que se introduce en las tradiciones partidarias ajenas, en este caso la blanca, y toma lo conveniente, para el caso a Lavalleja y Saravia desechando al “fundador” del partido blanco.

Retomando alguna afirmación anterior, señalo que la innovación que para la izquierda uruguaya representa el tratamiento frenteamplista de la tradición y la historia uruguaya, constituye una operación política adecuada a los efectos de la presentación y la convocatoria ciudadana. Veamos como funciona esa adecuada relación construida entre historia y política. El Frente Amplio remite sus raíces históricas al artiguismo, identificándose especialmente con su propuesta socio-económica aunque también con sus formulaciones políticas de corte republicano y democrático. El artiguismo aparecía como una instancia prepartidaria, donde resaltar virtudes no significaba reconocer méritos blancos y colorados. Luego el postartiguismo desde 1820 presentado como período oscuro de la historia nacional, con la excepción de la cruzada lavallejista, marcado por la traición al artiguismo con la que se relaciona a los futuros fundadores de los bandos tradicionales.

107 Carlos Machado (1972) “Historia de los orientales”, págs. 108 y 110, tomo 1 de la reedición de 1985.

108 Idem, tomo 2, pág. 184.

Entonces el Frente Amplio quedaba en condiciones de presentarse a sí mismo como el redentor histórico de aquella epopeya artiguista traicionada por blancos y colorados. Sin duda, una “adecuada” reconstrucción histórica. Véanse al respecto estas palabras de Seregni pronunciadas entre 1971 y 1973: “Hemos tenido una verdadera obsesión con nuestra continuidad nacional. Hemos nacido afirmando esa continuidad. Desde nuestra bandera frenteamplista, desde nuestra base artiguista, señalando que proseguimos a Artigas en sus grandes tareas, pues son todavía taras incumplidas.”¹⁰⁹

Esa reconstrucción no se limita al origen artiguista. Se prolonga en una lectura también funcional del itinerario posterior cuyo resultado es también funcional a la presentación del Frente Amplio como continuador de “las mejores tradiciones”¹¹⁰. Al reconocerse en la gesta revolucionaria de Saravia y en la obra de José Batlle y Ordóñez, la izquierda completa una lectura de la historia uruguaya que no sólo le permite reclamarse como continuación histórica del artiguismo traicionado y derrotado, sino también de las “mejores tradiciones” de blancos y colorados abandonadas por sus herederos (acusados por la izquierda de haber traicionado su propio pasado). Al final de este recorrido el Frente Amplio se promociona como una síntesis todos estos elementos frustrados, inconclusos, rescatados del pasado nacional, y los proyecta hacia el futuro a través de un programa de cambios que se pretende continuador de los mismos.

Antes de la dictadura militar poco tiempo tuvo la izquierda para ensayar y proyectar esta adecuada reconstrucción. La misma fue retomada en estos quince últimos años y ampliada especialmente en lo que tiene que ver con la incorporación de las tradiciones blanca y colorada, sobre todo la última. Ello tiene mucho que ver con el antes mencionado avance de la producción historiográfica acerca del batllismo durante y después de la dictadura, cuya traducción política llevó adelante la izquierda desde que volvió a la arena política. Tanto Líber Seregni retomó con ello uno de los sesgos en los que más había insistido en la fase anterior de su liderazgo y su sucesor continuó esa línea. Tabaré Vázquez ha sido aún más amplio en la invocación y uso de las tradiciones y figuras ajenas que se van

109 Germán Wettstein (1984) “La autoridad del pueblo ...”, págs. 39-40.

110 La obra de Carlos Machado “Historia de los orientales” publicada en 1972 constituye un amplio muestrario del conjunto de tradiciones y elementos del pasado nacional que a esa altura habían entrado en el dispositivo histórico al uso de la izquierda.

incorporando como propias: "También los partidos tradicionales han tenido pensadores como José Batlle y Ordoñez, como el propio Herrera, con muchas de sus concepciones nacionalistas muy válidas. Ellos sirven para poder tomar referencias y diseñar un cuerpo doctrinario de expresión de modelos alternativos a los problemas del mundo"¹¹¹. Tabaré Vázquez reivindica en esos términos de Luis Alberto de Herrera, un personaje otrora muy difícil de invocar para la izquierda, e invoca la figura de José Batlle y Ordoñez, a la que últimamente ha agregado la de Luis Batlle Berres, alineándose en la perspectiva señalada.¹¹²

Finalmente, estos elementos se integraron con el pasado y las tradiciones propias de la izquierda. Esta tiene dos componentes. Uno es la “vieja” tradición de la izquierda social y política que integra el pasado del sindicalismo con el de las diversas corrientes de la izquierda (del anarquismo, del socialismo, del comunismo, socialcristianos). El otro está más acotado en el tiempo y es relativamente reciente, pero sin embargo su peso ha sido decisivo para la articulación y reforzamiento de la tradición frenteamplista. Se trata de la experiencia del período pachequista (1968-1973) y sobre todo la época de persecución dictatorial (1973-1984). Sobre estas miradas al pasado más reciente (entre 1968 y 1984) y su lugar en la tradición y en la identidad frenteamplista me concentraré en el apartado siguiente. De cualquier forma, expongo aquí algunos apuntes a efectos de completar el razonamiento que se ha desarrollado en este apartado. Estas dos experiencias (pachequismo

111 Tabaré Vázquez. Germán Wettstein (1993): "El Frente Amplio en el umbral ...", volumen 1, pág. 61.

112 Dentro de la aproximación a la tradición colorada, la valoración de la figura de José Batlle y Ordoñez por parte de la izquierda se asocia a la identificación con el reformismo batllista de principios de siglo, punto sobre el que antes platee algunas ideas. A esto hay que agregar que últimamente desde la izquierda se han comenzado a escuchar invocaciones a la figura de Luis Batlle Berres y el período neobatllista. La frase “somos un pequeño gran país” que Tabaré Vázquez ha usado en la publicidad electoral de 1999 está tomada textualmente del primer editorial del diario “Acción” y fue escrita por Luis Batlle. Esta indicio (cuyo señalamiento debo a José Rilla) se ubica dentro de una novedosa referencia al “país neobatllista” por parte del Frente Amplio. Podríamos preguntarnos si asistimos a una “neobatllisización” de la izquierda que se agrega a las anteriores incorporaciones de tradiciones políticas nacionales y partidarias. En este caso la izquierda se habría adelantado a la producción historiográfica aún escasa sobre el período. Se trata de un fenómeno especialmente importante que no abordo aquí, pero que merecería una consideración especial. Si bien en la época la izquierda tuvo una problemática relación con el batllismo luisista, ciertas características esenciales del modelo neobatllista (el industrialismo, el empresismo estatal, la regulación económica, la expansión de los servicios sociales estatales, la regulación institucionalizada de las relaciones laborales, entre otros) podrían volverlo un adecuado espejo histórico para la izquierda actual. Ello es al mismo tiempo problemático tanto por el equilibrio de la veta blanca que la izquierda cultiva simultáneamente, como por ciertas peculiaridades económico-sociales de esta época que vuelven inapropiadas las imágenes regulacionistas y estatistas que emanan del neobatllismo. Relación complicada entonces que está en proceso y cuya evolución habrá que observar. Testimonio en todo caso de que la tradicionalización del Frente Amplio está en obra.

y dictadura) dieron lugar a una epopeya, de tono fuertemente épico y heroico¹¹³, de enfrentamiento al poder tiránico, con una larga lista de mártires que configuraron para el Frente Amplio una tradición propia del tipo de aquellas que habían acuñado en el siglo XIX los partidos tradicionales. Ha dicho en este sentido Alberto Methol Ferré que el Frente Amplio es hoy el único partido que ostenta el perfil de una divisa, entendida en el sentido de un universo de simbólico que remite a una "comunidad de sangre", a una experiencia sangrienta, de muerte y violencia política¹¹⁴. Todo esto generó una especial mística frenteamplista, un componente emotivo y simbólico¹¹⁵ que cuando es convocado agrega cohesión a la fuerza política, reforzando el sentimiento de pertenencia y de unidad por sobre la diversidad. La resistencia a la dictadura y el costo humano pagado por la izquierda perseguida se volvió un capital político propio que agregado a los componentes antes señalados provenientes del pasado nacional y de las tradiciones partidarias ajenas, terminó de conformar una tradición frenteamplista reforzada por la mayor cercanía de los sucesos pasados que invocaba.

Como se indicó en la introducción esta tradicionalización del Frente Amplio se vuelve más llamativa, más evidente, por cuanto estamos asistiendo simultáneamente a una modificación de la relación de los partidos tradicionales con la historia y con sus tradiciones. Caetano y Rilla (1994) y José Rilla (1999) han avanzado en la descripción de este fenómeno de destradicionalización señalando que el recurso a la historia, al acervo de tradiciones propias, especialmente entre los colorados, ha retrocedido. La reconstrucción histórica tradicional está siendo dejada a un lado sin que se vea aún muy claro qué nuevo relato histórico le sustituirá. La izquierda ha construido un "adecuado pasado" y una

113 Enrique Rubio ha señalado la emergencia de una épica frenteamplista en el marco de la lucha antidictatorial en su artículo "El frentismo del futuro" (Cuadernos de Marcha N° 133, diciembre 1997).

114 Alberto Methol Ferré sostiene que el FA es hoy la única verdadera divisa en tanto "comunidad de sangre". Ver al respecto A.Methol Ferré (1994) "Elección, tripartidismo ...".

115 Este tema de la identidad, la emotividad y la simbología y su relación con la adhesión política a la izquierda que dejo aquí apenas apuntado puede ser objeto de una exploración mucho más profunda. Las emociones se refieren a sucesos, hechos, que se concretan en el recuerdo, que toman cuerpo, en ciertas figuras, ciertos elementos, que tienen a su vez valor de símbolos, objetos en sentido amplio que simbolizan cosas, que portan significados a través de la bandera de Otorugués. El universo de objetos y prácticas de carácter simbólico y a veces ritual es amplio: ciertas canciones, cierta forma de vestir y posar, ciertas palabras clave ("compañero"), la bandera que remite a cierto lugar del pasado simbolizando una conexión con la revolución artiguista, etc.

tradición propia al mismo tiempo que blancos y colorados están abandonando parcialmente o reformulando sus respectivas tradiciones políticas.

El repaso de la lectura frenteamplista de la historia nacional y su relación con la tradición podría continuar. Las presentadas son algunas pistas para el estudio del cambio que se desplegó entre 1971 y 1973 confirmándose plenamente entre 1984 y 1999. La izquierda, que se había caracterizado por una impronta ideológica que condicionaba, entre otras cosas, su relación con el pasado y las tradiciones nacionales, procesó una transformación que dejó a un lado la incompatibilidad racionalismo-tradicionalismo, incorporando crecientemente este último. Hoy vemos una izquierda en que las invocaciones tradicionales, se desenvuelven junto a las referencias ideológicas y las formulaciones programáticas. Los tres elementos (tradición-ideología-programa) al tiempo que se relacionan de otra manera y juegan roles distintos, han cambiado internamente: la invención de la tradición y su acceso a un lugar privilegiado de la política de izquierda se concreta en estos últimos quince años simultáneamente con la revisión y apertura ideológica y moderación programática.

La tradicionalización del Frente Amplio se vuelve más llamativa, más evidente, por cuanto estamos asistiendo simultáneamente a una modificación de la relación de los partidos tradicionales con la historia y con sus tradiciones. Algunos trabajos académicos ¹¹⁶ han señalado este fenómeno de destradicionalización y comenzado a avanzar en su descripción indicando que el recurso a la historia, al acervo de tradiciones propias, especialmente entre los colorados pero también entre los blancos, ha retrocedido. La reconstrucción histórica tradicional está siendo dejada a un lado sin que se vea aún muy claro qué nuevo relato histórico le sustituirá. La izquierda ha construido un “adecuado pasado” y una tradición propia al mismo tiempo que blancos y colorados están abandonando parcialmente o reformulando sus respectivas tradiciones políticas.

116 Gerardo Caetano y José Rilla (1995) “Izquierda y tradición ...” y José Rilla (1999) “Cambiar la historia...”.

El pasado reciente

Entre la salida de la dictadura y los primeros años de la redemocratización (entre 1983 y 1989) las miradas de la izquierda hacia el pasado se concentraban en dos momentos más o menos cercanos. Uno de ellos era el pasado inmediato, el período dictatorial (1973-1984), por entonces contemporáneo, zona cronológica difusa donde el pasado recordado y el presente del narrador se mezclan por cuanto no hace tanto que este ha sido parte de aquel o aún lo es. El otro momento, la coyuntura 1968-1973, en el que me concentraré primero para luego detenerme en las miradas al período dictatorial, era un período muy concreto, corto y relativamente reciente, especialmente relevante para el ajuste de cuentas de la izquierda con su propio pasado. En aquellos años de la transición, fue este un período frecuentemente visitado y revisado, objeto de buena parte de los debates de la izquierda política y social. Esa mirada llevaba implícita un fuerte tono de "balance", término repetido en todos los ámbitos: el PIT-CNT discutía el suyo, el MLN procesaba su "autocrítica", el PC discutía sobre la (in)conveniencia del mismo.

Que la mirada al pasado se concretara en esa precisa coyuntura y que la impregnara el tono de balance se explica por motivos que los propios promotores de las autocríticas y balances exponían. Se sostenía que la izquierda había sido derrotada y debía reconocer las causas de aquella derrota, los errores que no debían volver a cometerse. Lo que tornó a esta discusión de ribetes polémicos fue que la identificación de causas y errores era difícilmente discernible de la señalamiento de responsabilidades e individualización de culpabilidades. Este no era un temor hipotético de quienes no creían en la conveniencia de tal autocrítica sino que era una intención explícita de quienes la reclamaban. Al respecto Hugo Cores (PVP), discutiendo hace algunos años sobre este tema con Esteban Valenti (todavía dirigente del PCU), decía lo siguiente: “No enfrentar el análisis del pasado es un atajo practicista ... si nuestro objetivo actual es el mismo de ayer ... y nos va a costar mucho tiempo volver a crear una situación en términos de acumulación de fuerzas del tipo de la se creó entre 1968 y 1973 ... si entre el 68 y el 73 ninguna organización se equivocó ¿de quién es la responsabilidad de la derrota? ¿Acaso de las masas populares o de la gente?... ”¹¹⁷. Por ello, cuando a la salida de la dictadura fue lanzado el tema del balance del período 1968-1973, en la interna de la

117 Marta Harnegger (1991) “Frente Amplio. Los desafíos ...”, vol. 2, pág. 9 y vol. 3, pág. 37.

izquierda generó distintos posicionamientos ya que, si el balance derivaba en señalar culpabilidades y errores, no todos estaban dispuestos a sumergirse en esa discusión ni la creían conveniente para la izquierda.

Una recuperación y examen detenido de los documentos de balance del período 1968-1973 que circularon en la izquierda política y en el movimiento sindical y estudiantil entre 1984 y 1989 seguramente arrojaría mucha luz sobre el traumático proceso de asimilación de su historia inmediata por parte de la izquierda uruguaya. A cuenta de un estudio más exhaustivo, que requiere del contacto directo con una muestra representativa –de la que no dispongo en este momento- de esa documentación, se pueden hacer apreciaciones generales y provisoria basadas en algunos testimonios y documentos. Las posiciones variaron del hipercriticismo tupamaro a la reticencia comunista. El MLN, tal vez porque en su caso la derrota había sido una realidad militar que no dejaba margen para relativizaciones, concentró buena parte de su energía en procesar una "autocrítica". El frustrante resultado final –si se le juzga según sus propias intenciones- de tal ejercicio introspectivo fue no haber podido llegar a una síntesis aceptable de una sorprendente diversidad de opiniones internas. Según testimoniara el dirigente tupamaro Eleuterio Fernández Huidobro “Cuando el MLN se abocó a hacer esa autocrítica en forma organizada después del 85, con la presencia de todos los sectores que tuvieron que ver con el MLN ... hubo 43 propuestas articuladas de autocrítica que hasta ahora [1991] no han podido ser sintetizadas ... están debidamente archivadas y guardaditas ahí para que algún historiador algún día se aboque a hacer esa labor de síntesis y analice este período concreto ”¹¹⁸. Hasta ahora, que yo sepa ningún colega ha aceptado esta invitación.¹¹⁹

118 Idem, vol. 2, pág. 5.

119 Eleuterio Fernández Huidobro ha sido un prolífico memorialista de la historia de los tupamaros y sus testimonios son una fuente profusa para seguir indagando este tema. En particular su “Historia de los tupamaros” publicada en tres tomos entre 1986 y 1987 es una buena base testimonial para el estudio del MLN hasta 1968 (el autor no va más allá). Por su parte hace algunos años, Jorge Zabalza (1995), otro dirigente “histórico” del MLN publicó un testimonio titulado “El tejazo ...”, que si bien está centrado en un episodio concreto de la historia de los tupamaros, constituye un testimonio no sólo de la historia del MLN sino también de una forma de reconstruir el pasado nacional más reciente (“... quisiera que El Tejazo ... contribuya en algo a la comprensión del período 1968/1973...”, pág. 197). Hay en estos testimonios y en los documentos mencionados por Fernández Huidobro una amplísima base para profundizar este estudio que aquí, como en tantos otros puntos, apenas esbozo trazando algunas posibilidades.

En el caso del PC, no he encontrado evidencia de que un seno se haya procesado algún tipo de balance autocrítico del período previo al golpe, pero hay aquí una tarea de relevamiento e investigación pendiente que deberá someter esta primaria constatación a la documentación partidaria y los testimonios de protagonistas¹²⁰. Mientras tanto hay indicios que permiten avanzar con precaución algunas ideas provisorias. Si no es posible detectar ni descartar una discusión interna, sí es posible señalar que los comunistas creyeron inconveniente el planteamiento abierto de ese balance en la izquierda, por inconducente y por distractivo respecto a las prioridades y tareas del momento. Así se planteó explícitamente. En la discusión antes citada, Esteban Valenti señalaba lo siguiente: “... hemos pasado al período de la crítica total ... la autocrítica se ha transformado en un fetiche, en un talismán: sirve para exorcisar todos los errores, todas las tragedias, incluso, a veces, para ocultar la incapacidad de tener una respuesta renovadora para los procesos que se dan en la sociedad, en la propia izquierda y en el propio partido. Y eso ocupa un espacio muy grande ... como estado de ánimo mío y de la izquierda uruguaya mayoritariamente, hoy la atención fundamental está puesta en qué respuesta le damos a la perspectiva de futuro ... Para mí la autocrítica no es sólo el reconocimiento del error, incluye también el análisis de la causa. Pero a estas alturas, no me entusiasma, no me convoca, no despierta mi interés un análisis del pasado ... es más fácil para nosotros discutir el pasado. Lo que nos falta ... es ... ver qué respuestas tenemos en perspectiva sobre el programa, el modelo, el proyecto, la táctica. De eso es de lo que está huérfana la izquierda ... En un país que tiene una carencia de expectativas impresionantes no creo que sea positivo contribuir a agregarle más frustración, más tragedia ...”.¹²¹

120 En este sentido, pienso que quizás quienes han sido comunistas al leer estas afirmaciones puedan no sentirse representados por ellas. Ello no tiene por qué ser un problema ya que una cosa es lo que el analista pueda concluir al estudiar la realidad y otra cosa es la percepción que de esa realidad hayan tenido o tengan sus protagonistas. Sin embargo, en tal caso el investigador debiera sospechar de su hipótesis y reconfirmarla. En todo caso reconozco que lo aquí señalado exige una indagatoria específica y que los testimonios de protagonistas son una base ineludible para avanzar en el tema. Además del de Esteban Valenti que aquí cito, están publicados algunos testimonios en forma de “memorias” de dirigentes comunistas que analizan el período. La visión que aquí planteo deberá ser contrastada con esos y con nuevos testimonios de protagonistas. De cualquier forma debe diferenciarse el que hayan testimonios que dan cuenta de un balance, autocrítico o no, del período a título personal, del hecho de que el Partido Comunista como tal, orgánicamente haya procesado tal balance. Este último punto deberá estudiarse entonces como un problema aparte. Los testimonios publicados a que hago referencia son los siguientes: Enrique Rodríguez (1979) “Uruguay: las raíces de la madurez del movimiento obrero”, Jaime Pérez (1996) “El ocaso y la esperanza. Memorias políticas de medio siglo”, Vladimir Turiansky “El Uruguay desde la izquierda. Una crónica de 50 años en la vida política y social”.

121 Marta Harnacker (1991) “Frente Amplio. Los desafíos ...”, vol. 2, págs. 6, 11 y 12.

Seguramente estaba pesando es esa posición, el hecho de ser el PC el blanco de la mayoría de las críticas provenientes desde otros grupos de la izquierda. En el marco del debate sobre la autocrítica, la táctica política y sindical seguida por los comunistas en la coyuntura 68-73, era objeto de los más fuertes cuestionamientos de parte de casi todo el resto de la izquierda que la caracterizaba cuando menos como “reformista”, término que hoy no causa ningún sobresalto, pero que en los años ochenta (rememorando los sesenta) era una molesta acusación en el mundo de la izquierda. Se trataba de la continuación de un debate no saldado, de una polémica muy fuerte que ya había enfrentado a los comunistas con el resto de la izquierda antes de la dictadura. A la hora de señalar culpas y errores, los comunistas se llevaban la mayoría de los palos, y el PC respondió a ello poniéndose a la defensiva, mostrándose reticente a los balances y desconfiado de las autocríticas reclamadas por otros.

Fue en el ámbito sindical donde el “balance” encontró el cauce orgánico que no tuvo a nivel político en el Frente Amplio. También fue allí donde su procesamiento se volvió crítico. Fue uno de los temas álgidos del Tercer Congreso del PIT-CNT reunido en 1985 que casi culmina en la ruptura de la unidad del sindicalismo. Dos eran los puntos de ese balance sindical que generaron mayor polémica: la táctica aplicada por la CNT frente al pachequismo entre 1968 y 1971, y la conducción de la huelga general de junio-julio de 1973. En ambos puntos la discusión apuntaba directamente a problemas de dirección del movimiento sindical, en concreto se evaluaban los aciertos o errores de la conducción comunista mayoritaria de la CNT en aquellos años. Se retomaba en el primer punto el debate ya iniciado en el 1er. y 2o. congresos de la CNT realizados en 1969 y 1971 respectivamente. Una reedición, bastante deslucida por cierto, de aquella brillante polémica sindical que ganara el ámbito público a través de las notas de Héctor Rodríguez y Mario Acosta en "Marcha " y "El Popular" entre 1969 y 1971¹²². El segundo punto referido al balance de la huelga general de 1973, retomaba una discusión iniciada en el trascurso mismo de la huelga que enfrentara a la conducción mayoritaria comunista de la CNT con los componentes del variado universo de la autodenominada “tendencia combativa”

122 Esta polémica periodística, así como los documentos en torno a los que se debatió en el primer y segundo congresos de la CNT, fue recopilada y publicada luego de la dictadura por el Centro Uruguay Independiente (1985) bajo el título "Lucha y polémica sindical 1968-1973" (4 volúmenes).

(heterogénea coordinación de dirigentes y militantes sindicales opuestos a la conducción sindical comunista) cruzando acusaciones acerca del cumplimiento de las resoluciones previas que el sindicalismo tenía para el caso de golpe de estado y de su efecto sobre la (in)efectividad de la medida que al cabo de quince días debió ser levantada sin lograr el efecto buscado. Un tercer punto polémico incluido en ese “balance” se refería al impacto de las acciones armadas del MLN en abril de 1972 sobre la situación política que derivó en el golpe de estado. Aquí el acusado era otro y el tema generó alineamientos distintos al anteriormente analizado.¹²³

En el balance del período 1968-1973 hay otro elemento que, a diferencia de los anteriores, contaba con una coincidencia autocrítica generalizada: la identificación de la ausencia de una coordinación que actuara como conducción política centralizada del "movimiento popular", unificando sus diferentes expresiones (sindical, estudiantil, política, parlamentaria, guerrillera) en una misma dirección, como una de las causas fundamentales de la incapacidad para poner freno al pachequismo, a las políticas económicas que impuso y a la escalada autoritaria que terminó en el golpe. Esta incapacidad de la izquierda social y política para articular todas sus expresiones aparece señalada como una de las causas de la derrota del 73 en la medida en que habría debilitado la respuesta popular, al dispersar sus recursos, desaprovechando así la oportunidad de concentrar toda su potencialidad hacia objetivos comunes. En la serie de entrevistas colectivas que la periodista chilena Marta Harnecker realizara a varios dirigentes frenteamplistas en 1991, hay abundantes evidencias sobre esta opinión compartida. Entre ellas la siguiente asigna que va aún más lejos: “... en relación a la dispersión táctica creo que incluso nos bloqueó alternativas revolucionarias o por lo menos condiciones prerrevolucionarias ... hubo un momento acá donde coexistieron el fenómeno guerrillero, los fenómenos sindicales, las corrientes militares enfrentadas y la emergencia del fenómeno político; pero no hubo una unidad de acción y nos liquidaron por separado”.¹²⁴ De acuerdo a esta hipótesis el golpe podría haberse evitado, o por lo menos las condiciones que lo ambientaron, de no haberse desaprovechado las posibilidades que

123 Los documentos que pautaron el debate interno del movimiento sindical en torno al balance, incluyendo los tres puntos señalados (táctica 68-71, huelga general 73, acciones MLN 72) pueden estudiarse a través de los documentos publicados por el Centro Uruguay Independiente (1986) bajo el título "El Tercer Congreso" (2 volúmenes). En otra publicación del CUI (1985) con el título “Documentos de la huelga general (1973)” se recopilaron documentos de diversos sindicatos difundidos en el transcurso de la huelga en los cuales se delinear los ejes de la polémica que se retomarían doce años después.

hubiera abierto la coordinación de todas las vertientes de la izquierda política y social. Esa omisión de la izquierda habría sido su mayor culpa. La aceptación que esta hipótesis parece haber encontrado podría deberse a que al plantear una responsabilidad colectiva de la derrota no individualizaba culpabilidades atribuibles a algún sector en particular.

La etapa de resistencia a la dictadura, desde el levantamiento de la huelga general en 1973 hasta la reaparición pública de la izquierda en 1983-84, es el otro período que resultó ser objeto frecuente de las miradas hacia el pasado (en este caso más que reciente). Se trata del tramo más significativo en la historia de la izquierda uruguaya, signado por la persecución, por la prisión, el exilio y la clandestinidad, por la tortura y la muerte. En este caso no hay polémicas, ni balances autocríticos, más allá de discusiones puntuales sobre acontecimientos producidos al interior de las cárceles y en el exilio. Lo que ha primado en este caso es la mirada épica, heroica, constituyente de una mística que, a la vez que tonificante de la identidad frenteamplista, se vuelve carta de presentación democrática del Frente Amplio a la salida de la dictadura.

En la reconstrucción de este pasado inmediato, cuyo recuerdo tiene la intensidad propia de la contemporaneidad, el Frente Amplio se ubica a sí mismo como una contingente de lucha contra el poder autoritario, que ha sufrido y pagado por ello el enorme costo humano que supusieron la persecución, la violencia, la muerte, la tortura, el exilio, la cárcel, el secuestro y la desaparición de adultos y niños. Toda esta experiencia que no sólo se mantiene en el recuerdo de propio del suceso vivido recientemente sino que se refuerza al ser deliberadamente traído al presente, se vuelve un elemento religante muy importante, que mueve elementos emotivos que fortalecen en los miembros y adherentes del Frente Amplio el sentimiento de pertenencia. Estos elementos no tienen que ver ya con factores ideológicos, ni programáticos ni organizativos, sino que son puramente afectivos.

De esta forma, a lo largo del período transcurrido desde 1984, la identidad frenteamplista se ha visto fortalecida con este agregado de una mística y una épica

124 Enrique Rubio en Marta Harnecker (1991) "Frente Amplio. Los desafíos ...", vol. 3, pág. 34. En el volumen 2 de esta serie, donde se discute específicamente sobre el período 1968-1973 hay varias intervenciones de Esteban Valenti, Hugo Cores, Eleuterio Fernández Huidobro y Héctor Rodríguez en que concuerdan con esa visión.

frentistas alimentadas por la mirada al pasado más inmediato que actualiza la memoria de los tiempos oscuros. De alguna manera, la dolorosa experiencia de enfrentamiento al pachequismo y más aún a la dictadura con su sangrienta secuela de muertos, desaparecidos y torturados, vienen a ocupar en la mística y la emotividad de los militantes y simpatizantes frenteamplistas un lugar similar al que ocuparon en el pasado hechos anclados en las historias y las tradiciones de los partidos blanco y colorado. La violenta historia de enfrentamientos armados entre blancos y colorados a lo largo del siglo XIX, con su secuela también de muerte, violencia, y sufrimiento, generó en ambos partidos un tipo de adhesión sentimental, referida a hechos de sangre, un componente épico, muy similar al lugar que ocupa el enfrentamiento a la dictadura para los militantes y simpatizantes del Frente Amplio.

Este es un elemento relevante en relación al estudio de las adhesiones políticas de los ciudadanos hacia los partidos, que requiere un estudio específico. Aquí no pretendo avanzar en él, sino señalar que en el caso del Frente Amplio, constituye una novedad propia del período que se abre en 1984. Ampliando la mirada al conjunto del sistema de partidos, se puede ir un poco más lejos en el señalamiento del fenómeno, y señalar el hecho de que el recurso a este componente épico, místico, emotivo, se ha vuelto más fuerte hoy en el Frente Amplio que en los partidos tradicionales. En su caso ya están muy lejos en el tiempo aquellos sucesos que jugaron ese rol, han perdido frescura y vitalidad, quedando en la zona del olvido. Pero también posiblemente opere una voluntad política en esa dirección, ya que la lejanía no tiene por qué tener un efecto automático de olvido si media la deliberada alimentación de la memoria, esencial para la construcción y mantención de tradiciones políticas. La situación del Frente Amplio es la contraria en ambos aspectos. El recuerdo de ese pasado sufrido está fresco, es reciente, es contemporáneo. Muchas víctimas de la represión aún viven y dan testimonio de la persecución y la lucha. Y además la dirigencia frenteamplista recurre a estos elementos como factores coaligantes del frenteamplismo. Aquello que fue esencial para la convocatoria y las adhesiones de los partidos tradicionales hoy juega en estos un papel menor (no desaparece), y se fortalece en la izquierda que en el pasado criticara esa característica de blancos y colorados.¹²⁵

125 Esta sería otra faceta de la destradicionalización de los partidos blanco y colorado señalado y estudiado en los trabajos de Caetano y Rilla (1994) y Rilla (1999) ya citados.

Bien, estos son los temas que, entre la salida de la dictadura y los primeros años de la redemocratización concitaban la atención de las miradas de la izquierda hacia el pasado reciente. En los noventa, el balance autocrítico del período previo al golpe desapareció del debate y las preocupaciones de la izquierda, mientras que la rememoración del período dictatorial subsiste y es un componente fuerte, especialmente en sus ribetes místicos y épicos, de la tradición frenteamplista, agregándose a los elementos estudiados en el apartado anterior.

Democracia e instituciones ¹²⁶

¿Qué interpretación y valoración hace la izquierda uruguaya de las reglas de juego democráticas y de su desempeño específico en el caso uruguayo, qué reconstrucción hace del desarrollo institucional del país y cómo se posiciona frente al mismo? Esta cuestión de la democracia y la institucionalidad política podría haber sido incluido en la primera parte del trabajo. Su ubicación en este segundo capítulo referido a la relación de la izquierda con la tradición se justifica por el hecho de que los dos elementos en cuestión son parte de la tradición política nacional. El posicionamiento del Frente Amplio respecto a ellos constituye un aspecto parcial de su relación con esa tradición en dos de sus facetas: la tradición democrática y la tradición institucional del país. Encuentro un desfase entre, por un lado, el camino que el Frente Amplio ha recorrido en sus concepciones respecto a la cuestión democrática y, por otro, la escasa reflexión en torno a la cuestión institucional. Me detendré primero en la consideración de la revalorización de la democracia para luego ingresar al tratamiento del problema institucional.

La relación de la democracia con la revolución y el socialismo, dos conceptos fuertes que constituían parte esencial del paradigma y la prédica de la izquierda, se ha

¹²⁶ La inclusión de este punto, que no estaba en mi plan original ni en mis preocupaciones, me fue sugerida por Romeo Pérez. Luego José Rilla me impulsó a privilegiarlo dentro del trabajo. Como se percibirá al leer este apartado, su estudio me llevó a considerarlo un aspecto clave de la tradicionalización del Frente Amplio al tiempo que una cuenta pendiente en la “democratización” de la izquierda uruguaya. Que valga como reconocimiento y como testimonio, por si faltaba, de lo que de aprendizaje puede llegar a tener la elaboración de una monografía.

invertido. El orden de prioridades de la izquierda privilegiaba la ruptura revolucionaria, el cambio profundo de las estructuras económico-sociales y políticas. Entre el cambio y la preservación de la democracia en términos generales privilegiaba el cambio. La democracia (“burguesa”, “formal”) era concebida como “medio para” el cambio que se orientaba hacia la meta socialista. Como parte de los novedades en las concepciones políticas de la izquierda en los años ochenta y noventa, la democracia ha sido revalorizada como un fin en sí mismo que no puede separarse del cambio. Ya no se concibe la posibilidad del cambio con independencia del carácter democrático del mismo, ni la posibilidad de concebir un socialismo que no sea democrático. Como vimos en el apartado anterior, la experiencia del autoritarismo estimuló la revisión crítica del propio pasado, con un fuerte tono de “balance” autocrítico que buscaba las causas de la “derrota”, así como la revisión de las formulaciones teóricas y de las estrategias y tácticas políticas. De ello resultó una importante renovación del pensamiento de izquierda y la cuestión democrática apareció como tema prioritario acerca del cual la izquierda reflexiona y se posiciona desde una visión radicalmente distinta a la del pasado.¹²⁷ En estos años la izquierda ha definido explícitamente este viraje de la consideración instrumental de la democracia a una concepción finalista: “Para el Frente Amplio la profundización de la democracia es un fin en sí mismo, ya que supone consolidar un estilo de vida en el que deben confluír simultáneamente la libertad, la justicia social y la participación efectiva de la población”.

La invocación revolucionaria, pieza clave del discurso y las concepciones de la izquierda, casi ha desaparecido de su lenguaje, o por lo menos se ha reducido notablemente su proclamación pública. Además de este “abandono” el concepto ha sufrido una resignificación: la revolución no es entendida únicamente desde el punto de vista del camino hacia una meta socialista sino que además se asocia a la conservación y profundización del régimen democrático. Por otra parte, la relación democracia-socialismo se ha re-equilibrado, asociándose fuertemente ambos conceptos de forma tal que terminó produciéndose una inversión completa: la democracia no sería un camino hacia el

¹²⁷ La revalorización de la democracia política no es un fenómeno exclusivamente uruguayo, sino que se enmarca en un contexto latinoamericano que se orienta en el mismo sentido como se puede ver a través de los pronunciamientos que emanan del “Foro de San Pablo”, instancia que reúne periódicamente a la inmensa mayoría de las izquierdas latinoamericanas.

“Plataforma electoral y plan de gobierno del Frente Amplio para el período 1995-2000”, en “Congreso Extraordinario...”, pág 16.

socialismo, sino que por el contrario, el socialismo sería un camino hacia la democracia, lo que pondría como meta en el horizonte utópico de la izquierda a la democracia socialista más que al socialismo democrático. Las siguientes afirmaciones de Enrique Rubio son “Así como el socialismo fue, en las condiciones del siglo XIX, una profundización de la revolución democrática iniciada en el siglo XVII, creo que la revolución democrática, en las condiciones del siglo XXI, será el alma y la reconstrucción creadora de la lucha por el socialismo desplegada en el siglo XX”¹²⁸. "La veta democrática...se ha profundizado en sentido social. Es la corriente más vigorosa a la que debemos apostar. El socialismo...es un proyecto posible, pero en dirección a una utopía democrática que es la que tendrá mayor fuerza dinamizadora" ¹²⁹.

Dentro de la misma orientación, veamos unas líneas tomadas de un documento del Partido Comunista hacia 1989. Tratándose de una organización que mantenía su definición marxista-leninista era plenamente tributaria de la concepción instrumental de la democracia formal “burguesa”. Sin embargo, la renovación que al respecto refleja esta cita, es una confirmación del cambio en la concepción democrática de la izquierda: “El socialismo es la realización plena de la democracia, tanto como la democracia plena significa el socialismo realizado. Esto nos lleva a pensar y a asumir la democracia no sólo desde nuestro ideal finalista ... El centro de definición programático y estratégico del PCU en este XXII Congreso es la democracia ... Ello no significa un desplazamiento de la identidad del Partido del socialismo a la democracia ... Al avanzar en la elaboración de nuestras concepciones y teoría sobre la democracia, estamos al mismo tiempo adentrándonos en contenidos concretos de nuestro proyecto futuro de sociedad socialista ... El socialismo es y debe ser una forma superior de democracia y de humanismo ...”¹³⁰.

Esta redimensión de la apuesta democrática de la izquierda, supuso a su vez la aceptación y sumisión al conjunto de procedimientos y reglas de la competencia política. Entre ellos: la adopción exclusiva de la vía electoral y la aceptación plena de la alternancia gobierno-oposición con la incertidumbre política que ello supone. Asumir plenamente y sin condicionamientos la vía electoral como el camino propiamente democrático para dirimir la lucha política, es una incorporación que se ha ido consolidando a lo largo de la historia del Frente Amplio, y especialmente entre 1984 y 1999. Esa premisa democrática, hoy fuera de la discusión, en el pasado fue motivo de polémica nada menor, en el marco del debate sobre

128 Marta Harnecker (1991) “Frente Amplio. Los desafíos ...”, vol. 4, pág. 48.

129 Germán Wettstein (1993) "El Frente Amplio en el umbral ...", vol. 1, pág. 53.

130 PCU (1989) “Una reflexión sobre la base de la renovación”, págs. 12, 24 y 26.

“las vías de la revolución” al que ya me he referido en el primer capítulo. La electoralización teórica y práctica de la izquierda se ha producido como incorporación simultánea de la teoría democrática y de la tradición nacional (aspecto este último particularmente relevante en este capítulo). Uniendo ambos cabos (democracia y tradición) Hugo Cores ha señalado que “... las elecciones son una instancia de anudamiento político importante en Uruguay, que ninguna fuerza que aspire a influir ampliamente en la sociedad puede negarse a reconocer. Esto tiene mucho que ver con las tradiciones del país y de su sistema político ...”.¹³¹

Otro aspecto relevante implicado dentro de la revalorización y revisión del enfoque democrático de la izquierda, es la incorporación de la idea de incertidumbre política, propia de todo sistema político competitivo, la aceptación de la idea de la alternancia de los partidos en el gobierno y la oposición. En la izquierda subyacía la idea de que una vez tomado el poder, el ejercicio del gobierno sería casi permanente dado que el pueblo, al percibir los beneficios y bondades del gobierno de izquierda ya no volvería a apoyar otras opciones políticas. Asumir plenamente las reglas del juego democrático, al llevar implícito la comparecencia electoral periódica de resultado incierto, supuso abandonar esta idea y aceptar plenamente la noción de alternancia y de incertidumbre política. Al respecto ha dicho Reinaldo Gargano que “... ser partidario de un socialismo democrático es admitir que pueda haber alternancia del gobierno; es decir que de llegar la izquierda al gobierno la ciudadanía puede decidir sacarla. La izquierda uruguaya nunca antes había dicho eso; y lo tiene que decir”.¹³² Sin embargo esta aceptación de la incertidumbre intrínseca de la democracia, podría llegar a ser incompatible con la asociación democracia-socialismo. Más arriba, me detuve en lo que de “democratizador” del pensamiento político de la izquierda tenía esta asociación en tanto ya no se admitirían formas autoritarias de socialismo, sacrificios de la democracia en aras del socialismo. Pero al mismo tiempo, esta asociación es problemática ya que si democracia es socialismo, entonces llevando al extremo el planteo, no se admitirían como auténticamente democráticas otras formas de organización socio-económica que las socialistas. ¿Cómo se compatibiliza esta restricción de la “verdadera democracia” al socialismo con la admisión de la incertidumbre política que la

131 Marta Harnacker (1991) “Frente Amplio. Los desafíos ...”, vol. 4, pág. 61.

132 Germán Wettstein (1993) “El Frente Amplio en el umbral ...”, vol. 3, pág. 257.

democracia supone? Aquí puede señalarse un problema, un punto no completamente resuelto en la revalorización democrática de la izquierda. Y esto me lleva al planteamiento del que observo como el déficit mayor en la relación de la izquierda con la democracia.

La centralidad adquirida por la cuestión democrática no se ha visto acompañada por una similar valorización de la cuestión institucional, de la expresión institucional concreta de la democracia política. Sobre la base de esta elemental pero relevante distinción, considero que la “democratización” de la izquierda uruguaya, en tanto incorporación plena de la democracia como principio y realidad, es un proceso incompleto. La teoría de la democracia se realiza empíricamente por medio del diseño institucional. A través de las instituciones políticas democráticas y de las reglas que establecen, los principios democráticos se realizan en la vida política de la comunidad. Las pautas del diseño institucional, que en general se define constitucionalmente, y los incentivos y condicionamientos que impone a los actores políticos, encauzan el funcionamiento y el rendimiento de la democracia concreta. Por supuesto que luego inciden también otros factores no institucionales como ser la conducta de esos actores políticos y las pautas de cultura y subculturas políticas de la comunidad, en un juego de múltiples comunicaciones entre instituciones, comportamientos y cultura política. Pero, sin que ello implique plegarse a una definición institucionalista excluyente de otros marcos teóricos volcados preferentemente hacia alguno de los dos factores restantes, es indudable que las instituciones, el diseño institucional, ocupan un lugar central en la concreción y funcionamiento empírico de la democracia. Resaltando las implicancias pragmáticas de esta evaluación del papel de las instituciones políticas ha dicho Giovanni Sartori (1994) lo siguiente: “Es claro que instituciones y constituciones no pueden hacer milagros. Pero difícil será que tengamos buenos gobiernos sin buenos instrumentos de gobierno. Entonces, ¿por qué hemos de prestar tan poca atención a la forma en que funcionan o no funcionan las estructuras políticas ... si se las puede mejorar?”¹³³.

La democracia, como teoría y como realidad empírica, es un producto histórico en el que ambos factores se comunican. Es el resultado de la acumulación de la reflexión

133 Giovanni Sartori (1994) “Ingeniería constitucional comparada ...”, pág. 8.

teórica sobre la política que inspira y a su vez se actualiza en la evaluación permanente del desempeño de las instituciones políticas. Es a su vez el resultado del proceso mismo de armado de las instituciones donde se procesa la toma de decisiones, que se construyen y reformulan sobre la marcha en base a su propio desempeño alimentando a su vez los diagnósticos, las reflexiones, la teorización. La democracia uruguaya es un producto histórico que tuvo su momento y formato fundacional en el diseño institucional emergente de la reforma constitucional de 1917-18, que a lo largo de ochenta años fue actualizándose hasta su última modificación en 1996-97. La izquierda ha puesto poca atención en ese momento fundacional y el armado institucional entonces diseñado, aquel que regularía la vida política a lo largo de la mayor parte del siglo XX. Su mirada está básicamente centrada en la evolución posterior de la institucionalidad en tres aspectos: el sistema electoral, la relación entre los poderes ejecutivo y legislativo, la relación entre los niveles nacional y departamental de gobierno.

El proceso de configuración del sistema electoral uruguayo entre la reformulación institucional de 1917-18 y la normalización política de 1942 es uno de los momentos y temas del itinerario institucional del país recurrentes en las preocupaciones de la izquierda. Esa evolución fue evaluada negativamente como el montaje de un conjunto de “trampas” electorales, simbólicamente concentradas en una endemoniada “ley de lemas”¹³⁴, tendidas para eternizar el predominio de los partidos tradicionales e impedir el triunfo de terceros partidos.

Un segundo aspecto institucional que concitó la atención de la izquierda, remite a las tres últimas décadas que van de la penúltima reforma constitucional (1966-67) a la última (1996-97) y se refiere a la modificación de las relaciones entre el poder ejecutivo y el

134 En verdad se trata de un conjunto de normas electorales aprobadas en distintos momentos, algunas de ellas incluso anteriores a la reforma constitucional de 1917-18 como el doble voto simultáneo, pieza clave de la arquitectura electoral uruguaya, y otras posteriores a la reforma del 42. Una panorámica histórica de todas las normas electorales uruguayas anteriores a la reforma de 1996 puede verse en Alberto Pérez Pérez (1970) “La ley de lemas ...”, págs 9 a 57. Una descripción sintética del sistema electoral uruguayo se encuentra en Luis Eduardo González (1993) “Estructuras políticas ...”, págs. 41 a 43. Otra sintética descripción del mismo, que revisa la anterior se encuentra en Daniel Buquet – Daniel Chasqueti – Juan A.Moraes (1999) “Fragmentación política y gobierno ...”, págs. 8 a 15.

poder legislativo con una evaluación crítica del proceso de jerarquización del primero. El régimen de gobierno uruguayo estipulado en 1917-18 es un presidencialismo con algunos aditamentos propios de los parlamentarismos, razón por la cual se ha discutido si en verdad se trata de una forma híbrida o sencillamente de una variante presidencialista¹³⁵. Sea cual sea la tipificación, el punto es que el mencionado proceso de reacomodo de las relaciones ejecutivo-legislativo no ha supuesto un cambio de régimen de gobierno, sino una alteración dentro del régimen imperante. Las críticas que desde la izquierda se han formulado hacia esta evolución reciente del presidencialismo uruguayo se mueven en el terreno de los argumentos parlamentaristas. Sin embargo, la alternativa parlamentaria no es levantada decididamente como una bandera propia, más allá de algunas declaraciones de carácter personal que eventualmente han formulado algunos dirigentes pero sin mucho arrojo. ¿Por qué esta reticencia? Quizás la perspectiva de ser cabeza del ejecutivo inhibe la defensa y promoción de un régimen de gobierno que traslada el centro político hacia el parlamento, en el que el FA no dispondrá de una mayoría propia. Esta no es ninguna exclusividad de la izquierda, achicar las potestades de una institución de gobierno que hoy o mañana es o será controlada por uno mismo parece ser un temor compartido por todos los partidos.

Un tercer elemento que se ha agregado con fuerza en los últimos años es la relación del gobierno nacional con los gobiernos departamentales. En ese terreno el Frente Amplio se ha ido volcando hacia posturas crecientemente descentralizadoras que parten de un diagnóstico crítico de la concentración de atribuciones y recursos en el gobierno central y se proclama favorable a la desconcentración en los planos administrativo, político y financiero con el objetivo declarado de dotar de mayor autonomía a los gobiernos municipales y recortar el margen de discrecionalidad con que cuenta el poder central.

135 Para las tipificaciones y descripciones del régimen de gobierno uruguayo más recientes puede consultarse: Carlos Pareja-Martín Peixoto-Romeo Pérez (1992) "La alternativa parlamentaria", págs. 96, 112, 130 y 137 constatan, a contracorriente de las opiniones más generalizadas, "en nuestra trayectoria constitucional una tenaz inclinación parlamentaria" que en 1952 habría sufrido un giro presidencialista acentuado en 1967 configurando un "presidencialismo atenuado" (Perez) por la persistencia de un "parlamentarismo furtivo" (Pareja); Luis Eduardo González (1993) "Estructuras políticas ...", págs. 36 a 41, lo caracteriza como "cuasi presidencialista"; Daniel Buquet - Daniel Chasqueti - Juan A. Moraes (1999) "Fragmentación política y gobierno ...", págs. 56 a 58, señalan que "aunque mantiene cierta hibridez ... [se trata de] un régimen de gobierno básicamente presidencialista"; Jorge Lanzaro (1999) "Uruguay 1985-1996 ..." (en prensa, lo tipifica como "presidencialismo pluralista ... que presenta nuevas modalidades retomando las prácticas seculares del presidencialismo de compromiso y con experiencias inéditas del presidencialismo de coalición" (primer párrafo del trabajo).

En resumen, las miradas de la izquierda a la cuestión institucional se concretan en tres temas: el sistema electoral, las relaciones ejecutivo-legislativo, las relaciones gobierno central-gobiernos departamentales, con un diagnóstico fuertemente crítico de lo que indebidamente se conoce como "ley de lemas" y de la centralización de las potestades gubernativas en la rama ejecutiva y en el gobierno central. Pero, más allá de estas evaluaciones críticas en los tres aspectos señalados, la izquierda no tiene una preocupación y atención privilegiada por estos asuntos, considerados más bien como una cuestión lateral frente a la magnitud de las "tareas urgentes" y los problemas de fondo centrados en el área de las transformaciones económicas y sociales. Tampoco hay evidencia de un esfuerzo más o menos riguroso de estudio y comprensión de este tema de la institucionalidad democrática.

En el marco de la campaña plebiscitaria de 1996 en torno a la última reforma constitucional de 1997, la pobreza argumental de la izquierda y el cortoplacismo de los enfoques confirman plenamente este señalamiento. Como mucho, se escucharon algunos tibios pronunciamientos en favor del parlamentarismo como declaración de intenciones ideales más que como opción política a impulsar. En verdad, se confirmó en esa campaña algo que de todas formas ya era evidente: a pesar de sus críticas agudas al diseño vigente hasta 1996, la izquierda no levantaba ninguna alternativa institucional. Seguramente la indefinición del Frente Amplio en este tema, sea en sí misma la revelación de una escasa jerarquización del asunto, aunque también debe señalarse que existen casos aislados que revelan una mayor atención hacia la problemática que en caso de generalizarse podrían volverse antecedentes de un cambio.

En este sentido hace pocos años el senador frenteamplista Alberto Couriel publicó como libro el texto de un curso sobre el panorama político latinoamericano dictado en España en 1995¹³⁶. Allí pueden verse dos cosas: primero un prolijo discernimiento entre la cuestión democrática y la problemática institucional y luego un avance de algunas ideas acerca de las instituciones políticas que, reconociendo la especificidad del asunto, denota

136 Alberto Couriel (1996) "Globalización, democracia e izquierda en América Latina", págs. 31 a 52.

una preocupación infrecuente por estudiar los problemas implicados y contribuir a señalar alternativas. Tampoco se piense que el razonamiento vuela demasiado lejos pero, repito, dada la orfandad imperante, esta excepción podría ser el anticipo de una superación de la ajenidad de la izquierda, ó no más que un apunte de clase que morirá en los cuadernos de algunos estudiantes españoles y en nuestras bibliotecas.

También debe tomarse nota, como un posible indicio de cambio en esa dirección, de que el documento programático (“grandes líneas programáticas”) aprobado en el último congreso del Frente Amplio (tercer congreso extraordinario “Alfredo Zitarrosa” noviembre de 1998) se incluye un capítulo específico dedicado al “fortalecimiento de la institucionalidad democrática”. Allí se desarrollan cuatro puntos: “apuesta a la descentralización y la participación”, “mayor equilibrio entre los tres poderes del Estado”, “defensa de la transparencia en la gestión administrativa” y “democratización de los medios de comunicación y de la información”. Obsérvese que se reiteran dos de los asuntos que vengo señalando como centros de las preocupaciones institucionales de la izquierda (descentralización y equilibrio de poderes) mientras que el tercero (reforma del sistema electoral) ha desaparecido por efecto a que la reforma constitucional de 1996-97 eliminó algunos de los objetos fundamentales de la crítica de izquierda (especialmente el doble voto simultáneo presidencial). Por allí entonces podría avizorarse el inicio de un redimensionamiento del tema institucional. Sin embargo, el “otro programa” (Encuentro Progresista – Frente Amplio 1999) no recoge esta especificidad y valorización del fenómeno institucional. En el capítulo dedicado a la “democratización de la sociedad y el estado” se plantea el mejoramiento de la gestión estatal, el equilibrio de los poderes y la descentralización que es el que aparece notoriamente privilegiado. La cuestión institucional no se explicita en su especificidad y relevancia y en este sentido, no se continúa la relativa jerarquización observada en las resoluciones del último congreso del Frente Amplio.

Por las razones indicadas, coincido con los señalamientos de Carlos Pareja (1996) acerca de la falta de “sensibilidad institucional” que ha aquejado a los “partidos no tradicionales” cuyas contribuciones se han caracterizado tanto por “la simplificación de sus análisis y la superficialidad de sus diagnósticos” como por “las mezclas confusas e

inconsistentes de elementos de juicio alineables a las dos tradiciones fundacionales” (se refiere a las que el denomina “mayoritaria plebiscitaria” predominante entre los colorados e “incluyente dispersiva” de los nacionalistas). Según Pareja, estos partidos ni han captado los méritos, la “sabiduría institucional”, del “diseño clásico” (el de 1917), ni han sabido postular alternativas: “... no se han elaborado ni tan siquiera los referentes embrionarios de lo que podría llegar a configurarse como una tercera tradición de moralidad política, así como tampoco se han sabido retener los antecedentes de los debates sustanciados en las instancias fundacionales”. La insensibilidad institucional se habría vuelto franca ignorancia aunque Pareja lo expresa con fórmulas más sutiles: “Sólo en un marco muy empobrecido de referencias conceptuales y empíricas, con bajos niveles de exigencias críticas y escasa curiosidad por los antecedentes acumulados, podrían haber sido masivamente acogidos enjuiciamiento tan primitivos ...”.¹³⁷ Pareja sostiene que sólo dentro de esa incomprensión, o comprensión devaluada, pudo la izquierda, entre otras corrientes no tradicionales, haber formulado un diagnóstico tan crítico del diseño institucional uruguayo inaugurado en 1918 y haber alimentado la generalización de los argumentos que culminaron exitosos en la reforma constitucional de 1996. Compartiendo en general esta caracterización de Pareja acerca de la postura de la izquierda, creo que no pone debida atención, o por lo menos no extrema las conclusiones que de ello se derivan, al hecho de que la izquierda, o buena parte de ella, acabó oponiéndose a las dos últimas reformas constitucionales (1966 y 1996) denunciando el proceso de concentración de autoridad en la figura presidencial que ellas supusieron. Este argumento se entronca no con la tradición mayoritaria plebiscitaria, con la que tiene razón Pareja en ubicar buena parte de los pronunciamientos institucionales de la izquierda, sino con la otra que el llama “incluyente dispersiva” que, matizada, inspiró el diseño institucional uruguayo “clásico”.

En relación a esta “insensibilidad institucional” de la izquierda uruguayana creo que podría considerarse como un problema de tiempos, momentos diferentes en la evolución de su relación con la democracia como teoría y como diseño institucional. En este sentido se habría culminado una primera etapa con la incorporación de la democracia como un fin en sí mismo, mientras que la internalización y jerarquización de la problemática institucional

137 Carlos Pareja (1996) “Las instituciones políticas uruguayas ...”, pág. 69.

correspondería a un segundo momento no concretado . Es de sentido común que no se pueda esperar un interés privilegiado por los problemas de la institucionalidad democrática, de quien no tenga primero una plena preocupación por la democracia. De ser correcto este razonamiento, la primera etapa se habría cumplido, y el Frente Amplio estaría en condiciones de encarar seriamente la cuestión institucional. Por otra parte, la realidad emergente del nuevo escenario electoral, la posibilidad incrementada de que el Frente Amplio acceda al gobierno nacional, parece imponer la concreción de este proceso.

Conclusión

Renovación: moderación y tradicionalización

Este trabajo se propuso analizar el itinerario reciente (1984-1999) de la izquierda uruguaya atendiendo a la identificación de cambios y permanencias dentro ese tramo y respecto a su pasado predictatorial (1971-1973). El análisis se articuló a partir de la hipótesis según la cual el Frente Amplio se ha transformado en un tercer partido tradicional. A esos efectos se procedió a discriminar dos acepciones complementarias de la tradicionalización a las que denominé tradicionalización en sentido amplio o figurado y tradicionalización propiamente dicha, en sentido estricto. En el primer caso se la entiende como asimilación a rasgos de los partidos blanco y colorado, y en el segundo como incorporación del tradicionalismo (elaboración y uso de una tradición propia).

Respecto al primer modo de concebir la tradicionalización sostengo que el Frente Amplio ha vivido en estos años un proceso de moderación política que redujo la distancia que lo separa de los partidos tradicionales. En varios de los aspectos estudiados, se ha acercado a ellos. Esto es claro en la moderación de los postulados programáticos. Sin embargo ello no resulta en un desdibujamiento o confusión con los “otros” ya que al mismo tiempo mantiene una identidad centrada en la apelación de tono “nacional” y –sobre todo– “popular” y al carácter transformador del programa económico y social. Algo similar sucede con los aspectos ideológicos ya que, si bien se detectan cambios (menor intensidad y mayor extensión ideológica) se confirma una matriz ideológica socialista (aunque revisada), que, combinada con los nuevos elementos incorporados ha dado lugar al difuso “progresismo” actual. En cuanto a la estructura y funcionamiento internos, señalo que, al tiempo que se produce una institucionalización partidaria del frenteamplismo que superando la configuración híbrida fundacional de coalición y movimiento da lugar a la constitución de una estructura partidaria predominante dentro de la que conviven diversas fracciones, se opera un fenómeno que va en el sentido contrario respecto a los dos anteriores. Aunque se vio afectado por la crisis de participación que mermó su distintivo caudal militante y llevó a revisar las formas de vinculación y adhesión, el Frente Amplio profundizó uno de sus aspectos diferenciadores: la institucionalización de la participación

de los miembros en la toma de decisiones. La convocatoria de la izquierda ha confirmado las apelaciones ciudadanas y policlasistas preexistentes, al tiempo que se procesa una redefinición de las relaciones con el movimiento sindical y una normalización de la comunicación con el empresariado, aunque ambos fenómenos arrastran ex profeso la preferencia “popular” y el tono igualitarista del llamado de la izquierda. Por último, al tiempo que revisa sus concepciones sobre el viejo problema del poder, la izquierda traslada sus preocupaciones hacia la temática del gobierno y la oposición. Ese deslizamiento teórico tiene evidente relación con la práctica política reciente y con su nueva ubicación en el sistema político, que muestra en estos años a una izquierda que se entrena en el doble ejercicio de ambas funciones y va confirmando deliberadamente un creciente perfil de fuerza gobernante y un replanteamiento de su tradicional posicionamiento opositor.

En resumen, si bien hay cambios que en cierto sentido denotan una moderación política que lo acercó a los partidos tradicionales, al mismo tiempo esta izquierda moderada en que se ha transformado el actual Frente Amplio reforzó su personalidad partidaria preservando y redimensionando algunos sesgos que ya eran distintivos. La confirmación de una identidad frenteamplista que sobrevive y convive con las tendencias centrípetas constatables en el sistema de partidos uruguayo en los últimos años, ubican al Frente Amplio como un actor partidario claramente diferenciado de los partidos blanco y colorado los cuales a su vez aparecen muy asociados entre sí en torno a la gestión de gobierno y por efecto del nuevo escenario electoral que los reúne en noviembre de 1999 para enfrentar al Frente Amplio. Ello se ve reforzado a su vez por el lugar que la tradición propia pasa a ocupar en la identificación partidaria y en la práctica política de la izquierda, lo cual nos lleva a la segunda dimensión de la tradicionalización.

Respecto a la tradicionalización en sentido estricto, el Frente Amplio desarrolló desde el momento mismo de su fundación un proceso de progresiva incorporación del tradicionalismo político. El rescate de tradiciones nacionales, de parte de las tradiciones blanca y colorada, el reconocimiento del propio pasado, la articulación de una forma de mirar, reconstruir y relatar la historia nacional, son despliegues de estos quince años que retoman el giro del 71 y que dan por resultado la invención de una tradición propia que se

vuelve componente relevante de la práctica política y de la identificación partidaria de la izquierda frenteamplista, junto con las referencias ideológicas, las postulaciones programáticas, las formas de asociabilidad partidaria y las modalidades de convocatoria. Esta fuerte tradicionalización, en tanto comporta un elemento de nacionalización que confirma la ruptura con la vieja ajenidad nacional de la izquierda (asociada a la jerarquización del perfil internacionalista), reposiciona convenientemente al Frente Amplio en el sistema político nacional.

La tradicionalización propiamente dicha del Frente Amplio tiene tres dimensiones: una relectura y ubicación conveniente respecto al pasado y las tradiciones nacionales, la creación de una tradición propia que se vuelve componente central de la identificación partidaria y de la práctica política de la izquierda, una incorporación firme aunque incompleta de la tradición democrática e institucional uruguaya. La relectura del pasado nacional termina ubicando al Frente Amplio como el continuador histórico de dos grandes proyectos frustrados de transformación económica y social ubicados en los comienzos del siglo XIX uno y en los del siglo XX el otro. La revolución artiguista y el reformismo batllista son rescatados del pasado nacional como dos momentos, dos fenómenos, dos proyectos inconclusos con los que la izquierda se identifica y se postula como la fuerza política que retomando sus postulados los concretará completado esas historias truncadas. De esta forma la izquierda define convenientemente su lugar en la historia retomando, en un caso, un componente de la tradición propiamente nacional, y apropiándose, en el otro, de un elemento central de la tradición colorada que se completará con la incorporación de algunas tradiciones blancas centradas en sus vetas nacionalistas y democráticas. El resultado es una izquierda frenteamplista que se promociona como síntesis superior de las “mejores tradiciones nacionales” abandonadas por blancos y colorados y define su “tarea histórica” como realización de los grandes proyectos frustrados de transformación del país. Entre las tradiciones ajenas tomadas por la izquierda, a estos elementos se agrega la más reciente, aunque todavía difusa y/o no muy bien resuelta, incorporación del neobatllismo.

De esta forma, la izquierda va constituyendo una tradición propia con la apropiación de esos elementos que se integran con su propio pasado, con su propia acumulación de

tradiciones. En este sentido, si bien se incorporan elementos más lejanos que se remontan a fines del siglo XIX e inicios y del XX (mediados de siglo en el último caso señalado), los elementos fundamentales surgen de una mirada al pasado más reciente y a dos momentos precisos dentro del mismo: el período de enfrentamiento al pachequismo entre 1968 y 1973 y la etapa de la dictadura militar entre 1973 y 1984. De la reconstrucción de este pasado inmediato la izquierda se constituye en una tradición de lucha contra el poder autoritario primero y abiertamente despótico luego. La evocación de esa peripecia cercana se vuelve un elemento religante de la identificación partidaria que agrega a las convicciones ideológicas y a las definiciones programática un componente emotivo que refuerza al frenteamplismo como organización política forjada en una tradición de lucha con todo lo que de épico y heroico se deriva de ello.

La construcción de la tradición frenteamplista también supuso la incorporación de otra parte esencial de la tradición política nacional: la democracia política como valor intrínseco. El abandono de la concepción instrumental de la democracia y su revalorización como un fin en sí mismo es un fenómeno que se confirma en los quince años transcurridos desde la redemocratización. Este elemento se vincula con el anterior en la medida en que el alto costo humano pagado en el combate al autoritarismo, se vuelve a la salida de la dictadura carta de acreditación democrática de la izquierda. Con esta revalorización de la democracia, aún cuando subsiste una problemática indiferencia institucional, se completan las tres dimensiones constitutivas de la tradicionalización propiamente dicha del Frente Amplio.

En el último punto del párrafo anterior reside el mayor déficit del proceso de renovación del Frente Amplio como una izquierda moderada, tradicional y democrática. Parece bastante indiscutible que entre 1984 y 1999 efectivamente la izquierda se ha democratizado en tanto internalizó el valor de la democracia política antes concebida como cáscara desechable del sistema de dominación social, instrumento legitimante del poder de los sectores dominantes, y mero instrumento para la lucha política cuyas posibilidades la izquierda debía aprovechar en aras de avanzar hacia el verdadero objetivo, ya fuera este la liberación nacional, la justicia social o el socialismo según las diversas corrientes dentro la

izquierda. En este sentido, la superación de estas visiones instrumentales de la democracia y su revalorización como fin en sí mismo es un hecho notorio. Sin embargo, la izquierda mantiene una preocupante indiferencia institucional, una aparente ignorancia de la especificidad de la cuestión y los problemas derivados de la cuestión institucional. Esto me lleva a afirmar que su proceso de democratización está incompleto, en tanto no se ha dado el paso de la incorporación de la teoría democrática a la de la concreción empírica de esta en las instituciones democráticas que son el escenario privilegiado de la vida política en un sistema político que se precie de tal.

En resumen, la conclusión principal de este trabajo es que el Frente Amplio se ha vuelto un partido tradicional en sentido estricto. Esta afirmación se fundamenta en la constatación de tres evidencias: la institucionalización del frenteamplismo como partido (las diversas corrientes internas subsisten en su interior reconvertidas en fracciones del partido mayor), la acumulación de una tradición propia y el uso de la misma como elemento de identificación partidaria y fundamento de la práctica política cotidiana, y la integración (de y en) la tradición política nacional incluyendo ciertos componentes de las tradiciones de los “otros”.

La segunda conclusión es que esta tradicionalización en sentido estricto se produce simultáneamente y se relaciona con el reposicionamiento de la izquierda en el sistema político uruguayo. Esta reubicación tiene que ver tanto con el crecimiento de su caudal electoral, como con su moderación política, resultando un achicamiento de la distancia, una suavización de la diferencia, respecto a los partidos tradicionales (blanco y colorado). De allí que se verifique también, aunque con las salvedades señaladas más arriba, la tradicionalización en sentido amplio, ya que en los diversos aspectos estudiados (ideología, programa, estructura y funcionamiento, convocatoria, roles de gobierno y oposición) se constatan cambios que van orientando a la izquierda hacia una confluencia con ciertos atributos de los partidos blanco y colorado. En tanto estos cambios vienen a moderar algunos extremos, a limar ciertas aristas (programáticas, ideológicas, clasistas, militantes, opositoras) de la izquierda es que la tradicionalización en sentido amplio, como acercamiento a los partidos tradicionales, también puede entenderse como moderación

política. La izquierda de estos años es una izquierda moderada y por ello es posible decir que ha achicado su distancia que la separa de los partidos blanco y colorado (más allá de que los cambios de estos dos, que no estudio aquí, hayan extremado el acercamiento).

La tercera conclusión es que ambas facetas de la tradicionalización (en sentido figurado y en sentido estricto, como acercamiento y como confirmación de identidad, como moderación y como tradicionalización propiamente dicha) no sólo son simultáneas y compatibles, sino que más bien en estos últimos quince años han demostrado ser complementarias y funcionales. Mi argumento es que la segunda funciona como antídoto frente a los peligros que plantea la primera. La moderación política, en tanto acorta la distancia frente a blancos y colorados y aumenta los parecidos, le podría haber planteado al Frente Amplio el riesgo de desdibujarse, de perder perfil propio, poniendo en peligro su lugar propio en el sistema. Sin embargo, al operarse simultáneamente la tradicionalización (en sentido estricto) que refuerza y tonifica al frenteamplismo, confirmando su personalidad o identidad política, ese riesgo es neutralizado, sencillamente no se concreta. Moderación y tradicionalización (estricta) están conectadas y se explican mutuamente.

A manera de cierre, la cuarta conclusión pretende resumir los éxitos y déficits de la renovación de la izquierda frenteamplista. En los quince años que van de 1984 a 1999 el Frente Amplio ha desarrollado un proceso de renovación caracterizado por la moderación y la tradicionalización. Esa renovación, que retoma antecedentes del pasado predictatorial, ha estado estrechamente vinculada (e interactúa) con el reposicionamiento de la izquierda en el sistema político. En ese sentido, la renovación parece haber sido exitosa desde el punto de vista del creciente peso político de la izquierda. Sin embargo, sobreviven dos problemas estrechamente conectados entre sí, puntos débiles que podrían volverse núcleos problemáticos para sus chances futuras. La indiferencia institucional de la izquierda que he considerado como testimonio de su incompleta democratización se vincula con un segundo elemento que es el del despliegue de las lógicas de gobierno y oposición. Sea cual sea la performance electoral de la izquierda (triunfo o derrota) en las elecciones presidenciales, estos déficit de la renovación plantean incertidumbres para el futuro armado de gobiernos mayoritarios y para la gobernabilidad democrática. Ello vale tanto para el caso de que

Frente Amplio siga siendo oposición como para la eventualidad de que se vuelva partido de gobierno. Claro que estos dilemas sólo tienen solución en el juego de todos los actores, y en ese sentido el Frente Amplio, con sus méritos y puntos débiles, no juega sólo. El resultado también dependerá de los aciertos y déficits de los otros partidos relevantes del sistema.

Asuntos pendientes

Del recorrido de esta indagatoria surge un conjunto de asuntos pendientes, verdadero programa de investigación para futuras exploraciones. Lo abultado de la lista confirma que cuanto más sabemos más reconocemos cuánto desconocemos. Aunque pueda resultar paradójico que la investigación dé por resultado tantas o más incógnitas que conclusiones, quiero dejar establecidas en el propio cuerpo del trabajo esas cuentas pendientes. Ya que la investigación más que cerrar caminos al conocimiento los abre, preferible es dejar la pista señalizada para el próximo viaje y los futuros viajeros. Por ello enumero a continuación posibles rutas de investigación (períodos, temas, actores, enfoques) cuyo tránsito ampliaría notablemente el conocimiento del itinerario reciente de la izquierda uruguaya. Casi todas ellas están sugeridas a lo largo del trabajo y los reúno aquí sin responder a un orden estricto de prioridades o relevancias aunque las cuatro primeras son las que considero con mayor potencialidad para ampliar la mira de este trabajo que no quiso ser, ni es, más que un avance, una primera aproximación al tema:

1. Un estudio particularizado del Nuevo Espacio y del Encuentro Progresista. A lo largo de este trabajo si bien hablo de la izquierda uruguaya, estudio exclusivamente al Frente Amplio, una de sus dos expresiones actuales. Emprender un estudio completo de la izquierda actual requiere, en primer lugar, someter al Nuevo Espacio, en sus dos versiones (la frustrada de 1989 y la presente nacida en 1994) a similar ejercicio de análisis. La tradicionalización ofrece buen eje para la comparación con el Frente Amplio: ¿es el Nuevo Espacio un caso de izquierda sin tradición, qué implicancias se derivan de ello? En segundo lugar, se requiere estudiar el fenómeno Encuentro Progresista 1994-1999 en su especificidad y en su articulación con el Frente Amplio. Como señalo en el apartado

dedicado a la cuestión programática, la constitución del Encuentro Progresista es un hecho relevante desde el punto de vista del desbloqueo del proceso de renovación del Frente Amplio, y ha jugado un papel relevante en la moderación de la izquierda.

2. Un estudio de la evolución reciente (1984-1999) de los partidos blanco y colorado, que complete una mirada de conjunto al sistema de partidos y permita contrastar muchas de las afirmaciones aquí realizadas sobre el nuevo lugar de la izquierda en el sistema con un conocimiento específico de los procesos de innovación que también afectan a estos partidos. Sólo así se podrá avanzar con seguridad en el estudio de las tendencias centripetas mencionadas en este trabajo. En particular, una indagación centrada en la hipótesis de la destradicionalización de blancos y colorados sería altamente provechosa para pasar del estudio específico de la izquierda a una mirada global a los actores relevantes del sistema.

3. La incorporación de un estudio comparado con otros casos nacionales ensancharía notablemente la comprensión de los procesos aquí estudiados. El cotejo del itinerario reciente de la izquierda uruguaya con los de sus similares de Argentina, Brasil, Chile y México, o algún caso entre ellos, es un horizonte promisorio hacia el que hay que transitar.

4. El estudio de los procesos de renovación de la izquierda que se inician en los años 40 y 50 y culminan en 1971 permitiría ubicar el proceso de cambios recientes como la continuación y profundización de aquellos antecedentes bloqueados en 1973 y relanzados a partir de 1984. Esa mirada más larga al período 1942-1973, podría aportar una mejor identificación de las peculiaridades de estas innovaciones recientes así como de las continuidades que suponen. En particular un período y un asunto ameritarían una atención específica. El período: la eclósiva década del sesenta cuando la izquierda se pluralizó y al mismo tiempo aceleró el rumbo de los procesos simultáneos de renovación y unificación. El tema: los antecedentes de redefinición de los roles de oposición y gobierno, bajo la sospecha de que en el marco de la renovación se inaugura desde algunos núcleos de la izquierda la preocupación por el cultivo de los perfiles gobernantes.

5. Una periodificación, que identifique las principales etapas de la historia de la izquierda uruguaya desde sus orígenes a nuestros días. Para articular este trabajo centrado en los últimos quince años trabajé con dos momentos en la historia del Frente Amplio, antes y después de la dictadura (1971-73 y 1984-1999), como espejos enfrentados de un tiempo quebrado que permitieran realizar una comparación orientada a señalar continuidades e innovaciones. En el tratamiento de algunos temas señalé también la conveniencia de dividir el segundo momento en dos subperíodos reconociendo el año 1989 como punto de inflexión. Sería de gran utilidad ubicar a su vez estos momentos en una línea de larga duración que reconozca los diversos segmentos de la historia de la izquierda en nuestro país. Contamos para ello como punto de partida con las propuestas de Caetano y Rilla (1991) y Lanzaro (1996).¹³⁸

6. Un estudio atento a la diversidad interna, a las corrientes de la izquierda hoy vueltas fracciones del Frente Amplio. En este trabajo se ha considerado a la izquierda frenteamplista como conjunto. Sin embargo en diversos aspectos (ideológicos por ejemplo) las afirmaciones formuladas son válidas para algunas fracciones internas pero no lo son tanto o nada para otras. Estas diferencias y matices han sido obviados en la exposición del trabajo atendiendo a la generalidad del enfoque. Incorporar al análisis de la izquierda en general un enfoque discriminatorio de la diversidad interna verificando las evoluciones y tratamientos diferenciales de los diversos temas aquí estudiados permitiría relativizar o aún evitar las generalizaciones indebidas. Ello supone una tarea previa de ubicación y caracterización de dichas tendencias internas.¹³⁹ Por otra parte algunos casos específicos

138 José Rilla y Gerardo Caetano (1991) "La izquierda uruguaya y el socialismo real ..." proponen los siguientes períodos: primera implantación (hasta 1910), encuentros y desencuentros con el primer batllismo (1910-1930), el auge de la dispersión (1930-1950), la renovación de los 50 (1950-1971), de la unificación a la ruptura (1971-1989). Por su parte Jorge Lanzaro (1996) "La izquierda uruguaya 1942-1996 ..." formula, para un tramo más corto estos períodos: la izquierda corporativa (1942-1958), la izquierda nacional y popular (1958-1971), la emergencia de un partido de nuevo tipo (1984-1994).

139 En este sentido creo que los estudios académicos debieran intentar o bien despegarse de las dicotomías fáciles tomadas del propio terreno de la lucha política dentro y fuera de la izquierda o bien discutir en forma fundada su pertinencia, antes de elevarlas directamente, y sin más trámite que el de usarlas, al estatus de categorías analíticas. Ya señalé mis precauciones respecto al binomio "radicales-moderados" pero hacen fila otros de similar origen e intención como ser "ortodoxos-renovadores", "vieja y nueva izquierda". Zafando de este tipo de tipificaciones hijas de ciertas coyunturas políticas, se han hecho esfuerzos de mayor vuelo por identificar tendencias internas de la izquierda apelando a diversos criterios de discriminación. Javier Gallardo (1989 y 1994) formuló y aplicó dos. En "La izquierda uruguaya. La parábola ...", según diversas modalidades de actuación política propuso analizar los itinerarios de socialistas y comunistas en clave de "zorros" y

ameritan ser estudiados por las derivaciones que sus itinerarios tuvieron para el conjunto de la izquierda. Dos fenómenos como el distanciamiento progresivo del PGP y el PDC que culminó en la ruptura de unidad de la izquierda en 1989, y la renovación y crisis del partido comunista entre 1988 y 1992 son claros ejemplos de los desafíos y posibilidades que abre esta alternativa de investigación complementaria a la aquí transitada.

7. El estudio de la izquierda en el período dictatorial (1973-1984). Si bien se hacen referencias al mismo en este trabajo casi se ha ignorado la mirada específica a dicha etapa de la historia de la izquierda uruguaya que sin embargo se reconoce como fundamental en la definición de una identificación partidaria con fuertes componentes emocionales. Esta constituye una verdadera “zona oscura” que no ha sido indagada específicamente. Sencillamente los estudios sobre la izquierda la saltean y van casi sin paradas del período 71-73 al tramo 84-99 tal como aquí se ha hecho. Parecería que la relevancia que este período tiene en el imaginario de la izquierda actual, su peso relativo en la relación de la izquierda con el pasado ameritan un estudio particular de las multifacética y dispersa (prisión, exilio, clandestinidad) peripecia de la izquierda bajo la dictadura militar.

8. Una exploración específica y más profunda de la ideología de la izquierda. En este trabajo me centré fundamentalmente en el grado de intensidad y de extensión ideológica pero muy poco en los contenidos concretos, en las ideas de la izquierda. Por ese camino hay que avanzar, y no sólo para identificar las fuentes de inspiración, las escuelas de pensamiento (los “ismos”) a las que se vincula el pensamiento de la izquierda, sino y sobre todo para conocer las concepciones, las ideas predominantes sobre ciertos tópicos específicos como ser el mercado, el estado, la sociedad civil, las instituciones políticas, etc.

"leones". En “Orden hegemónico ...” desde otra óptica el mismo autor había identificado la existencia de tres tendencias dentro de la izquierda en las que era posible agrupar a sus núcleos más relevantes: la izquierda más ideológica y clasista (PC y PS), la izquierda radical de entonación nacional y popular (MLN y otros grupos) y el binomio PGP-PDC más volcado a la opinión y la expresión electoral. Luis Eduardo González (1991-1993) “Estructuras políticas ...”, en base a estudios de autoidentificación ideológica de votantes y legisladores mediante encuestas, identificó en el Frente Amplio entre 1984 y 1989 dos “alas” que denominó “socialistas radicales” (ala izquierda) “socialdemócratas” (ala derecha o moderada) que se separarían en 1989 cuando la primera continuó como Frente Amplio y la segunda fundó el Nuevo Espacio (págs. 168 y 232).

9. El estudio de la práctica política institucional de la izquierda centrada en el desempeño gubernativo municipal en Montevideo y en la acción parlamentaria. El estudio de la acción de la izquierda en ambos escenarios permitiría profundizar las líneas aquí trazadas respecto a la cuestión del gobierno y la oposición.

10. Una exploración de los intercambios, los diálogos, los niveles de (in)comunicación entre Ciencia Política e Izquierda en el Uruguay centrada en el problema de la “indiferencia institucional” que aqueja a esta. En este trabajo se hace un racconto de las relaciones entre Historia e Izquierda que según creo permite entender mejor la forma en que esta última se relaciona con ciertos tópicos del pasado nacional. Es evidente que la comunicación entre la producción politológica nacional y dirigencia de la izquierda es infinitamente menor que la anterior aunque existen algunas señales en sentido contrario generadas a partir de la iniciativa de Líber Seregni y el centro de estudios que dirige al que en diversas oportunidades han sido invitados científicos sociales y en particular politólogos a compartir debates acerca de cuestiones del campo de la disciplina. Pero ¿es acaso diferente esta relación en el caso de blancos y colorados? Hay que señalar una diferencia notoria, que en parte explica el problema señalado, entre la Historia y la Ciencia Política respecto a sus relaciones con la política y los partidos. En tanto la primera trabaja sobre el pasado y se vincula con la memoria colectiva y con las tradiciones políticas, tiene una utilidad inmediata como recurso político de la que no dispone la politología. La utilidad de la Ciencia Política como insumo de la política, pasa en todo caso por el aprendizaje, el mejor conocimiento de los problemas de la política y de las instituciones políticas. Es, en este sentido, similar al papel que juega la Ciencia Económica para su área específica de conocimiento, aunque sea a la vez diferente por su estrecha relación con la Política Económica y por la centralidad que esta tiene en la gestión de gobierno. Sin embargo, la relación Economía (economistas) - Izquierda tiene una tradición y una actualidad de la que carece la Ciencia Política. El problema, puede tener relación con la juventud de la disciplina. Pero también es probable que el bloqueo se relacione con la forma en que la izquierda se para frente a los temas institucionales, la cual podría justamente cambiar a partir del diálogo con la producción académica. En lo que aquí interesa, un estudio de esa relación podría profundizar el esbozo del problema trazado en este trabajo respecto a la cuestión institucional y la izquierda.

Bibliografía y documentación

Bibliografía consultada y/o mencionada

Anderson, Benedict: "Imaged communities: reflections on the origin and spread of nationalism", Verso, Londres, 1983 (citado en Francisco Panizza "Las paradojas de la consolidación de la democracia en América Latina", Cuadernos del Claeh, N° 56, Montevideo, 1991).

Barrán, José Pedro: "El antiartiguismo y el miedo a la revolución social en 1825", Revista de la Biblioteca Nacional, Montevideo, 1986.

Barrán, José Pedro – **Nahum**, Benjamín: "Bases económicas de la revolución artiguista", Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1964.

Barrán, José Pedro - **Nahum**, Benjamín: "Historia rural del Uruguay moderno", 7 tomos, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1967-1978.

Barrán, José Pedro - **Nahum**, Benjamín: "Batlle, los estancieros y el Imperio Británico", 8 volúmenes, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1979-1987.

Blixen, Samuel: "Seregni. La mañana siguiente", Ediciones de Brecha, Montevideo, 1997.

Bottinelli, Oscar: "Estructura y funcionamiento de los partidos políticos en Uruguay", en K. Bodemer y María Elena Lournaga (compiladores): "Estructura y funcionamiento de los partidos políticos, una reforma posible", FESUR - Editorial Trilce, Montevideo, 1993.

Buquet, Daniel: "La izquierda en cifras", borrador inédito.

Buquet, Daniel: "La reforma electoral en la coyuntura", Cuadernos de Marcha, Montevideo, noviembre 1998.

Buquet, Daniel - **Chasquetti**, Daniel - **Moraes**, Juan Andrés: "Fragmentación política y gobierno en el Uruguay ¿Un enfermo imaginario?", Instituto de Ciencia Política, Montevideo, 1999.

Caetano, Gerardo: "La República Conservadora", 2 tomos, Editorial Fin de Siglo, Montevideo, 1991-1992.

Caetano, Gerardo y **Rilla** José: "Izquierda y tradición. Un problema y su versión en Uruguay", en Gerardo Caetano - Javier Gallardo - José Rilla: "La izquierda uruguaya. Tradición, innovación y política", Ediciones Trilce, Montevideo, 1995.

Caetano, Gerardo y **Rilla** José: "Izquierda y tradición en Uruguay", en Fernando Pita (compilador): "Las brechas en la historia", tomo 2 "los temas", Ediciones de Brecha, Montevideo, 1996.

Caetano, Gerardo y **Rilla** José: "La izquierda uruguaya y el socialismo real. Visión histórica de algunas trayectorias", en "La herencia del socialismo real", FESUR, Montevideo, 1991.

Caetano, Gerardo y **Rilla**: "Relaciones interpartidarias y gobierno en el Uruguay (1942-1973)", Revista uruguaya de Ciencia Política, N° 8, ICP-FCU, Montevideo, 1995.

Caetano, Gerardo - **Perez**, Romeo - **Rilla**, José: "La partidocracia uruguaya. Historia y teoría de la centralidad de los partidos políticos", Cuadernos del Claeh, N° 44, Montevideo, 1987.

Caetano, Gerardo - **Mieres**, Pablo - **Perez**, Romeo - **Rilla**, José: "Los partidos políticos en las ciencias sociales uruguayas, 1960-1990" en "Partidos y electores. Centralidad y cambios" de los mismos autores, EBO-CLAEH, Montevideo, 1992.

Cetrulo, Ricardo y otros: "La caída de los socialismos reales y el destino de la izquierda", Brecha, 16/4/92.

Costabile, Daniel - **Errandonea**, Alfredo: "Sindicato y sociedad en Uruguay", FCU, Montevideo, 1969.

Cotta; Maurizio: "Los gobiernos", en Gianfranco Pasquino (comp.) "Manual de Ciencia Política", Alianza, Madrid, 1988 (del original en italiano publicado en 1986).

Couriel, Alberto: "Globalización, democracia e izquierda en América Latina", EBO, Montevideo, 1996.

De Armas, Gustavo - **Garcé**, Adolfo: "Intelectuales y política en el Uruguay", Editorial Trilce, Montevideo, 1997.

De la Torre, Nelson - **Rodríguez**, Julio - **Sala**, Lucía: "Artigas, tierra y revolución" Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo, 1967.

De la Torre, Nelson - **Rodríguez**, Julio - **Sala**, Lucía: "Estructura económica-social de la colonia", Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo, 1967.

De la Torre, Nelson - **Rodríguez**, Julio - **Sala**, Lucía: "Evolución económica de la Banda Oriental", Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo, 1968.

De la Torre, Nelson - **Rodríguez**, Julio - **Sala**, Lucía: "La revolución agraria artiguista

(1815-1816)", Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo, 1969.

De la Torre, Nelson - **Rodríguez**, Julio – **Sala**, Lucía: "Después de Artigas (1820-1836)", Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo, 1972.

De la Torre, Nelson - **Rodríguez**, Julio – **Sala**, Lucía (en colaboración con **Alonso**, Rosa): "La oligarquía oriental en la Cisplatina", Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo, 1970.

De la Torre, Nelson - **Rodríguez**, Julio – **Sala**, Lucía: "Después de Artigas (1820-1836)", Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo, 1972.

Demassi, Carlos (coord.): "La caída de la democracia. Cronología comparada de la historia reciente del Uruguay (1967-1973)", Fundación de Cultura Universitaria - Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Montevideo, 1997 (¿).

De Sierra, Gerónimo: "La izquierda en la transición", en Varios Autores: "Uruguay y la democracia", tomo 2, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1985.

Duverger, Maurice: "Los partidos políticos", Fondo de Cultura Económica, México, 1987 (primera edición original francesa 1951).

Errandonea, Alfredo: "Sindicatos y democracia tutelada", Cuadernos de Marcha, tercera época, No. 9, Montevideo, 1986.

Fernandez Huidobro, Eleuterio: "Historia de los tupamaros", 3 tomos, Editorial Tae, Montevideo, 1986-1987.

Fernandez Huidobro, Eleuterio: "Héctor Rodríguez, el tejedor", Editorial Tae, Montevideo, 1996.

Furet, Francois: "El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX", Fondo de Cultura Económica, México, 1995 (primera edición francés 1995).

Gallardo, Javier: "La izquierda uruguaya. La parábola de los zorros y los leones", en Gerardo Caetano - Javier Gallardo - José Rilla: "La izquierda uruguaya. Tradición, innovación y política", Ediciones Trilce, Montevideo, 1995.

Gallardo, Javier: "Orden hegemónico y contrahegemonía de la izquierda", en "Los partidos políticos de cara el 90", Instituto de Ciencia Política, FCU - FESUR, Montevideo, 1989.

Garcé, Adolfo: "Ideas y competencia política en el Uruguay", Revista uruguaya de Ciencia Política, N° 11, ICP-FCU, Montevideo, 1999.

Gatto, Hebert: "De frustraciones e islas ideológicas", Cuadernos de Marcha, tercera época, No. 134, Montevideo, diciembre 1997.

Gatto, Heber: "Socialismo y hamburguesas", Cuadernos de Marcha, Montevideo, agosto 1998.

Gatto, Heber: "El liberalismo solidario. Socialismo e izquierda", Relaciones, N° 172, Montevideo, setiembre 1998.

González, Luis Eduardo: "Los sindicatos en la arena política", Cuadernos de Marcha, tercera época, No. 9, Montevideo, 1986.

González, Luis Eduardo: "Estructuras políticas y democracia en Uruguay", ICP-FCU, Montevideo, 1993 (traducción de la edición original en inglés de 1991).

Handal, Schafik: "El poder, el carácter y vía de la revolución, y la unidad de la izquierda", 1981, artículo sin datos editoriales.

Harnecker, Marta: "Frente Amplio. Los desafíos de una izquierda legal", 4 tomos, La República, Montevideo, 1991.

Hobsbawn, Eric: "La invención de tradiciones", Revista uruguaya de Ciencia Política, No.4, ICP-FCU, Montevideo, 1991 (traducción de la introducción al libro de igual nombre cuya edición original inglesa data de 1984).

Hobsbawn, Eric: "Política para una izquierda racional", Crítica, Barcelona, 1993 (traducción de la edición original inglesa de 1989).

Kolakowsky, Leszek: "Las principales corrientes del marxismo", Tomo 1: "Los fundamentos", Alianza Universidad, Madrid, 1985 (de la primera edición original de 1976).

Lanzaro, Jorge: "La izquierda uruguaya de la adscripción corporativa a la emergencia de un partido de nuevo tipo (medio siglo de vida política: 1942-1996)", borrador inédito, Montevideo, 1996.

Lanzaro, Jorge: "La izquierda uruguaya entre la oposición y el gobierno", Nueva Sociedad, N° 159, Caracas, enero-febrero 1999.

Lanzaro, Jorge: "Uruguay 1985-1996: el presidencialismo pluralista en la segunda transición" en Jorge Lanzaro (coord.): "La segunda transición en el Uruguay", Instituto de Ciencia Política-FCU, Montevideo, (en prensa).

Lanzaro, Jorge: "Sindicatos y sistema político. Relaciones corporativas en el Uruguay, 1940-1985", FCU, Montevideo, 1986.

Lanzaro, Jorge: "El sindicalismo en la fase post-keynesiana", Cuadernos del Claeh, N° 58-59, Montevideo, 1991.

Lenin, Vladimir: "El estado y la revolución", Editorial Ariel, Barcelona, 1981 (primera edición original en ruso data de 1918).

Lessa, Alfonso: "Estado de Guerra. De la gestación del golpe del '73 a la caída de Bordaberry", Editorial Fin de Siglo, Montevideo, 1996.

Machado, Carlos: "Historia de los orientales", Ediciones Banda Oriental, Montevideo, 1972.

Machado, Carlos: "Izquierdas y derechas en América Latina. Documentos", Editorial Patria Grande, Montevideo, sin fecha (1968?).

Martínez, José: "Uruguay 1989 – Frente Amplio", Puntosur Editoriales, Montevideo, 1988.

Methol Ferré, Alberto: "Elección, tripartidismo y nueva bipolaridad", entrevista de Carlos Vargas, Cuadernos de Marcha, tercera época, No. 100, Montevideo, diciembre 1994.

Mieres, Pablo: "Elecciones de 1989: el cambio del sistema de partidos y las adhesiones políticas de los uruguayos", en Gerardo Caetano - Pablo Mieres - Romeo Perez - José Rilla: "Partidos y electores", CLAEH-Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1992.

Moreira, Constanza: "Modernización, reforma del estado y consolidación democrática: el Uruguay en el contexto de las nuevas democracias", Documento de Trabajo N° 12, Instituto de Ciencia Política, Montevideo, 1998.

Panebianco, Angelo: "Modelos de partidos", Alianza Universidad, Madrid, 1990 (traducción de la versión original en italiano publicada en 1982).

Pareja, Carlos: "Polifonía y jacobinismo en la política uruguaya", Cuadernos del Claeh, No. 49 y 51, Montevideo, 1989.

Pareja, Carlos: "Las instituciones políticas uruguayas al final del siglo XX. Un balance orientado hacia los largos plazos y las referencias comparativas con itinerarios parangonables", Revista uruguaya de Ciencia Política, N° 9, ICP-FCS, Montevideo, 1996.

Pareja, Carlos – **Peixoto**, Martín – **Perez**, Romeo: "La alternativa parlamentarista", CLAEH-ESC, Montevideo, 1992.

Pasquino, Gianfranco y otros: "La oposición en las democracias contemporáneas", Eudeba, Buenos Aires, 1997 (de la versión original en italiano publicada en 1990)

Peixoto, Martín: "Los dilemas de los partidos tradicionales", Cuadernos de Marcha, Montevideo, agosto 1999.

Pérez, Jaime: "El ocaso y la esperanza. Memorias políticas de medio siglo", Editorial Fin de Siglo, Montevideo, 1996.

Pérez, Romeo: "Elecciones: atonía programática y tendencia centrípeta", Relaciones N° 124, Montevideo, setiembre 1994.

Pérez, Romeo: "La izquierda en la fase postautoritaria", en Varios Autores: "Uruguay y la democracia", tomo 2, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1985.

Pérez, Romeo: "Los partidos en el Uruguay moderno", en Cuadernos del Claeh, No. 31, Montevideo, 1984.

Pérez, Romeo: "Contribución a la analítica de los sujetos gobernantes", Revista uruguaya de Ciencia Política, No. 8, ICP-FCU, Montevideo, 1995.

Pérez Pérez, Alberto: "La ley de lemas: determinación de su contenido, alcance e inconvenientes y sugerencias para su reforma", Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo, 1970.

Pereira, Marcelo y Rubio, Enrique: "Utopía y estrategia, democracia y socialismo", Editorial Trilce, Montevideo, 1994.

Real de Azúa, Carlos: "El impulso y su freno. Tres décadas de batllismo y las raíces de la crisis uruguaya", Ediciones de la Banda Orienta, Montevideo, 1964.

Real de Azúa, Carlos: "El Uruguay como reflexión", fascículos 36 y 37 de la Enciclopedia Uruguay, Centro Editor de América Latina, Montevideo, 1969.

Rial, Juan: "La izquierda partidaria frente a la redemocratización. ¿Un caso de integración negativa?", CIESU, Montevideo, 1985.

Rilla, José: "Cambiar la Historia. Sobre la relaciones entre la historia política y la élite política en el Uruguay contemporáneo", Revista uruguaya de Ciencia Política, N° 11, ICP-FCU, Montevideo, 1999.

Rodríguez, Enrique: "Uruguay: raíces de la madurez del movimiento obrero", sin datos editoriales, 1979.

Rubio, Enrique: "El futuro de la izquierda (I): De la memoria a la teoría", Cuadernos de Marcha, Montevideo, julio 1998.

Rubio, Enrique: "El futuro de la izquierda (II): ¿Es utópica la utopía?", Cuadernos de Marcha, Montevideo, agosto 1998.

Rubio, Enrique: "El frentismo del futuro. De las internas al gobierno nacional", Cuadernos de Marcha, tercera época, N° 134, Montevideo, diciembre 1997.

Rubio, Enrique: "Los desafíos del 2000", Historia y Docencia - Revista de la Asociación de Profesores de Historia del Uruguay, N° 1, Montevideo, agosto 1994.

Sartori, Giovanni: "Partidos y sistemas de partidos", Alianza Editorial, Madrid, 1992 (primera edición original en inglés 1976).

Sartori, Giovanni: "Ingeniería constitucional comparada. Una investigación de estructuras, incentivos y resultados", Fundación de Cultura Económica, México, 1994 (de la primera edición en inglés 1994).

Turiansky, Wladimir: "El Uruguay desde la izquierda (una crónica de 50 años en la vida política y social)", Cal y Canto, Montevideo, 1997.

Wettstein, Germán (editor/compilador): "El Frente Amplio: en el umbral del gobierno nacional", 6 tomos, La República, Montevideo, 1993.

Wettstein, Germán: "La autoridad del pueblo. Líber Seregni", Ediciones Indice, Montevideo, 1984.

Zabalza, Jorge: "El tejazo y otras insurrecciones", Editorial Tae, Montevideo, 1995.

Documentación consultada (Frente Amplio)

- "Bases Programáticas de la Unidad" (FA-1971), en "Lo nuestro", documentos, No. 2, Montevideo, 1984, págs. 20 a 24.
- "Bases programáticas de la unidad" (FA-1984), en "Documentos 1", Comisión Nacional de Propaganda del Frente Amplio, últimas siete páginas.
- "Grandes líneas de acción política" (FA-1987), en "Primer Congreso del Frente Amplio" publicación sin datos editoriales, págs. 3 a 14.
- "Proyecto de tesis del CC. XXI Congreso. Los comunistas en asamblea. ¿El FA puede gobernar?", PCU, diciembre 1988.
- "Una reflexión sobre la base de la renovación. Documento aprobado sobre la base del informe de Jaime Pérez y la discusión del Comité Central del PCU del 15,16,19 y 30 de junio", para el XXII congreso, PCU, 1989.
- "Plataforma electoral" (FA-1989), en "Documentos 7", Frente Amplio, sin más datos editoriales

- “Mas allá del desaliento hay un país que nace” (“Documento de los 24”), en diario "La República" en las págs. 8 a 12 de su edición del día 5/7/91.
- “El ocaso y la esperanza. Más socialismo y más renovación”(documento de Jaime Perez), en el diario “La Hora” el 1/9/91.
- "Estatutos del Frente Amplio" (aprobado por el Plenario Nacional el 4/12/93), Comisión Nacional de Propaganda, Frente Amplio, 1995.
- "Documento preparatorio del Congreso Extraordinario" (FA-1994), , en "Congreso Frente Amplio", Comisión Nacional de Propaganda del Frente Amplio, junio 1994
- "Plataforma electoral y Plan de Gobierno" (FA-1994), en "Congreso extraordinario, 1-2-3 de julio de 1994, documentos aprobados", edición de emergencia, taller central de propaganda del Frente Amplio, octubre de 1994, págs. 16 a 82.
- "Grandes líneas de acción política" (FA-1996), en "III Congreso Ordinario del Frente Amplio, documentos y discursos", Comisión Nacional de Propaganda del Frente Amplio, págs. 34 a 47.
- “Grandes líneas programáticas” (FA-1998), Tercer congreso extraordinario del Frente Amplio “Alfredo Zitarrosa” (Montevideo, 20 al 22 de noviembre de 1998), segunda edición junio de 1999, págs. 5 a 26.
- “El otro programa”, Encuentro Progresista - Frente Amplio, octubre de 1999.

Documentación consultada (CNT y PIT-CNT)

- “CNT 1964-1965”, Documentos sindicales 1, Centro Uruguay Independiente, Montevideo, 1984.
- “CNT: programa y estatutos”, Documentos sindicales 2, Centro Uruguay Independiente, Montevideo, 1985.
- “Documentos de la huelga general 1973”, Documentos sindicales 3, Centro Uruguay Independiente, Montevideo, 1985.
- “¿Cómo luchar por el programa?” (artículos de H.Rodríguez y Mario Acosta, 1969-1970), Lucha y polémica sindical 1968-1973 (I), Documentos sindicales 4, Centro Uruguay Independiente, Montevideo, 1985.

- “Movimiento sindical y potencial de lucha” (artículos de H.Rodríguez, C.Reyes Daglio y W.Turiansky, 1972-73), Lucha y polémica sindical 1968-1973 (II), Documentos sindicales 5, Centro Uruguay Independiente, Montevideo, 1985.
- “CNT: documentos y congresos/1” (documentos del primer congreso de la CNT, 1969) Lucha y polémica sindical 1968-1973 (III), Documentos sindicales 6, Centro Uruguay Independiente, Montevideo, 1985.
- “CNT: documentos y congresos/2”, (documentos del segundo congreso de la CNT, 1971), Lucha y polémica sindical 1968-1973 (IV), Documentos sindicales 7, Centro Uruguay Independiente, Montevideo, 1985.
- “El tercer congreso”, tomo 1 “Antecedentes y documentos preparatorios”, Documentos sindicales 8, Centro Uruguay Independiente, Montevideo, 1986.
- “El tercer congreso”, tomo 2 “Desarrollo y consecuencias”, Documentos sindicales 9, Centro Uruguay Independiente, Montevideo, 1986.